

HEINRICH MANN

PROFESOR UNRAT

(El Ángel Azul)

PRÓLOGO.....	3
I.....	5
II.....	11
III.....	16
IV.....	21
V.....	30
VI.....	34
VII.....	43
VIII.....	46
IX.....	49
X.....	54
XI.....	60
XII.....	67
XIII.....	73
XIV.....	78
XV.....	81
XVI.....	84
XVII.....	87

PRÓLOGO

La novela *El profesor Unrat* de Heinrich Mann trasciende las fronteras de la cultura alemana y el momento específico en que transcurre la historia. La representación cinematográfica de la obra, bajo el título *El ángel azul* con el que se conocería posteriormente, no hizo sino poner de relieve el drama de un hombre maduro que se ve de pronto perdidamente enamorado de una muchacha que, además de pertenecer a una condición social inferior a la suya, se dedica a actividades que son duramente censuradas por la sociedad de la época.

Heinrich Mann consigue penetrar en lo más profundo de la psicología de los personajes. Así, cuando constatamos que el profesor Unrat —apodado "Basura" por sus alumnos a causa de su descuidada figura y de un ácido juego de palabras provocado por la semejanza fonética entre su apellido y el mote con el cual lo designan— vive obsesionado con la idea de sorprender en falta a sus alumnos, advertimos la sorda lucha interior del protagonista que se devana los sesos pensando en la destrucción de sus alumnos más contumaces. Se trata de un maestro rígido que se siente constantemente amenazado por las burlas de sus alumnos. Basta un gesto inusual de un estudiante durante la hora de recreo, un rumor inesperado en la sala de clases, un silencio sospechoso en el aula, para que de inmediato Unrat se ponga a la defensiva. No es extraño entonces que el protagonista interprete la natural desidia de los adolescentes ante los deberes escolares como verdaderos ataques en su contra y decida sancionarlos, planteándoles exigencias académicas que van más allá de sus posibilidades. Su paranoia no le da respiro. Pasa sus días y sus noches atenaceado por ese insistente diálogo interior que le hace revivir cada mal rato de la jornada y que lo lleva a pensar en los castigos que va a infligir a los más insubordinados de su clase: a Von Ertzum, por su aire campechano tan distante de las letras griegas y por su exasperante lentitud para comprender; a Kieselack, por su arrogancia y espíritu de rebeldía; a Lohmann, por su displicencia. Unrat francamente detesta al curso entero por ese sentido filial y secreto con que el grupo se resiste a sus métodos pedagógicos, pero como todo tirano, al mismo tiempo les teme.

Cierto día, tras encerrar en el calabozo —nombre que se le da a un pequeño cuarto que sirve de guardarropa— a los más díscolos de la clase y mientras pasea por la sala con el sabor de haber dominado la rebelión juvenil, su atención recae en el cuaderno de uno de los castigados. Al hojearlo con disimulo se encuentra con unos encendidos versos de amor dirigidos a una tal Rosa Fröhlich. A partir de ese momento la condición obsesiva del protagonista queda en evidencia una vez más. No tendrá paz ni un solo instante. Ya en su hogar, recuerda persistentemente los versos y el nombre de la artista que incita a los muchachos a una conducta pecaminosa; sin poder dormir se echa sobre los hombros su viejo y raído gabán, y sale a la noche lluviosa en busca de la bailarina; recorre las callejuelas desiertas que lo llevarán hasta los límites de la ciudad con ojos ansiosos, mientras en su rostro se dibuja una sonrisa venenosa, preludio de su venganza contra los alumnos.

El encuentro del viejo maestro con la bailarina de los pies desnudos —que canta en el cabaret *El Ángel Azul* con expresión maliciosa: "Como soy tan joven y tan inocente..." ante un público masculino enfervorizado por el alcohol— da inicio a una tormenta interior que ya no lo dejará en paz. A partir de ese momento visitará cada noche su camarín y se irá enredando con la muchacha en una relación ambigua que lo arrastrará hacia una vida bohemia y sin escrúpulos.

La búsqueda del placer en sitios tan alejados del mundo académico nos recuerda otras obras de la literatura alemana que dan cuenta de similar motivo literario. Desde luego la prodigiosa novela *La muerte en Venecia*, escrita por Thomas Mann, hermano de Heinrich. En ella el escritor e intelectual Gustavo von Aschenbach —quien "no había disfrutado nunca del ocio ni conoció la descuidada indolencia de la juventud"— repentinamente siente el impulso de viajar a un lugar desconocido. Se imagina comarcas tropicales cenagosas, selvas, islas, pantanos, gigantescas palmeras que se alzan en medio de una vegetación lujuriosa. Comprende que está hastiado de su "robustez moral", de las duchas matutinas de agua fría, de esa férrea disciplina heredada de su padre que ahora no le sirve para nada; toma entonces la decisión de emprender un viaje a Venecia en busca de esa sensualidad que le permita recuperar el sentido más vital de la existencia. Un leitmotiv semejante encontramos en la creación filosófico—poética de Goethe, *Fausto*. El viejo sabio toma conciencia al final de sus días de que gran parte de su vida la ha dedicado a la lectura, el estudio y la investigación. Tras comprobar, con rabia y dolor, que no ha vivido los placeres de la vida,

decide vender su alma al diablo a cambio de recuperar su juventud y así vivir plenamente una segunda existencia.

Heinrich Mann, con una aguda percepción y un lenguaje preciso, desnuda el alma de quien, tras una insaciable sed de castigo, esconde a un ser feble y atemorizado, en una palabra, a un cobarde.

Su nombre era Raat, sin embargo para todo el Instituto era "Basura".¹ Un juego fácil de palabras. Otros maestros a veces cambiaban de apodo. Las nuevas promociones escolares encontraban en ellos algún aspecto cómico inadvertido por las anteriores, y les aplicaban sin consideración alguna el mote respectivo. Pero Basura conservaba el suyo a través de muchas generaciones de estudiantes. Toda la ciudad lo conocía, y sus mismos colegas se lo aplicaban fuera del Instituto, e incluso dentro en cuanto volvía las espaldas. Quienes hospedaban en sus casas a alumnos del Instituto y se cuidaban de que dedicasen al estudio las horas oficialmente marcadas, hablaban sin disimular ante ellos del profesor Basura. Un nuevo sobrenombre que quiso aplicarle el profesor encargado de la clase segunda, no alcanzó la menor fortuna, entre otras cosas, porque el habitual y consagrado continuaba despertando en el viejo catedrático el mismo efecto que veintiséis años atrás. Así, bastaba decir en voz alta a su paso por el patio del Instituto:

—¿No encuentras que huele a basura?

—¡Puah! Ya empieza a venir la hediondez a basura, como todos los días.

Y en el acto, el viejo profesor levantaba bruscamente un hombro, siempre el derecho, más alto que el otro, y lanzaba oblicuamente por detrás de los cristales de sus anteojos una mirada verdosa, que los alumnos encontraban falsa y que, en realidad, era recelosa y vengativa: la mirada de un tirano con remordimientos de conciencia, que intenta descubrir el puñal oculto entre los pliegues de la ropa. Su barbilla de madera, ornada por una barba poco poblada, amarillenta y canosa, temblaba convulsa. No podía castigar a los alumnos que habían pronunciado aquellas frases, porque no podía probar su intención vejatoria, y tenía que seguir su camino deslizándose sobre sus piernas flacas y bajo su mugriento sombrero flexible, negro, de alas anchas.

El año anterior, al celebrar sus bodas de plata con la enseñanza, el Instituto había preparado en su honor una serenata. Raat había pronunciado un discurso desde su balcón. Y de pronto, cuando todas las cabezas, echadas hacia atrás, le contemplaban, una desagradable voz de falsete había exclamado:

—¡Fíjense! Hay basura en el aire.

Otros repitieron:

—¡Hay basura en el aire! ¡Hay basura en el aire!

Raat había previsto la posibilidad de un tal incidente. Sin embargo, empezó a tartamudear arriba, en su balcón, hundiendo la mirada en las bocas abiertas de los que gritaban. Sus colegas, los demás profesores del Instituto, presenciaban impasibles la escena. Raat sentía que tampoco en aquella oportunidad podría alegar prueba alguna contra los alborotadores, pero conservó cuidadosamente sus nombres. Ya, al día siguiente, la ignorancia demostrada por el de la voz de falsete al no saber responder dónde había nacido la Doncella de Orleans, dio pie al profesor para asegurarle que aún habría de perjudicarle muchas veces en el curso de su vida. Y, en efecto, Kieselack, el alumno de la voz atiplada, perdió aquel curso, como lo perdieron, con él, casi todos aquellos condiscípulos suyos que habían alborotado la noche de la serenata, entre ellos Von Ertzum. Lohmann, que no había gritado, lo perdió también, pues favoreció con su flojera las intenciones de Basura, tanto como el primero, con su falta de capacidad.

A fines del otoño siguiente, una mañana, hacia las once, durante el recreo que iba a preceder al ejercicio de composición alemana sobre un tema extraído de *La Doncella de Orleans* sucedió que Von Ertzum, a quien su escasa preparación hacía temer una catástrofe, abrió la ventana, en un ataque de melancólica desesperación, y gritó al azar, en medio de la niebla, con voz tenebrosa:

—¡Basura!

No sabía si el profesor andaba o no por allí cerca. Y además le tenía sin cuidado. El pobre muchacho, hijo de nobles terratenientes provincianos, había seguido tan sólo un impulso irresistible de dar aún, por un instante, libre curso a sus energías, antes de inmovilizarse dos horas eternas ante una hoja de papel, blanca y vacía, que había de llenar con palabras sacadas de su cabeza, vacía también. Pero precisamente en aquel momento cruzaba el profesor el patio. Al herirle el exabrupto lanzado desde la ventana, dio un salto de costado. Arriba, entre la niebla, distinguió la silueta maciza de Von Ertzum. Ni en el patio ni en las ventanas había otro alumno a quien Von Ertzum hubiera podido dirigir su ofensa. "Esta vez —pensó Basura, jubiloso— no cabe duda de que ha sido a mí. Esta vez puedo, por fin, probárselo."

Subió la escalera en cinco saltos; abrió con violencia la puerta de la clase; avanzó por entre los bancos y trepó a la cátedra, contrayendo los dedos en los bordes del pupitre. Una vez allí, tuvo que tomar aliento, y permaneció de pie, en silencio, todo estremecido. Los alumnos se habían levantado al verle, y a su

tumultuoso alborotar había sucedido un silencio francamente ensordecedor. Miraban a su profesor como a un animal dañino al que, desgraciadamente, no se podía matar, y que, por el momento, había adquirido una lamentable ventaja sobre ellos. Basura respiraba agitado. Por fin, dijo con voz sepulcral:

—Se me ha lanzado de nuevo una palabra, un calificativo, un nombre, en fin, que no estoy dispuesto a dejarme aplicar. No he de tolerar (ténganlo bien en cuenta) que individuos como ustedes, cuya despreciable contextura moral he tenido, lamentablemente, la ocasión de comprobar, me hagan objeto de su escarnio, y lo sancionaré siempre que pueda. Su perversidad, Von Ertzum, a más de inspirarme horror, se quebrará como un cristal frágil ante la firmeza de una resolución que voy a anunciarle ahora mismo. Antes de finalizar el día daré cuenta de su hazaña al señor director, para que nuestro Instituto se vea libre, por lo menos, de las más negras heces de la sociedad humana.

Dicho esto, se quitó el abrigo y ordenó:

—Siéntense.

La clase volvió a sentarse. Sólo Von Ertzum siguió en pie. Su rostro, sembrado de pecas, aparecía tan rojo como el pelo cerdoso que cubría su cabezota. Quiso decir algo, y titubeó, abriendo y cerrando la boca varias veces. Por fin, se lanzó:

—No fui yo, señor profesor.

Varias voces confirmaron, solidarias;

—No ha sido él.

Basura se levantó, golpeando con el pie la tarima.

—¡Silencio!... Y usted, Von Ertzum, no olvide que no es el primero de su nombre para quien yo he constituido un obstáculo en su carrera, y que, de aquí en adelante, he de hacerle muy difícil, si no imposible, todo avance, como tiempo atrás a su tío. Usted quiere ser militar, ¿no es verdad? También su tío lo quería. Pero como no pudo aprobar el curso ni obtener la calificación necesaria para hacer en el Ejército el servicio de un año, no hubiera ingresado jamás a la carrera de oficial si no hubiese conseguido una dispensa especial de su soberano. Por cierto que no tardó en verse obligado a pedir su separación del Ejército, ignoro por qué causa. Ahora bien: el triste destino de su tío puede ser también el suyo, Von Ertzum. No lo olvide. Usted se lo tendrá bien merecido. Por mi parte, Von Ertzum, hace mucho tiempo que tengo formada una opinión sobre su familia; hace más de quince años... Y ahora —la voz de Basura tronó aquí, subterránea—, como usted no es digno de llegar con su pluma sin talento a la gloriosa figura de la Doncella, salga de inmediato de la clase, y vaya a recluirse en el calabozo.

Von Ertzum, de comprensión lenta, permaneció quieto tendiendo el oído. Embargado por el esfuerzo de atención, imitó inconscientemente con las mandíbulas los movimientos que el profesor hacía con las suyas. El mentón de Basura, en cuyo límite superior crecían unos cuantos cañones amarillos, rodaba como sobre carriles, mientras hablaba, entre las dos arrugas ahondadas a ambos lados de la boca, lanzando panículas de saliva hasta los primeros bancos. Basura gritó:

—¡Todavía se atreve usted, insensato!... Al calabozo he dicho.

Von Ertzum, asustado, abandonó su banco. Kieselack le murmuró:

—¡Defiéndete, idiota!

Lohmann, detrás, prometió en voz baja:

—¡Déjalo! Ya nos las pagará.

El sentenciado pasó por delante de la cátedra y penetró en el recinto al que Basura denominaba pomposamente el calabozo: un cuarto oscuro que servía de guardarropa a la clase. Basura suspiró aliviado cuando el robusto muchacho cerró tras de sí la puerta del calabozo.

—Bueno. Vamos a recuperar ahora el tiempo que nos ha hecho perder ese individuo. Angst, aquí tiene usted el tema. Cópielo en la pizarra.

El primero de la clase acercó la hoja a sus ojos miopes y comenzó a copiar con lentitud. Antes de que las sílabas que iba trazando llegasen a tomar sentido, todos los alumnos, movidos por una superstición escolar tradicional, dijeron para sí: "¡Dios mío! ¡Seguro que me suspenden!"

Por fin, se leyó en la pizarra:

JUANA: TRES PETICIONES DIRIGISTE AL CIELO.

DIME, DELFÍN, SI ACASO FUERON ÉSTAS.

(*La Doncella de Orleans*, acto I, escena décima.)

TEMA: "*La tercera petición del Delfín*".

Se miraron, confundidos. Basura les había puesto una tarea difícilísima. Satisfecho, se reclinó en su sillón, sonriendo de través, y se puso a hojear su cuaderno de notas.

—Qué; ¿necesitan ustedes saber algo más? —preguntó como si todo estuviese ya perfectamente claro—. ¡Vamos! ¡Empiecen!

La mayoría de los alumnos inclinaron el busto sobre sus cuadernos e hicieron como que escribían. Otros permanecieron inmóviles, la vista perdida en el aire, anonadados.

—Tienen ustedes aún una hora y cuarto —observó Basura con voz indiferente, mientras ardía de felicidad por dentro. Ninguno de los pedagogos sin conciencia que con el apoyo de manuales y frases hechas facilitaban a la banda escolar el análisis de cualquier escena dramática, había hallado todavía aquel tema.

Algunos estudiantes recordaban la escena décima del primer acto y conocían las dos primeras plegarias del Delfín Carlos. Pero de la tercera no sabían nada ni tenían la menor idea de haberla leído. El mejor de la clase y otros dos o tres, Lohmann entre ellos, estaban incluso seguros de no haberla leído. El Delfín sólo se hacía repetir por la profetisa dos de sus plegarias nocturnas. Ello le bastaba para ver en Juana una enviada de Dios. De la tercera no se decía nada en aquella escena. Luego, constaba, sin duda, en algún otro lugar de la obra, se infería indirectamente del contexto o se cumplía en alguna forma, sin que a punto fijo se supiera cómo ni dónde. El mismo número uno se confesaba que podía haber algún detalle que le hubiese pasado inadvertido. De todos modos, había que decir algo sobre aquella tercera plegaria y hasta sobre una cuarta o una quinta, si Basura lo hubiera exigido. Una larga práctica de los ejercicios de composición les había enseñado ya a llenar un cierto número de páginas con frases más o menos vacías sobre cosas de cuya existencia real no estaban nada convencidos, tales como el deber, los beneficios de la enseñanza o el honor de servir con las armas a la patria. El asunto les tenía perfectamente sin cuidado, pero escribían sobre él. La obra de que procedía les era ya odiosa a fuerza de haber servido de base meses y más meses para que el profesor les pusiese "pegas", pero escribían con empeño.

La Doncella de Orleáns venía siendo estudiada por la clase desde nueve meses atrás. Los que habían perdido el curso la conocían ya del anterior. La habían leído del principio al fin y del fin al principio; se habían aprendido de memoria escenas enteras; la habían analizado desde el punto de vista histórico, el poético y el gramatical; habían puesto en prosa sus versos y transformado de nuevo en verso esta prosa. Para todos aquellos que al principio habían sentido la dulzura y el esplendor de la creación poética, ésta había perdido ya todo interés. En el sonsonete, diariamente repetido, no se percibía ya melodía alguna. Nadie oía ya la pura voz adolescente en la que se levantan severas y espectrales las espadas, ninguna coraza cubre ya el corazón, y se extienden ampliamente desplegadas alas de ángel, luminosas y crueles. Aquellos que más tarde hubiesen vibrado ante la inocencia inefable de la virgen guerrera, hubiesen amado en ella el triunfo de la debilidad y hubiesen llorado al ver convertirse a la invencible amazona, abandonada por el cielo, en una inerme muchachita enamorada, habrán de tardar ya mucho tiempo en poder experimentar tales sensaciones. Acaso necesitarían veinte años para que Juana pudiese volver a ser para ellos algo más que una pedante acartonada y polvorienta.

Las plumas corrían sobre el papel. El profesor Basura se solazaba mirando por encima del hombro de sus alumnos lo que éstos iban escribiendo. Para él era un buen día aquel en que lograba atrapar a alguno, sobre todo si se trataba de alguno que le había gritado su apodo. Aquel día hacía bueno todo un año. Desgraciadamente, llevaba ya dos cursos en los que no le había sido posible pescar a ninguno de sus astutos ofensores. Habían sido dos años malos. Un año era bueno o malo, según que durante él hubiera atrapado a alguno o no le hubiese sido posible probar su delito.

Basura, que se sabía odiado y burlado por los alumnos, los consideraba, a su vez, como enemigos hereditarios, a los que había que tratar de hacer reprobado el curso. Habiendo pasado toda su vida en colegios e institutos, le era imposible considerar a los muchachos y juzgar sus actos desde el punto de vista, más alejado, del hombre objetivo y experimentado. Los veía tan de cerca como si fuera uno de ellos, inesperadamente investido de poder sobre los demás y elevado a una cátedra. Hablaba y pensaba en su idioma y empleaba su argot. Lanzaba sus discursos en el mismo estilo que ellos hubieran empleado en igual caso; esto es, en períodos latinizantes sembrados de "así pues", "en realidad de verdad" y otras muletillas inútiles, restos de su clase de lectura y traducción de Homero en los cursos superiores; pues, naturalmente, lo que importaba en tales clases era traducir el estilo exacto y minucioso de los griegos en la forma más torpe y pesada posible. Como sus miembros habían perdido ya toda flexibilidad, exigía que los alumnos se moviesen también con lentitud. No comprendía la necesidad juvenil de agitarse continuamente, hacer ruido, repartir codazos y empujones, atormentar, imaginar travesuras tontas y desahogar en actos gratuitos el valor superfluo y la energía sin empleo. Cuando castigaba, no lo hacía con la serena superioridad del que piensa:

"Son ustedes unos majaderos, como corresponde a vuestra edad, y es necesario imponerles un poco de disciplina", sino que castigaba de verdad, apretando los dientes. Todo lo que sucedía en el Instituto tenía para Basura la gravedad y la realidad de la vida. La flojera equivalía a la relajación del ciudadano inútil; la falta de atención y la risa constituían una resistencia contra el poder del Estado; un garbanzo de pega era el cañonazo inicial de una revolución; una tentativa de engaño deshonoraba para toda la vida. Basura palidecía en tales ocasiones. Cuando enviaba a alguien al calabozo, se sentía como un dictador que hubiese deportado nuevamente a un grupo de revolucionarios a las colonias penitenciarias, y se diese cuenta, al mismo tiempo con orgullo y miedo, de su poder y de la oculta labor que iba socavándolo. Jamás olvidaba a quienes había debido encerrar en el calabozo alguna vez, o que habían incurrido de algún modo en falta contra él. Como llevaba veinticinco años profesando en aquel mismo Instituto, la ciudad y sus contornos estaban llenos de antiguos alumnos suyos. De aquellos a quienes había atrapado in fraganti y de aquellos a los que no había podido probar nada. Y todos ellos seguían llamándole aún por el sobrenombre. El Instituto no terminaba para él de puertas afuera; se prolongaba a la ciudad entera y a innumerables habitantes de todas las edades. Por todas partes surgían a su paso alumnos disipados y perversos que no se habían sabido la lección y le habían hostilizado. No era nada raro que un alumno nuevo, que había oído hablar de Basura a alguno de sus familiares, como de un divertido recuerdo juvenil, se viese sorprendido, a la primera respuesta equivocada, con la siguiente rociada:

—Usted es ya el cuarto de su apellido que pasa por mi clase. Odio a toda su familia.

Dominando desde la cátedra las cabezas inclinadas de los estudiantes, Basura experimentaba un sentimiento de segura victoria. Pero mientras tanto, una nueva amenaza se cernía sobre él. Venía de Lohmann.

Lohmann había despachado rápidamente su composición y se había dedicado luego a una labor literaria particular. Pero, preocupado por el caso de su amigo Von Ertzum, no lograba llevarla adelante. Se había constituido, en cierto modo, en protector moral del robusto joven aristócrata y consideraba como un mandamiento de su propio honor disimular con su extraordinario talento la debilidad intelectual de su amigo. En el momento en que Von Ertzum se disponía a contestar alguna inaudita tontería, Lohmann tosía con estrépito y le apuntaba la respuesta correcta. Cuando no lograba detener así las simplezas de su camarada, las transformaba en motivos de admiración al mismo afirmando a los demás que Von Ertzum había contestado a propósito en tal forma para sacar de sus casillas al profesor.

Lohmann era un muchacho de cabellos negros que se levantaban ondulados sobre su frente y caían luego a un lado en un desmayado mechón melancólico. Pálido como el mismo Lucifer, poseía una expresiva mímica. Hacía versos a la manera de Heine y amaba a una señora de treinta años. Absorbido por la tarea de formarse una amplia cultura literaria, dedicaba poca atención a los estudios oficiales. El claustro de profesores acabó por darse cuenta de que Lohmann no empezaba nunca a estudiar hasta el último trimestre del curso, y, aunque en las pruebas finales daba, a pesar de todo, un rendimiento satisfactorio, le había hecho repetir dos cursos. De este modo, teniendo ya diecisiete años, estaba, como su amigo, entre muchachos de catorce y quince. Y si Von Ertzum parecía tener veinte por su notable desarrollo físico, Lohmann aparentaba también más edad por la jugosa madurez de su inteligencia.

¿Qué impresión había, pues, de hacer a un Lohmann aquel polichinela encaramado en la cátedra, aquel infeliz atormentado por una idea fija? Cuando Basura le preguntaba, abandonaba sin prisa la lectura que le absorbía, totalmente ajena a la clase; arrugaba el entrecejo con expresión de malestar y consideraba con los ojos despreciativamente entornadas la desdichada figura del profesor, su tez polvorienta y la caspa que salpicaba el cuello de su chaqueta. Luego se miraba las uñas, finas y bien cuidadas. Basura odiaba a Lohmann más que a todos los otros, a causa de su inaccesible lejanía y casi también porque jamás le había aplicado su sobrenombre. Sentía obscuramente que aquella abstención significaba un desprecio todavía mayor. Lohmann no lograba corresponder al odio del viejo profesor más que con un sordo desprecio, al que se mezclaba algo de compasión salpicada de asco. Pero la escena anterior con Von Ertzum le había herido como una provocación personal. De los treinta estudiantes de la clase, era el único que había sentido cuánta bajeza había en la pública descripción de los reveses del tío de su camarada. Tanto no podía ya tolerarse a aquel bicho venenoso. Se decidió, pues. Se levantó; apoyó las manos en el borde de la mesa; fijó sus ojos en los del profesor, con mirada curiosa, como si fuese a llevar a cabo un experimento singular, y declaró serenamente:

—No me es posible seguir trabajando aquí, señor profesor. Huele a basura.

Basura saltó en su sillón; extendió un brazo en el aire y movió convulsivamente las mandíbulas sin emitir sonido alguno. No esperaba semejante ataque, sobre todo instantes después de haber amenazado a

otro alumno con la pérdida del curso. ¿Debería atrapar también a aquel Lohmann? Nada le hubiera satisfecho más. Pero ¿podía acaso probarle su delito?... En este momento de perplejidad, el pequeño Kieselack alzó la mano, castañeteó sus dedos azules, terminados en uñas mordidas, y chilló con su voz atiplada:

—Lohmann no le deja a uno trabajar en paz. Dice que la clase apesta a basura.

Se escucharon risas contenidas. Algunos patearon. Basura sintió alzarse contra él un huracán de rebeldía. Presa de terror, saltó de la silla; lanzó los brazos a uno y otro lado, como repeliendo el ataque de numerosos asaltantes, y exclamó:

—¡Al calabozo! ¡Todos al calabozo!

Desconcertado, creyó que sólo un acto de violencia podía salvarle. Se precipitó sobre Lohmann; le atenazó por un brazo y tiró de él, gritando:

—¡Fuera! No es usted digno de permanecer un instante más entre nosotros.

Lohmann, se dejó llevar, aburrido y disgustado. Para final, Basura quiso lanzarle de un empujón contra la puerta del guardarropa, pero fracasó en su intento. Lohmann se sacudió el traje en el sitio por donde Basura le había agarrado, y penetró con paso medido en el guardarropa. El profesor se volvió entonces en busca de Kieselack. Pero éste se había deslizado a sus espaldas, y se colaba en aquel mismo instante en el calabozo, haciéndole una mueca. El número uno de la clase tuvo que explicar al profesor dónde estaba Kieselack. Basura exigió en el acto que la clase siguiera ocupándose de su composición sobre Juana de Arco, sin dejarse perturbar por el incidente:

—¿Por qué no escriben ustedes? Quedan todavía veinte minutos. Les advierto que no pienso calificar los trabajos inconclusos. Ténganlo así en cuenta.

Esta amenaza tuvo por consecuencia que a nadie se le ocurriera ya una sola idea. Las caras se alzaron, asustadas. Basura estaba demasiado alterado para complacerse en ellas. Sentía la necesidad de romper toda posible resistencia, hacer fracasar todos los atentados futuros e imponer en torno suyo un silencio de cementerio. Los tres rebeldes habían sido encerrados; pero de sus cuadernos, abiertos aun encima de los pupitres, le parecía ver emanar todavía el espíritu de la rebelión. Los cogió y se los llevó al pupitre.

Los escritos de Von Ertzum y Kieselack eran series de frases trabajosas y torpes, en las que sólo se veía el esfuerzo. Lohmann ni siquiera había articulado su composición, dividiéndola en A, B, C; a, b, c y 1, 2, 3— Tampoco había escrito más que una hoja, que Basura leyó con indignación creciente. Decía:

"La tercera plegaria del Delfín. (*La Doncella de Orleans*, 1, X.)"

"La joven Juana sabe introducirse en la corte, más hábilmente de lo que sus años y su pasado campesino harían suponer, por medio de un ingenioso truco. Da al Delfín un extracto de las tres plegarias que él mismo ha dirigido al cielo la noche anterior, y esta facilidad suya para adivinar el pensamiento impresiona enormemente a los señores de la corte. Hemos dicho: de las tres plegarias, pero en realidad sólo repite dos, pues el Delfín, convencido ya, la dispensa de la tercera. Para fortuna suya, pues era muy difícil que la supiera. En las dos primeras le ha dicho ya todo lo que él puede haber pedido a Dios; esto es: que si su padre había cometido alguna culpa irredimida aún, le aceptase Dios a él y no a su pueblo como víctima propiciatoria. Y que si había de perder su corona y su reino, le diera Dios resignación y le conservara a su mejor amigo y a su amada. Con esto ha renunciado ya a lo esencial: al Poder. ¿Qué más habría podido pedir? No busquemos más. El mismo Delfín no lo sabe. Ni Juana. Ni tampoco Schiller. El poeta no ha ocultado nada de lo que sabía, y, sin embargo, ha dejado abierta una continuación. Este es todo el misterio. Y para el que se halle algo familiarizado con la naturaleza poco reflexiva del poeta, no puede haber en ello motivo alguno de extrañeza".

Punto final. Esto era todo. Y Basura, escalofriado, sintió que la separación de aquel alumno, la protección de toda la sociedad humana contra aquel foco de infección urgía mucho más que la expulsión de Von Ertzum, simple inofensivo. Al mismo tiempo, echó una mirada a la página siguiente, medio arrancada del cuaderno, y en la que aparecían garrapateadas unas cuantas líneas. En el momento en que descifró su contenido, algo como una nube rosada cubrió sus mejillas angulosas. Cerró el cuaderno con rápido disimulo, como si no quisiera haber visto nada; lo abrió de nuevo, y volvió a arrojarlo en seguida entre los demás, en agitada lucha jadeante. Sentía que había llegado el momento de atrapar a aquel individuo. Un hombre que se permitía cantar en verso a una artista. A aquella Rosa... Rosa... Cogió por tercera vez el cuaderno de Lohmann. En esto se escuchó la campana anunciando el término de la clase.

—Entreguen los trabajos —exclamó Basura en el acto, con la preocupación de que algún alumno tuviese todavía una ocurrencia salvadora en el último momento.

El primero de la clase recogió los cuadernos. Un grupo de alumnos fue a situarse a la puerta del guardarropa.

—¡Fuera de ahí! Esperen ustedes —gruñó Basura, nuevamente asustado. Hubiera querido conservar bajo llave a los tres muchachos hasta haber conseguido su perdición. Pero las cosas no podían ir tan de prisa. Había que obrar con mesura. En el caso de Lohmann le cegaba por su exceso de perversión.

Varios alumnos se plantaron ante la cátedra reclamando:

—Queremos nuestros abrigos, señor profesor.

Basura tuvo que franquear el guardarropa. Los tres confinados fueron saliendo sucesivamente entre los grupos, ya con los abrigos puestos. Lohmann se percató en seguida que su cuaderno había caído en manos de Basura, y lamentó, aburrido, el celo del viejo espantajo. Ahora tendría que contarle lo sucedido a su padre para que hablase al director del Instituto.

Von Ertzum arqueó las cejas rojizas, dando a su rostro la expresión que le haba valido, por parte de Lohmann, el sobrenombre de "luna borracha". Kieselack había elaborado durante su encierro todo un sistema de defensa.

—Señor profesor: yo no dije que olía a basura. Dije que Lohmann no paraba de decir...

—Cállese —tronó Basura, tembloroso. Movi6 la cabeza de un lado a otro; logró serenarse, y continuó, con voz ahogada—: El destino se cierne sobre ustedes rozando sus cabezas. Pueden retirarse.

Los tres se fueron a almorzar; cada uno con su destino cerniéndose sobre su cabeza.

II

Basura también almorzó. Luego se tumbó en un sofá. Pero como todos los días, en el preciso momento en que iba a coger el sueño, su criada estrelló con estrépito un cacharro contra el suelo en la habitación contigua. Basura se incorporó sobresaltado y echó mano al cuaderno de Lohmann, ruborizándose de nuevo, como si leyera por primera vez las desvergüenzas escritas en él. El cuaderno se abrió ya solo por la página que integraba el *Homenaje a la Soberana Artista Rosa Fröhlich*. A este título seguían unas cuantas líneas tarjadas; después, un espacio en blanco y luego:

*Nada hay ya en ti de tu pureza extinta.
Pero eres una artista soberana;
y si te ves alguna vez encinta...*

Lohmann no había tenido tiempo de hallar el consonante que faltaba. Pero la posibilidad expresada en el tercer verso decía ya muchas cosas. Dejaba sospechar que el autor participaba personalmente en ella. Quizá la misión del cuarto verso hubiera sido confirmarlo así claramente. Para descubrir aquel cuarto verso que faltaba, hizo Basura esfuerzos tan desesperados como sus alumnos para averiguar la tercera plegaria del Delfín. Lohmann parecía burlarse con él de Basura, y éste luchaba con Lohmann, cada vez más excitado, sintiendo la imperiosa necesidad de mostrarle que, en definitiva, era él el más fuerte. ¡Ya le arreglaría él!

Proyectos aún confusos de actos futuros hervían en el ánimo de Basura. No le dejaban estar quieto. Tuvo que coger su gabán, raído y viejo, y echarse a la calle. La lluvia caía fría y menuda. Con las manos a la espalda, la cabeza caída y una sonrisa venenosa en las comisuras de los labios, avanzó sorteando los charcos de la humilde calle del suburbio. Sólo un carro cargado de carbón y un par de chiquillos se cruzaron en su camino. En la puerta de la tienda de comestibles de la esquina colgaba el cartel del Teatro Municipal: *Guillermo Tell*. Asaltado por una repentina idea, Basura se detuvo a leerlo... No; ninguna Rosa Fröhlich constaba en el reparto. De todos modos, quizá perteneciese a la compañía. Droge, el almacenero de comestibles, lo sabría seguramente. Fue a entrar en el establecimiento; pero, cuando ya empujaba la puerta, se arrepintió, alejándose a grandes trancos. ¡Preguntar por una cómica en su propia calle! Había que evitar las murmuraciones de aquella gentecilla tan poco versada en Humanidades. Si quería desenmascarar a Lohmann, tenía que proceder con habilidad y disimulo... Tomó por la avenida que conducía al centro de la ciudad.

Si lo conseguía, Lohmann arrastraría en su caída a Von Ertzum y a Kieselack. Hasta lograrlo se abstendría de dar cuenta al director de que se había atrevido a llamarle por su apodo. Ya se demostraría luego que los que así lo hacían eran también capaces de muchas otras perversiones. Basura lo sabía; lo había experimentado en su propio hijo, retoño único de sus relaciones con una viuda que de muchacho le había procurado los medios económicos necesarios para proseguir sus estudios, a cambio de lo cual la hizo su mujer en cuanto obtuvo un puesto en el profesorado. Seca, larguirucha y malhumorada, murió pronto. El hijo de Basura tenía un aspecto tan poco atractivo como su padre, y además era tuerto. Sin embargo, siendo estudiante, solía exhibirse por las calles de la ciudad en compañía de mujeres equívocas. Y si por un lado gastaba con tales amistades más de lo que podía, por otro había reprobado cuatro veces el examen de estudios superiores. Simple bachiller, no podía pasar de ser un mísero empleado, y un abismo humillante le separaba para siempre de aquellos que habían conquistado un título universitario. Basura, que le había cerrado resueltamente las puertas de su casa, comprendía muy bien todo lo sucedido, e incluso lo había previsto desde el día en que oyó a su propio hijo designarle por el sobrenombre en una conversación con sus camaradas.

Análogo destino deseaba a Kieselack, Von Ertzum y Lohmann, sobre todo a este último, al que parecía amenazar más peligrosamente por obra y gracia de Rosa Fröhlich. Basura tenía prisa por vengarse de Lohmann. Los otros dos casi desaparecían al lado de este individuo con su helada indiferencia y su expresión de curiosidad compasiva cuando el profesor se encolerizaba. ¿Qué clase de alumno era en definitiva aquel Lohmann? Basura pensaba en él con odio enconado. Bajo el arco ojival de la puerta de la ciudad se detuvo de pronto, y exclamó en voz alta:

—Esos son los peores.

Un alumno era una criatura gris, sumisa y disimulada, sin más vida que la de la clase, y en constante guerra subterránea contra el tirano. Así Kieselack. O un tipo obtuso y robusto al que la superioridad

intelectual del tirano mantenía en permanente confusión, como Von Ertzum. Pero Lohmann parecía negar el poder del tirano. Basura sufría la humillación de la autoridad más retribuida, ante la cual se pavonean los inferiores, mejor vestidos y con más dinero en el bolsillo. Todo ello no era más que un inaceptable descaro, concluyó Basura. Los trajes impecables de Lohmann, sus puños siempre limpios, su expresión indiferente. ¡Puro descaro! La composición de aquel día; las amistades de que gozaba fuera del Instituto, y entre ellas la de Rosa Fröhlich, la más condenable de todas. ¡Descaro inaudito! E incluso el hecho de no aplicarle el odioso apodo constituía también un desvergonzado descaro.

Continuó calle arriba. El viento le obligaba a ceñirse enérgicamente el abrigo contra el cuerpo. Pasó frente a una iglesia; siguió un trecho cuesta abajo; dobló una esquina y se detuvo titubeante ante un amplio edificio. Dos grandes carteles, colocados a ambos lados de la puerta, anunciaban el *Guillermo Tell*. Basura leyó uno y luego el otro. Por último mirando temeroso en torno suyo, penetró en el portal y siguió un largo corredor. Detrás de una ventanilla, vio a un hombre que escribía a la luz de una lámpara mortecina. Basura, agitado y perplejo, no sabía cómo empezar. Hacía ya lo menos veinte años que no había pisado aquel teatro, y le atormentaba la preocupación del tirano que se aventura fuera de sus dominios. Podían desconocer su autoridad; permitirse familiaridades desagradables; obligarle a sentirse sencillamente humano.

Al cabo de un rato carraspeó con cautela. Y como este recurso no le diera resultado alguno, llamó a la ventanilla con el dedo índice encorvado. El individuo que escribía detrás alzó sobresaltado la cabeza y abrió eí cristal.

—¿Qué desea usted? —preguntó con voz ronca.

Basura movió los labios sin emitir el menor sonido. El viejo cómico retirado, de facciones hondamente acusadas, barba negroazul y nariz obtusa, se lo quedó mirando a través de sus lentes. Basura rompió al fin:

—Ya he visto que representan ustedes *Guillermo Tell*. Les felicito por su elección.

El taquillero respondió:

—Sí cree usted que lo hacemos por gusto...

—No me he permitido afirmar nada semejante —se apresuró a declarar Basura, lleno de miedo a cualquier complicación.

—No se vende una entrada. Pera nuestro contrato nos obliga a representar un cierto número de obras clásicas.

Basura creyó conveniente presentarse:

—Soy el profesor Ba..., el profesor Raat, del Instituto.

—Tanto gusto. Mi nombre es Blumenberg.

—Y me gustaría hacer asistir a mis alumnos a una representación de una obra clásica.

—Es una gran idea, señor profesor. Estoy seguro de que nuestra director la acogerá feliz.

—Pero tendría que ser la obra de cuyo estudio nos ocupamos ahora en clase —prosiguió Basura, alzando el índice—: *La Doncella de Orleáns*.

El cómico perdió la sonrisa, inclinó la cabeza y le dirigió una triste mirada de reproche por encima de los lentes.

—Eso sí que lo siento. Tendríamos que ensayarla de nuevo. ¿No le sería igual *Guillermo Tell*? Es también muy apropiado para la juventud.

—No —decidió Basura— Imposible. Tiene que ser *La Doncella*. Y, además, lo verdaderamente importante..., atención ahora..

Tuvo que tomar aliento. Su corazón latía apresurado.

—...es que la actriz encargada del papel de Juana de Arco sea una gran artista que sepa mostrar a los estudiantes..., en realidad de verdad..., la soberana figura de la Doncella.

—Desde luego, desde luego —repuso el cómico, totalmente de acuerdo.

—Razón por la cual he pensado en una de las artistas de su compañía de la que han llegado a mí grandes alabanzas que espero no sean injustas.

—Seguramente no.

—He pensado, pues, en la señorita Fröhlich..., Rosa Fröhlich.

—¿Cómo dice?

—Rosa Fröhlich.

Basura apenas respiraba.

—¿Fröhlich? No ha formado jamás parte de nuestra compañía.

—¿Está usted seguro? —insistió Basura, perdiendo la cabeza.

—Disculpe usted. No estoy loco todavía.

Basura no se atrevía ya a mirar a su interlocutor.

—Entonces...

El otro vino en su ayuda:

—Seguramente le han informado mal.

—Eso es —concluyó Basura, con infantil agradecimiento—. Perdone usted tanta molestia.

Saludó e inició la retirada, dejando asombrado al taquillero que, antes de perderle de vista, le gritó aún:

—Escuche, señor profesor. Creo que la cosa tendría arreglo. ¿Cuántos billetes tomaría usted? ¡Señor pro...!

Basura se volvió al llegar a la puerta. El miedo a su perseguidor contraía su sonrisa en una mueca.

—Nada, nada. Perdone usted.

Y desapareció huyendo.

Sin darse cuenta, siguió calle abajo hasta desembocar en el puerto. En torno suyo, pasos pesados de hombres cargados de sacos; gritos estridentes de los que dirigían el embarque. Olía a pescado, a alquitrán, a aceite y a alcohol. Los mástiles y las chimeneas se desvanecían ya en el crepúsculo. En medio de la intensa actividad que aún florecía antes de que la noche cerrase, Basura siguió su camino, absorto en su único pensamiento: atrapar a Lohmann, averiguando el paradero de Rosa Fröhlich.

Marinos y empleados, que corrían de un lado para otro, llevando en la mano talones de mercancías, le empujaron al cruzarse en su camino. Obreros pesadamente cargados rugieron: "¡Ahí va!", después de echarle violentamente a un lado. Contagiado por el apresuramiento general, empujó, sin saber lo que hacía, la puerta de una taberna, en cuya portada campeaba un rótulo en sueco o danés. Rollos de amarras, cajas de galletas de marinero, tarros y frascos de olor penetrante. Un loro chillaba: "¡A beber! ¡A beber!" Varios marineros bebían sentados ante una mesa mugrienta. Otros, de pie, con las manos metidas en los bolsillos, charlaban con el tabernero, un gigante de barba rojiza, que al entrar Basura surgió de entre una nube de humo y fue a situarse detrás del mostrador. La luz de la linterna colgada en la pared, y provista de un reflector de hoja de lata, caía directamente sobre su calva. Apoyó las garras en el borde del mostrador, y dijo con torpeza:

—¿Quiere usted algo de mí, señor?

—Déme una entrada para el teatro de verano —pidió Basura, con aire distraído.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

—Que me dé una entrada para el teatro de verano. En el escaparate he visto que se despachan aquí.

El tabernero permaneció un rato asombrado, con la boca abierta. Por fin, pudo articular obscuramente:

—Está bien. Pero el teatro de verano no funciona en invierno.

Basura se aferró a su derecho:

—Entonces, ¿para qué tiene usted el anuncio en el escaparate?

—¡Ahí se puede estar! —tronó ya el tabernero.

Pero aquel señor, con su aire autoritario y sus gafas redondas, le inspiraba cierto respeto. Se moderó, pues, y trató de encontrar alguna razón que pudiera convencerle de que el teatro de verano estaba ahora cerrado. Para ayudarse en su profunda meditación, comenzó a hacer resbalar lentamente sus terribles manos, cubiertas de vello rojizo, por el borde del mostrador. Por fin encontró el argumento.

—Se necesita ser idiota para no comprender que un teatro de verano no funciona en invierno —explicó afablemente.

—¡Señor mío! —protestó Basura.

El tabernero solicitó auxilio:

—¡Enrique! ¡Lorenzo!

Los marineros se acercaron.

—No sé lo que le pasa a este tipo. Quiere entrar a la fuerza en el teatro de verano.

Los marineros mascaban tabaco. En unión del tabernero, se quedaron contemplando a Basura como a un ser incomprensible venido de muy lejos. Basura se dio cuenta, y sintió la necesidad de acabar pronto.

—¿Por lo menos, podrá usted decirme si el año pasado trabajó en ese teatro una cierta Rosa Fröhlich?

—¿Y cómo quiere usted que yo lo sepa? —repuso el tabernero, cada vez más asombrado—. ¿O se cree usted que yo me paso la vida entre esas titiriteras?

—O, en último término —prosiguió Basura, perdiendo ya la cabeza—, si Rosa Fröhlich volverá el próximo verano a deleitarnos con su arte.

El tabernero parecía asustado. No entendía ya una palabra de aquello. Uno de los marineros halló una solución:

—Ten cuidado, Pedro. Te está tomando el pelo —y, echando la cabeza atrás, rompió a reír abriendo la caverna negra de su boca.

Los otros le imitaron, dándose con el codo. El tabernero no creía que aquel extraño individuo tratara de divertirse a su costa; pero vio amenazado el respeto que inspiraba a aquellos hombres que él suministraba a los capitanes de los barcos, junto con su galleta y su ginebra, y fingió una terrible ira. Su cara se tiñó de rojo.

—¡Basta ya! —gritó, dando puñetazos en el mostrador—. No estoy aquí para servirle a usted de mono. Ahí tiene usted la puerta. —Y extendió un índice autoritario.

Basura, aturdido, dudó un momento. Pero al ver que el tabernero hacía ademán de abandonar su puesto detrás del mostrador, se apresuró a abrir la puerta. El loro le chilló aún: "¡A beber!" Los marineros aullaban de risa. Cerró la puerta tras de sí.

Dobló la primera esquina y se alejó del puerto por calles silenciosas y tranquilas. Criticó el suceso: "Ha sido una equivocación mía. Ha sido... en realidad de verdad... una equivocación".

Debía continuar su búsqueda por otro camino. Al cruzarse con los transeúntes les miraba fijamente, tratando de adivinar en su rostro si conocían a Rosa Fröhlich. Eran mozos de cuerda, criadas, el farolero, una vendedora de periódicos. Con el pueblo resultaba imposible entenderse. Ya lo había comprobado a sus expensas. El incidente de la taberna le aconsejaba también ser más cauteloso al trabar conversación con gente desconocida. Era mejor buscar semblantes ya familiares. De la callejuela próxima surgía ya uno al que Basura había gritado aun el año anterior con tono iracundo versos latinos. Aquel alumno que jamás se había sabido la lección, había entrado luego, como meritorio, en una casa de comercio. Se acercaba con paso seguro, llevando en la mano un paquete de cartas. Basura fue hacia él, dispuesto a interpelarlo en cuanto el otro iniciara su saludo. Pero no sucedió así. Su antiguo discípulo pasó a su lado sin saludarle, fijos sus ojos en él, con expresión de burla.

Basura desapareció rápido en la callejuela de donde el otro había emergido. Era una de las vías que bajaban al puerto, y la pendiente, más acentuada que en las demás, le había valido ser elegida por los chiquillos para precipitarse por ella en sus carritos. Las madres y las criadas, de pie en la acera, manoteaban y chillaban, requiriéndoles para la cena; pero los chiquillos seguían rodando cuesta abajo, arrodillados en sus carricoches, o con las piernas por alto, la bufanda ondeando al viento y la gorra calada por encima de las orejas, entre agudos chillidos de alegría. Basura tuvo que saltar de un lado a otro para no ser embestido. El agua de los charcos le salpicó de arriba abajo. De un carricoche que se despeñaba a toda marcha salió una voz penetrante:

—¡Basura!

Basura se estremeció. Otras voces repitieron el grito. Aquellos chiquillos, alumnos de las escuelas públicas, sabían su apodo por ser del Instituto. Y los que no lo sabían les hicieron coro. Basura tuvo que subir por la cuesta, en medio de la tempestad desencadenada contra él. Jadeante, desembocó en una plaza en la que se alzaba una iglesia.

Todo aquello le era habitual. Los antiguos alumnos que le negaban el saludo, mirándolo con desprecio. La chiquillería callejera que le gritaba su sobrenombre. Pero aquel día no había contado con ello, pues la gente le debía una respuesta. Ya que no se habían sabido nunca los versos de Virgilio, debían poder indicarle ahora, por lo menos, el paradero de Rosa Fröhlich.

Cruzando la plaza del mercado, Basura se llegó a una tabaquería cuyo dueño había sido alumno suyo veinte años atrás, y al que, de cuando en cuando, compraba alguna caja de cigarros. Muy de tarde en tarde, pues fumaba poco y bebía raras veces. No tenía ninguno de los vicios burgueses... En las cuentas que el tabaquero le enviaba, la letra inicial de su nombre aparecía siempre enmendada, viéndose claramente que de primera intención había sido una B, transformada luego en una R. Basura no había podido nunca aclarar si aquel error era o no intencionado. Pero, al recordarlo aquella noche, no tuvo ya ánimos para entrar en la tienda. El hombre que iba a recibirle en ella era un alumno rebelde al que jamás había podido atrapar.

Continuó presuroso. La lluvia había cesado. El viento alejaba las nubes. El gas ardía rojo en los faroles. La luna, amarillenta, lanzaba a intervalos por encima de los tejados una mirada burlona.

Los enormes ventanales del Café Central resplandecían en la noche. Basura sintió deseos de entrar y beber algo. Los sucesos de aquel día le habían apartado de su camino habitual. En el café le habría de ser fácil averiguar lo que quería. Allí dentro se hablaba de todo. Basura lo sabía, pues en vida de su mujer se había permitido acudir algunos ratos, muy pocos, al Café Central. Pero desde que enviudó, tenía en su casa toda la tranquilidad deseable, y no necesitaba ya buscarla en el café. Además, la estancia en él se le había hecho desagradable desde que el establecimiento había pasado a ser propiedad de un antiguo alumno suyo. Este, que hubo de retornar con algún dinero a la ciudad, después de rodar muchos años por el extranjero, se

complacía en servir por sí mismo a su antiguo profesor, llamándole constantemente señor Basura, pero con poco afable cortesía, que era imposible probarle nada. Los parroquianos seguían con regocijo estas escenas, y Basura acabó por darse cuenta de que, si continuaba acudiendo al café, iba a acabar por constituirse en una propaganda gratuita del establecimiento.

Pasó, pues, de largo, y se preguntó en qué otros lugares podría encontrar respuesta a la pregunta que le atormentaba. Pero no halló ninguno. Todos los rostros conocidos que iba evocando en su memoria mostraban la misma expresión maligna que antes el de su antiguo discípulo al negarle el saludo. Las tiendas iluminadas albergaban, como la tabaquería y el café, alumnos hostiles y rebeldes. Una sorda cólera se apoderó de él. Estaba cansado y tenía sed. Anduvo calles y más calles, al azar, lanzando, sobre las muestras de las tiendas y las planchas de latón de los portales en las que encontraba los nombres de antiguos discípulos suyos, aquella mirada oblicua que sus alumnos decían venenosa. Todos aquellos bribones le desafiaban. Y con ellos Rosa Fröhlich, que vivía oculta en alguna de aquellas casas, distraía de sus deberes la atención de los alumnos y escapaba al poder de Basura. Varias veces tropezaron sus ojos con el nombre de alguno de sus colegas del Instituto, y todas ellas desvió la vista con molestia. Pues éste le había designado por el mote en plena clase y delante de los alumnos, sin que el hecho de haberse rectificado en el acto pudiese disculparle, y el de más allá había sorprendido al hijo de Basura equívocamente acompañado, y lo había ido contando a unos y otros. Rodeado de enemigos por todas partes, siguió Basura su agitada peregrinación a través de la ciudad. Andaba rozando las paredes, en continua tensión, pues a cada momento podía caerle encima el odioso apodo, lanzado sobre él desde una ventana como un cubo de agua sucia. Y en la obscuridad de la noche le sería imposible atrapar a nadie. Una clase rebelde de cincuenta mil alumnos hervía en torno suyo.

Sin darse cuenta, huyó a esconderse en el lugar más apartado y oculto de la ciudad, en el que, al término de una larga calleja silenciosa, se alzaba un edificio de traza conventual, destinado a albergue y retiro de señoras solas. La obscuridad era allí más densa. Unas cuantas figuras femeninas, vestidas de negro y tocadas con velos o pañuelos de seda, regresaban tardías a alguna reunión benéfica o alguna novena; llamaban presurosas y desaparecían por la puerta, brevemente entreabierta. Un murciélago revoloteó por encima del sombrero de Basura. Mirando de reojo hacia la ciudad pensó: "Ya me las pagarán alguna vez".

Pero, en el acto, sintió su impotencia y se estremeció de odio. De odio contra aquellos millares de alumnos flojos y perversos que jamás habían hecho los trabajos que él les encargaba, le habían llamado siempre por su apodo, y nunca habían pensado más que en humillarle; aquellos que ahora le atormentaban con la tal Rosa Fröhlich, y en lugar de delatarla y delatar a Lohmann, se comportaban como una clase perversa que se opone como un solo hombre al profesor; aquellos que ahora estaban cenando tranquilamente, y le obligaban, en cambio, a esconderse allí abajo; aquellos que —ahora se le revelaba obscuramente— habían hecho de él, a través de los años, algo despreciable y equívoco.

Fija su atención en las clases que desde veintiséis años atrás se sucedían sin interrupción ante él..., la misma clase con los mismos rostros malignos..., no había advertido nunca que, fuera de ella y al cabo del tiempo, las caras mostraban ya una expresión indiferente e incluso benévola ante el recuerdo del profesor Basura. En plena lucha siempre, no había tenido un momento de tranquilidad para comprobar que los alumnos suyos más antiguos, hombres ya maduros, no le designaban por su apodo con propósito de escarnecerle, sino por simpatía a sus recuerdos juveniles, que ahora les parecían alegremente inocentes. No había reparado en que, para la ciudad entera, constituía una figura familiar, quizá cómica, pero de una comicidad cariñosa y sin odio. Así, no oyó tampoco aquella noche el diálogo de dos discípulos suyos de los más antiguos, que se separaron en una esquina, siguiéndole con la mirada, llena, para él, de burla:

—¿Has visto a Basura? Qué viejo está.

—Y cada vez más sucio.

—Nunca lo he conocido de otro modo.

—No te acuerdas ya. Cuando era profesor auxiliar iba muy compuesto.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Lo que hace un sobrenombre! Yo no puedo figurármelo limpio.

—¿Sabes lo que creo? Que tampoco él puede ya imaginarse de otro modo. Un apodo así acaba por imponerse a todo.

III

Basura regresó sobre sus pasos y subió apresuradamente por la callejuela silenciosa. Había tenido una idea cuyo acierto quería comprobar en el acto. Una repentina revelación le aseguraba que Rosa Fröhlich era aquella bailarina de los pies desnudos que la ciudad entera esperaba con máxima expectación y que iba a dar en fecha próxima unas cuantas representaciones en el salón de fiesta de la Sociedad Cultural. Basura recordaba perfectamente haber oído hablar de ella a uno de sus colegas, al profesor Wittkopp, miembro de dicha Sociedad. Había entrado en la sala de profesores, y mientras abría su armarito para depositar en él los trabajos de sus alumnos, había dicho:

—Dentro de poco tendremos aquí a Rosa Fröhlich, la bailarina de los pies desnudos, famosa intérprete de las primitivas danzas griegas.

Basura veía aún ante sí a Wittkopp dándose importancia y aguzando mucho los labios para pronunciar, afectado, el nombre de la artista. ¡Cómo no lo había recordado hasta ahora! Seguramente Rosa Fröhlich había llegado ya a la ciudad y había trabado conocimiento con Lohmann. Basura estaba ya en camino de atraparlos a ambos.

Mediada la calle de Siebenberg, un cierre metálico cayó con estrépito cubriendo un escaparate a pocos pasos de él. Basura se detuvo anonadado. Pues el cierre pertenecía al almacén de música de Kellner, en el que se vendían las entradas para aquella clase de espectáculos y donde con toda seguridad hubiera obtenido los informes deseados. Parecía que por aquella noche no le iba a ser posible alcanzar ya a sus perseguidos.

Y, sin embargo, no pensó ni por un momento en regresar a casa para cenar. Su afán persecutorio había llegado a dominarle por completo. Emprendió de nuevo la marcha. En la calle de Rosmarin se detuvo ante una escalerilla de madera que subía, empinada, hasta la puerta de una tienda, sobre la cual se leía: "Juan Rindfleisch, zapatero". No había escaparate. Detrás de los vidrios de las dos ventanitas se veían algunas macetas. Basura lamentó que su suerte no le hubiera conducido antes allí, al hogar de un hombre honesto y sencillo, fervoroso pietista, que jamás pronunciaba una palabra ofensiva, no adoptaba jamás una expresión desdeñosa y le proporcionaría sin reservas los informes deseados sobre Rosa Fröhlich.

Abrió la puerta. Una campanita sonó con suave vibración acogedora. El taller, limpio y ordenado, estaba medio a oscuras. Inscrito en el vano de la puerta del fondo aparecía, benignamente iluminado, el cuadro de la familia del zapatero, cenando. El maestro comía al lado de la hija mayor. La madre servía salchichas con papas a los pequeños. El padre dejó al lado de la lámpara la panzuda botella de cerveza negra, se levantó y miró al recién llegado.

—Buenas noches, señor profesor.

Acabó de tragar su último bocado y continuó:

—¿En qué puedo servirle?

—Buenas noches —respondió Basura, frotándose las manos con sonrisa embarazada y tragando, a su vez, saliva.

—Disculpe usted que le recibamos a oscuras, pero a las siete en punto dejamos siempre el trabajo. El resto de la noche pertenece al Señor, y lo que en él se trabaja no obtiene su bendición.

—Sí..., sí... Es muy posible —tartamudeó Basura.

El zapatero le llevaba la cabeza. Robusto y ancho de hombros, una barriguita prominente hinchaba su delantal de cuero. Largos rizos canos, un poco aceitosos, enmarcaban en arco su cara alargada, pálida y sonriente, terminada por una barba en forma de cuña. Mientras atendía a su parroquiano, cruzaba y descruzaba de continuo las manos sobre el vientre, por encima del mandil.

—Buenas noches, señor profesor —exclamó la mujer del zapatero, haciendo una reverencia—. No tengas ahí a oscuras al señor profesor, Juan. Hazle pasar aquí. Digo, si no le molesta vernos cenar.

—Nada de eso.

Basura se decidió a hacer un sacrificio:

—Siento haber interrumpido su cena, maestro; pero al pasar por aquí se me ocurrió aprovechar la ocasión para que me tomase usted medida de un par de botas.

—Para atenderlo, señor profesor —dijo la mujer, reiterando su reverencia—. Para atenderlo, Rindfleisch pidió la lámpara.

—Entonces vamos a tener que cenar a oscuras —observó la mujer riendo—. Mejor será que el señor profesor pase al cuarto azul. Yo encenderé luz allí.

Les hizo pasar a otra habitación y encendió en honor de Basura las dos velas rosadas e intactas que ornaban la consola, flanqueadas por dos grandes conchas marinas. Apegados a las paredes pintadas de azul, los viejos muebles familiares de caoba lanzaban solemnes destellos rojizos. En el centro del paño bordado que cubría el amplio velador frontero al sofá, una imagen de Cristo extendía protectora sus brazos de alcorza.

Basura aguardó a que la mujer saliera. Cuando la puerta se cerró tras ella y tuvo ya por completo en su poder al zapatero, continuó:

—Adelante, pues, maestro. Se trata de demostrar ahora que usted, que ya ha realizado algunos trabajos menos importantes a plena satisfacción del pro..., a plena satisfacción mía, es también capaz de confeccionar un excelente par de botas.

—Por supuesto, señor profesor, por supuesto —contestó Rindfleisch, humilde y aplicado como el número uno de una clase.

—Tengo dos pares más, pero con esta humedad es prudente disponer siempre de calzado seco y abrigado.

Rindfleisch medra arrodillado. Como tenía el lápiz entre los dientes, sólo pudo contestar con un gruñido.

—Por otro lado —prosiguió Basura—, es ésta la temporada en que suelen llegar algunas novedades a la ciudad, procurándonos un poco de distracción espiritual, tan necesaria al hombre.

Rindfleisch levantó la vista.

—Nada más cierto, señor profesor. El hombre necesita distraer de cuando en cuando su espíritu de las cosas cotidianas. Así lo piensa también nuestra cofradía.

—¡Ah! ¿Sí? —repuso Basura—. Pero yo me refería a que en esta época del año suelen visitarnos algunas personalidades eminentes.

—A eso me refería yo también, señor profesor. Así, nuestra cofradía se reunirá mañana para escuchar la palabra de un famoso misionero.

No veía Basura nada fácil hallar una transición que orientara el diálogo hacia Rosa Fröhlich. Reflexionó unos instantes, y como no encontrara camino alguno indirecto, se lanzó de frente:

—También en la Sociedad Cultural se anuncia algo muy interesante. La visita de una artista famosa... Ya habrá usted oído hablar de ella, como todo el mundo.

Rindfleisch guardó silencio. Basura esperó con ansia. Estaba convencido de que aquel hombre arrodillado a sus pies sabía lo que él necesitaba averiguar y que sólo de él mismo dependía arrancárselo. Los periódicos habían hablado de la tal Rosa Fröhlich, sus colegas del Instituto la habían nombrado en la sala de profesores y su retrato estaba expuesto en el escaparate de Kellner. Toda la ciudad sabía de ella menos él mismo. Cualquiera tenía más amistades y más trato social que él. Esta idea le dominaba sin que se diese cuenta, y así, se dirigía confiado a un zapatero beato en busca de noticias sobre una bailarina.

—Es una bailarina famosa, maestro. Baila en la Sociedad Cultural. Figúrese usted la gente que irá a verla.

Rindfleisch asintió, y replicó con voz oscura y acento sentencioso:

—La gente no sabe bien a dónde va.

—Baila con los pies desnudos. Una habilidad nada común, maestro.

Basura no sabía ya como espolear al zapatero.

—Imagínese usted. ¡Con los pies desnudos!

—Con los pies desnudos —repitió Rindfleisch—. Así bailaban también ante sus ídolos las mujeres de los amalecitas.

Y se echó a reír mansamente, como para disculpar su atrevimiento en citar textos de la Escritura siendo un pobre menestral iletrado.

Basura se agitó nerviosamente, como cuando un alumno balbuceaba en la traducción oral amenazando con quedarse con la mente en blanco de un momento a otro. Se golpeó una espinilla contra la pata de un sillón y se levantó de un salto.

—Bueno, maestro; ya ha medido usted bastante. Dígame usted ahora..., adelante, pues..., si Rosa Fröhlich, la bailarina de los pies desnudos, ha llegado ya a la ciudad. Tiene usted que saberlo.

—¿Yo, señor profesor? —repuso Rindfleisch, asustado—. ¿Saber yo de una bailarina?

—No creo que fuese ningún pecado —adujo Basura, impaciente.

—¡Líbreme Dios de juzgar a nadie! —protestó Rindfleisch—. No hay en mí sombra de desprecio y estoy dispuesto a amar en Dios, nuestro Señor, a esa mi hermana de los pies desnudos y a rogar a Dios que haga por ella lo que hizo por Magdalena pecadora.

—¿Pecadora? —interrogó Basura con aire superior—. ¿Por qué tiene usted por pecadora a Rosa Fröhlich?

El zapatero clavó castamente los ojos en el suelo encerado.

—Claro está —prosiguió Basura— que si su mujer o su hija pretendieran hacer la vida de una artista no sería decoroso. Sin embargo, hay otros sectores de la vida en los que rigen leyes morales diferentes y... ¡Pero basta ya de estas cosas!

E hizo un ademán significativo de que se trataba de una cuestión perteneciente a un curso superior.

—También mi mujer es una infeliz pecadora —dijo el zapatero en voz baja, cruzando las manos por encima del delantal—. Y yo mismo, Señor. Todos caemos en el pecado de la carne.

Ahora le tocó a Basura asombrarse.

—¿Su mujer y usted? ¿Pero no están ustedes casados como Dios manda?

—Sí, sí; eso sí. Pero ello no borra el pecado de la carne, señor profesor. Y si Dios, nuestro Señor, lo permite es tan sólo...

El fervoroso creyente se irguió como para decir algo muy importante. Sus ojos se abrieron redondos y penetrados de misterio.

—Siga usted —le animó Basura.

Y el otro, con un hálito de voz:

—Los hombres no saben que si Dios permite el pecado de la carne es tan sólo por aumentar el número de sus ángeles.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó Basura—. ¿Sabe usted que es una explicación muy bonita?

Y se quedó mirando con sonrisa burlona el rostro iluminado del zapatero.

Pero no tardó en reprimir su burla, y se dispuso a salir de la zapatería. Empezaba a creer que Rindfleisch no tenía, efectivamente, la menor noticia de Rosa Fröhlich. El zapatero volvió a las cosas terrenas y le preguntó cómo quería las botas. Basura contestó indiferente y se despidió sin gran cordialidad. Emprendió rápido el camino hacia su casa.

Despreciaba a Rindfleisch. Despreciaba la habitación azul, la estrechez de aquellos espíritus, las almas humildes, las exageraciones cristianas y la rigidez moral. También el hogar de Basura era más pobre que lujoso. Pero, en cambio, su cerebro cultivado le hubiera permitido conversar con los más altos príncipes del ingenio, vueltos a este mundo, sobre el estilo y la gramática de sus obras. Vivía pobre e ignorado, porque nadie conocía aún la obra considerable a la que se venía consagrando desde veinte años atrás, Pasaba inadvertido, cuando no escarnecido, entre la gente, pero tenía conciencia de pertenecer a la casta de los dominadores. Ningún banquero ni monarca alguno participaban tanto en el poder ni se interesaban tanto por la conservación del orden social establecido. Basura se ponía siempre a favor de la autoridad, cualquiera que fuese, y en la soledad de su despacho maldecía a los obreros..., cuyo triunfo hubiera significado también para él un aumento en su retribución. A los jóvenes profesores auxiliares, más tímidos aún que él, con los que a veces se atrevía a dialogar alguna vez, los prevenía contra la funesta obsesión del espíritu moderno, empeñado en socavar los fundamentos del orden. Basura los quería cada vez más fuertes. Quería una Iglesia influyente, un sable afilado, estricta obediencia y costumbres rígidas. Simultáneamente, era en absoluto descreído y capaz, solo ante sí mismo, de la máxima libertad de pensamiento. Pero en su calidad de tirano sabía muy bien cómo se conservan los esclavos, cómo se podía domar al populacho, al enemigo, a los cincuenta mil alumnos ciudadanos que le hostilizaban. Lohmann parecía mantener relaciones culpables con aquella Rosa Fröhlich. Pero lo que hacía de él un delincuente no era únicamente esto, sino el hecho de que sus alegrías ilícitas quedasen sustraídas a la rígida disciplina del profesor. La inmoralidad, por sí sola, no bastaba para enojar a Basura.

Llegó a su casa y se deslizó de puntillas por delante de la puerta de la cocina, en donde la criada, malhumorada por su tardanza, entrechocaba con estrépito las ollas. Cenó salchicha con papas demasiado cocidas y, sin embargo, frías. Pero se guardó muy bien de quejarse, pues la empleada le hubiera contestado poniéndose en jarra. Y Basura quería preservarla de rebelarse contra su amo.

Después de cenar fue a instalarse ante su pupitre. A causa de su miopía se lo había hecho construir exageradamente alto, y el esfuerzo que le costaba colocar encima de él su brazo derecho había acabado por desnivelar, al cabo de treinta años, la línea de sus hombros. "La amistad y la literatura, he aquí lo único verdadero", se dijo mentalmente, como siempre que iba a situarse ante el pupitre. Aquella frase, leída en no sabía ya qué libro, se había convertido para él en una muletilla que se veía obligado a repetir cada vez que se disponía a trabajar. Nunca pudo saber lo que era la amistad. ¡En cambio, la literatura!... En ella entraba su obra suprema, que maduraba allí, en la soledad de su cuarto de trabajo, ignorada de todos, y que florecería

quizás un día sobre su tumba, entre el asombro de las gentes. Un tratado sobre las partículas gramaticales en la obra de Hornero... Pero el cuaderno de Lohmann, tirado sobre el escritorio, no le dejaba consagrarse a su ardua labor. Tuvo que cogerlo y pensar de nuevo en Rosa Fröhlich. Había algo que le inquietaba mucho: no estaba ya seguro de que la famosa bailarina de los pies desnudos se llamara Rosa Fröhlich. Aquella Fröhlich podía ser algo muy distinto. Sí; lo era. Ahora estaba convencido de que no tenía nada que ver con la bailarina. Por lo tanto, debía empezar de nuevo sus averiguaciones para probar sus relaciones con Lohmann. Se vio arrojado de nuevo a la lucha con aquel miserable. Una tremenda agitación le hizo jadear en la soledad de su despacho.

De repente se puso el abrigo y se precipitó fuera. La puerta de la calle tenía puesta la cadena interior. Basura tiró torpemente de ella como un ladrón que huyese. La criada refunfuñó. Basura la oyó venir. Presa del miedo, encontró en el último instante la maniobra acertada, abrió la puerta y se encontró en la calle. Hasta la puerta de la ciudad trotó a paso gimnástico. Su corazón latía desordenadamente. Experimentaba la extraña sensación de estar haciendo algo prohibido. Avanzó por las calles solitarias, subiendo y bajando cuestas, en línea recta siempre. Hundía una mirada inquisitiva en las tinieblas de las callejas laterales y contemplaba con intensa desconfianza las ventanas que dejaban filtrar por entre las cortinas echadas un rayo de luz. Cuando la luna iluminaba una de las veredas cruzaba a la de enfrente, oscura. El cielo estaba despejado, no soplaba ya el viento y los pasos de Basura resonaban en el silencio nocturno. Al llegar al Ayuntamiento giró hacia la plaza del mercado, y dio una vuelta por debajo de los portales. Los arcos, las torres y las fuentes destacaban sus siluetas bordadas de arabescos en la gótica noche de luna. Una misteriosa agitación poseía Basura. A media voz repitió varias veces:

—El caso sería... En realidad, de verdad... ¡Adelante, pues!

Entretanto consideró detenidamente cada una de las ventanas de la Casa de Correos y de la Jefatura de Policía. Pero encontrando hartamente improbable que Rosa Fröhlich se ocultase en alguno de aquellos edificios, regresó a la calle que antes había dejado. A los pocos pasos brillaron ante él los amplios ventanales de una cervecería a la que solían acudir por las noches varios de sus colegas del Instituto. No tardó en ver siluetearse sobre la cortina la cabeza redonda y la barbita en punta de uno de ellos, al que contaba entre sus peores enemigos, pues pretendía que la presencia de Basura en el Instituto contribuía a estimular la indisciplina entre los alumnos y era de los que más indignación habían mostrado ante las calaveradas de su hijo. Basura contempló meditabundo a aquel profesor Hübbenett. ¡Con qué suficiencia hablaba! ¡Y cuánto bebía! ¡Bah! No era más que un individuo vulgar y grosero. Él, Basura, no tenía nada en común con aquella gente que se reunía allí dentro. Ahora lo veía bien claro y con plena satisfacción. Aquellos individuos pasaban allí el rato y estaban dentro del orden. El, en cambio, se sentía equívoco, en cierto modo, y expulsado, por decirlo así. La idea de los que allí estaban cesó de ser para él una espina punzante. Inclínandose calmadamente, saludó con hondo desprecio la sombra de su colega y siguió su camino.

No tardó en hallarse de nuevo en el límite de la ciudad. Dio media vuelta y entró en la calle Imperial. En casa de Breetpoot, el cónsul, se celebraba una fiesta. Todo el amplio edificio aparecía brillantemente iluminado y numerosos carruajes venían a detenerse a su puerta. Varios criados se adelantaban, abrían las portezuelas y ayudaban a descender a los invitados. Los vestidos de seda susurraban. Una señora se detuvo antes de entrar en la casa y tendió la mano con amabilidad a un joven que se acercaba a pie. Basura reconoció en aquel hombre, elegantemente vestido y cubierto con un brillante sombrero de copa, a uno de sus colegas, el joven profesor Richter, del que se decía que estaba en camino de hacer una excelente boda, entrando en una familia distinguidísima hasta la que no hubiera soñado elevarse un simple profesor de Instituto. Basura, oculto en la obscuridad, sonrió maligno: "Un ambicioso..."

Envuelto en su gabán raído, se burlaba de aquel hombre joven, bien acogido por las gentes y de brillante porvenir, como un pícaro malvado que contempla amenazador, desde su rincón sombrío, el lujo del gran mundo y acaricia en su espíritu, cual una bomba mortífera, la idea de acabar con todo aquello.

"No olvide usted que puedo ser un grave obstáculo en su carrera. Ya tropezará usted conmigo, téngalo bien en cuenta."

A partir de aquel momento se hizo muy entretenido el camino. Cada vez que hallaba de nuevo en algún rótulo el nombre de un colega o de un antiguo discípulo, se frotaba las manos, pensando: "Ya te atraparé. Descuida". Simultáneamente, dirigía sonrisas de disimulada complicidad a las honradas casas ciudadanas, pues estaba seguro de que alguna de ellas albergaba a Rosa Fröhlich. Aquella mujer le había agitado extrañamente hasta sacarle de sus casillas. Entre ella y él, que así la buscaba a través de la noche, se había establecido ya una cierta relación. Lohmann era la segunda presa de aquella cacería. Un indio de otra distinta tribu, por decirlo así. Cuando Basura salía de excursión con sus alumnos, jugaba con ellos a policías y

ladrones. Se colocaba en lo alto de una colina, levantaba el puño cerrado, distribuía órdenes: "¡Ahora! ¡Duro con él! ¡Cójale!", y se excitaba de veras con las pericias del juego. Pues aquello era muy serio. Las clases y los juegos escolares eran la vida... Y aquella noche Basura jugaba al indio bravo en el sendero de la guerra.

Su tensión fue aumentando cada vez más. Las formas indecisas en la sombra le producían un agradable escalofrío. Los rincones tenebrosos lo atraían, llenándolo de espanto. Recorrió las callejuelas más solitarias y oscuras, presa de un afán aventurero, deteniéndose con el corazón alborotado cuando a través de una ventana llegaba algún murmullo a sus oídos. Aquí y allá se entreabría con disimulo una puerta a su paso y una vez se extendió hacia él un brazo vestido de rosa. Huyó atemorizado y se encontró de nuevo en el puerto, por segunda vez en aquel día, cuando antes se pasaba años enteros sin pisarlo. Los barcos se perfilaban negros, bajo los chorros de luna. Basura pensó que acaso Rosa Fröhlich estuviera en uno de ellos, durmiendo en su camarote. Antes del alba zumbaría la sirena y Rosa partiría para lejanos países. Tal idea estimuló su ansia de acción. Dos obreros que se acercaban en dirección opuesta, se encontraron muy cerca de Basura. Uno de ellos dijo:

—¿Dónde vas a estas horas, Nicolás?

El segundo contestó con profunda voz de bajo:

—A beber.

Basura tuvo que detenerse a meditar dónde había oído horas antes aquellas mismas palabras. Luego siguió a los dos obreros por varias calles sucias y embarradas. Al desembocar en una calle más amplia se dirigieron hacia un espacioso edificio provisto de una enorme puerta cochera sobre la cual se balanceaba un farol iluminando la figura de un ángel azul. Basura oyó una música lejana. Los obreros desaparecían en el portal, tarareando. Basura descubrió en la entrada un cartel de vivos colores. Anunciaba la función de la noche. Se puso a leerlo, y de pronto tropezó con algo que le apretó la garganta y le hizo principiar a sudar. El temor y la esperanza de haberse equivocado le hicieron comenzar de nuevo la lectura. Pero de repente se arrancó de allí y se precipitó en la casa como en un abismo.

IV

El zaguán era amplísimo; honrado zaguán de una casa burguesa caída en la disipación. Por la puerta de la izquierda, entreabierta, llegaba ruido de cacharros y el resplandor de un fuego. A la derecha, otra puerta, y sobre ella, un letrero: "Entrada al salón". Detrás zumbaba un mar de voces, traspasado aquí y allá por una muy aguda. Basura vaciló antes de abrirla. Anticipaba las graves consecuencias de aquel acto. Un hombre gordo y lampiño salió a su encuentro con una bandeja llena de vasos de cerveza.

—Perdone —tartamudeó Basura—, ¿Podría hablar un momento con la señorita Rosa Fröhlich?

—¿Qué tiene que decirle? —preguntó el hombre gordo—. La señorita Rosa no habla ahora. Canta. Óigala.

—Usted es el dueño de *El Ángel Azul*, ¿no? Tanto gusto. Yo soy el profesor Raat, del Instituto, y vengo a buscar a uno de mis alumnos que supongo está aquí. ¿Podría indicarme dónde se encuentra?

—Pase al cuarto de los artistas. Los jóvenes que usted busca están siempre allí.

—¿Lo ve? —reprendió severamente Basura—. ¡Ya me lo figuraba yo! Y no está bien. Ha de reconocer usted que no está bien.

—¿Por qué? —repuso el patrón arqueando las cejas—. Yo no tengo necesidad de saber quién invita a cenar a las muchachas. Además, esos señores hacen gasto y beben buen vino. No se les puede exigir más. ¡Y no querrá usted que yo mismo eche de mi casa a los buenos parroquianos!

Basura hizo un cambio de frente:

—Está bien. Por lo menos hágame entonces el favor de buscar a ese muchacho y traérmelo aquí.

—Búsquele usted, si quiere.

Pero el humor aventurero de Basura se había esfumado. ¡Ojalá no hubiera descubierto nunca el paradero de la tal Rosa Fröhlich!

—¿Tengo que atravesar el salón? —preguntó temeroso.

—No hay otro camino. Aquella ventana que ve allí, con cortinas rojizas, es la del cuarto de los artistas.

Avanzó hacia el fondo del zaguán e indicó a Basura un amplio ventanal cubierto con cortinas encarnadas por detrás de los vidrios. Basura se acercó, intentando ver algo al través. Entretanto, el patrón se dirigió a la puerta de la sala y se dispuso a abrirla. El profesor corrió tras él tendiéndole los brazos, y le suplicó con expresión de ansiedad:

—¡Haga usted salir a ese muchacho! ¡Se lo suplico!

El patrón, dentro ya de la sala, se revolvió malhumorado:

~¿A cuál de ellos? Vienen siempre tres en amor y compañía... ¡Vaya un tío fastidioso! —añadió, gruñendo, y le dejó plantado.

"¿Tres?", quiso preguntar aún Basura. Pero se encontró ya dentro del salón, ensordecido por el barullo y cegado por los densos vapores que enturbiaban el aire y empañaban sus anteojos.

—Cierre la puerta. Hay corriente —le gritó alguien.

Asustado, extendió con torpeza la mano sin encontrar la puerta. Una carcajada resonó cerca.

—Está jugando a la gallina ciega —dijo la misma voz.

Basura se quitó los anteojos. La puerta había vuelto a cerrarse. Se vio prisionero y miró, perplejo, en torno suyo.

—Fíjate, Lorenzo: el mismo tipo de esta tarde. ¿No te acuerdas? El que quiso tomarle el pelo al tabernero.

Basura no entendió lo que decían. Se daba cuenta sólo de que todo a su alrededor le era hostil. Le flaqueaban ya las piernas, cuando descubrió cerca un puesto libre en la mesa. No tenía más que sentarse. Se quitó el sombrero y preguntó:

—¿Me permiten ustedes?

Después de esperar en vano la respuesta, se dejó caer en el asiento. E inmediatamente se sintió confundido entre la multitud y libertado de su penosa situación excepcional. Nadie se ocupaba de él por el momento. La música tocaba nuevamente, y sus vecinos tarareaban a compás. Basura limpió el vaho que empañaba sus anteojos y trató de reconocer el local. A través de los vapores que exhalaban las pipas, los cuerpos y los vasos de grog, vio innumerables cabezas que oscilaban de un lado a otro al ritmo de la música, penetradas de una turbia bienaventuranza. Cabezas de rostros y cabellos rojos, amarillos, tostados, cobrizos. Y el balanceo de aquellos cerebros devueltos por la música a la vida instintiva, ondeaba como un campo de

tulipanes bajo el viento, a través de toda la sala, hasta desvanecerse entre la humareda. Más al fondo todavía, algo brillante, atravesaba de vez en cuando la cortina de humo: un objeto en constante movimiento, algo que lanzaba en torno suyo brazos, hombros o piernas, un trozo cualquiera de carne blanca iluminada por la cruda luz de un reflector, y abría —oscuro redondel— la boca. Lo que aquella criatura cantaba quedaba sepultado bajo los acordes del piano y las voces de los espectadores. Basura pensó que aquella figura femenina no era, en realidad, más que un chillido. De cuando en cuando emitía un tono agudo que ningún trueno lograba cubrir.

El patrón colocó ante él un vaso de cerveza y quiso continuar su camino.

—¡Atención un momento! Esa cupletista es la señorita Rosa Fröhlich, ¿no?

—Ella misma. Escúchela usted, ya que ha venido por ella —respondió el patrón, libertándose de sus garras.

Contra toda razón, Basura esperaba que no lo fuese, y que Lohmann no hubiera pisado jamás aquel lugar. Si así fuese, se vería él dispensado de toda acción. Veía ahora la posibilidad de que los versos sorprendidos en el cuaderno de Lohmann fuesen pura poesía a la que ninguna realidad correspondiese. Con todas sus fuerzas se acogió a aquella deleznable hipótesis y se maravilló de no haberla encontrado antes. Bebió un trago de cerveza.

—¡Que aproveche! —exclamó su vecino de mesa, un individuo ya entrado en años, que se había desabrochado el chaleco y mostraba el abdomen cubierto por una camisa de lana. Basura lo examinó detenidamente de reojo. El hombre bebió y se pasó la mano por el bigote húmedo y amarillento. Basura se atrevió a interpelarlo:

—Esa muchacha que está cantando ahora es Rosa Fröhlich, ¿no?

Pero en aquel instante resonó una estruendosa ovación. La cupletista había terminado una de sus canciones. Basura tuvo que esperar un momento y repetir su pregunta:

—¿Rosa Fröhlich? —observó el vecino—. ¿Cómo quiere usted que yo sepa los nombres de todas esas criaturas? Maldito si me interesan.

Basura fue a decir que bastaba con leer el anuncio de la entrada, pero cuando quiso hablar resonó de nuevo el piano, con más medida que antes, y le fue posible entender el comienzo de la nueva canción; unas cuantas palabras que la cupletista subrayaba, llevándose a la mejilla el borde de la falda con expresión entre avergonzada y maliciosa:

Como soy tan joven y tan inocente...

Basura juzgó insensatas aquellas palabras y las unió a la insatisfactoria respuesta de su vecino. Comenzaba a sentirse atormentado por la sensación de encontrarse extraviado en un mundo que era la negación de su propia personalidad, entre gentes que despreciaban la letra impresa y acudían a un espectáculo sin leer siquiera antes el programa. Le punzaba la sospecha de que con toda seguridad había allí cientos de personas que no atendían ni pensaban con claridad, prefiriendo aturdirse y emborracharse, entregándose sin miedo ni vergüenza a la más ociosa disipación. Bebió largamente. "Si supieran quién soy", pensó, en tanto que su conciencia de sí mismo se despojaba de toda aspereza y se hacía benigna, mansa y un poco esfumada, acariciada por aquellas cálidas emanaciones humanas, calefacción a base de sangre. El mundo se alejaba detrás de una densa cortina de humo, lleno de gestos inciertos... Se pasó la mano por la frente. Le parecía que la figurita femenina, allá arriba en el escenario, había ya cantado varias veces cuando "joven e inocente" era. En esto terminó la canción, y la sala entera aplaudió, rugió, alborotó y pateó, gozosa. Basura entrechocó varias veces sus manos ante sus ojos, que lo veían con asombro. Sintió un intenso deseo irreflexivo de golpear también los pies contra el suelo, y tuvo aún bastante energía para reprimirlo, pero sin que aquella absurda tentación le indignara lo más mínimo. Sonrió con serena superioridad, y pensó en el hombre primitivo que todos llevamos dentro.

La cupletista bajó a la sala. Una puerta se abrió junto al tablado. Basura advirtió que alguien le miraba desde ella. Entre toda aquella muchedumbre sólo un único individuo detenía sus ojos en él. Aquel ser reía, reía de pie en el vano de la puerta, y no era otro —en realidad de verdad—, no era otro que el alumno Kieselack.

Se levantó de un salto. Había tenido un momento de distracción, y los alumnos se habían apresurado a aprovecharlo para armar jaleo. Avanzó ciego, separando violentamente a dos soldados para abrirse camino por entre ellos. Tropezó con un grupo de obreros que le cerraron el paso. Uno de ellos le tiró al suelo el sombrero de un manotazo. Lo recogió todo sucio y se lo volvió a poner.

—¡Qué tipo! —oyó exclamar en torno suyo.

Kieselack, al fondo, reía a carcajadas, doblando el busto hacia adelante. Basura avanzó unos cuantos pasos más. Le temblaban las mandíbulas. Quiso continuar, pero alguien le agarró por detrás. Había vertido el grog de un marinero y tenía que pagárselo. Obedeció. Ahora tenía ante sí un espacio libre. Se precipitó adelante con los ojos fijos en Kieselack, que continuaba riendo. Fue a dar contra algo blando, y una mujerona alta y gruesa envuelta en un abrigo oscuro, que, al entreabrirse descubrió que iba insuficientemente vestida, le miró con ojos furiosos. Un hombre no menos corpulento, cuidadosamente peinado, pero también vestido con descuido, con un jersey y una chaqueta vieja, acudió y unió sus protestas a las de la mujer. Basura había tropezado contra el platillo en que la mujerona realizaba su colecta y había hecho saltar varias monedas. Los más próximos se dedicaron a buscarlas. También Basura se inclinó, confuso y aturdido. Junto a su cabeza, casi pegada al suelo, se agitaban los pies de los circunstantes. Burlas, maldiciones, insultos e incluso manos atrevidas, llegaron hasta él. Se incorporó, rojo, con una moneda de dos céntimos entre los dedos. Jadeaba y recorría con mirada ciega los rostros hostiles que le rodeaban. Por segunda vez en aquel día sintió en su cara el viento precursor de la tempestad rebelde. Comenzó a lanzar los brazos en todas direcciones, como rechazando a innumerables asaltantes. En aquel momento vio de nuevo a Kieselack con los brazos apoyados en la caja del piano y todo el cuerpo estremecido por la risa. Y ahora oía ya las carcajadas. El pánico vertiginoso del tirano que se ve perdido bajo la amenaza del pueblo, que ha asaltado su palacio, se apoderó de él. Toda violencia le era ya lícita. Enloquecido, gritó con voz cavernosa:

—¡Al calabozo! ¡Todos al calabozo!

Kieselack, que le veía ya cerca, obedeció, desapareciendo por la puerta que se abría junto al tablado. Basura la atravesó también sin darse cuenta. Dentro ya, vio una cortina roja, y saliendo de entre sus pliegues, un brazo. Se precipitó hacia él, pero el brazo desapareció, se oyó caer un cuerpo, y cuando Basura se asomó a la ventana, Kieselack trotaba ya a través del zaguán. Más allá, en el portal, se disimulaba otro, en el que reconoció a Von Ertzum. Basura quiso saltar también, pero el alféizar era demasiado alto. Mientras trataba aún de encaramarse, una voz aguda exclamó a su espalda:

—¡Arriba, valiente! ¡Eso no es nada para un muchacho tan joven y tan fuerte!

Se dejó caer pesadamente. Detrás de él estaba la cupletista.

Basura se quedó mirándola. Sus mandíbulas se agitaban convulsas. Por fin, logró articular:

—¿Así, pues, usted es la señorita Rosa Fröhlich?

—Sí. ¿Qué pasa? —replicó la muchacha.

Basura lo sabía de antemano.

—¿Y trabaja usted en este local?

También aquello quería oírsele confirmar a ella misma.

—Me extraña la pregunta —observó ella.

—Entonces...

Tomó aliento y señaló a su espalda la ventana por la que habían huido Kieselack y Von Ertzum.

—Dígame: ¿cree usted que puede permitirse eso?

—¿Qué cosa? —preguntó ella, asombrada.

—Son alumnos míos —dijo Basura. Y con su voz más cavernosa, repitió—: Alumnos míos.

—Bueno. Me tiene sin cuidado —y se echó a reír.

Basura prorrumpió indignado;

—Y usted los aparta de su deber y de sus estudios. Los seduce y los corrompe.

Rosa dejó de reír y apoyó un dedo extendido contra su pecho:

—¿Yo? ¡Usted está mal de la cabeza!

—¿No quiere usted confesarlo?

—¿Ante quién? Gracias a Dios, no tengo que acusarme de nada. Soy una artista, ¿no? Y no querrá usted que vaya a consultarle si debo aceptar que esos jóvenes me regalen un ramo de flores.

Señaló a un ángulo de la habitación en el que había un espejo inclinado hacia adelante y flanqueado por dos grandes ramos de flores.

—Si no va una a poder aceptar siquiera eso —continuó, encogiéndose de hombros—, Pero, a todo esto, ¿quién es usted?

—Yo... Yo soy el profesor —dijo Basura, como si revelase el sentido y la norma del Universo.

—Perfectamente —repuso, conciliadora, Rosa—. Entonces, le debe a usted tener tan sin cuidado como a mí lo que los chicos hagan fuera de la clase.

Aquella concepción del mundo no entraba en la cabeza de Basura.

—Me permito aconsejarle que abandone esta ciudad y se aleje de ella a marchas forzadas, pues, en caso contrario, haré lo posible por estorbar su carrera, encargándome de que la policía se ocupe de su incalificable comportamiento.

Aquella alusión a la policía hizo surgir en el semblante de la artista un gesto de infinito desprecio.

—¡La policía! Antes se ocupará de usted que de mí. Yo tengo todas mis cosas en orden. Me da usted lástima. ¡De verdad!

Pero su acento y sus palabras sugerían más enfado que compasión.

—¿Cree que no ha hecho aún bastante el ridículo? Pues ande, váyale con el cuento a la policía. Puede que le encarcelen a usted hasta que se tranquilice. ¡Valiente tipo! ¿Qué diría usted si yo encargase de ajustarle las cuentas a alguno de los oficiales que me honran con su amistad? Lo dejaría a usted bueno para nada.

Ahora sí se pintó en su cara una sonrisa de regocijada compasión.

Basura había intentado tomar varias veces la palabra al principio de aquella rociada. Pero, poco a poco, sus pensamientos, prontos ya a traducirse en palabras, fueron siendo rechazados por el ímpetu voluntarioso de su interlocutora hasta desvanecerse en las más oscuras profundidades de su ser. Se sintió paralizado. Aquella mujer no era como todos los habitantes de la ciudad. Un estudiante rebelde que se le resistiera o tratase de eludir su autoridad, bajo la cual debía permanecer toda su vida. Era algo nuevo: un poder extraño a él y equivalente. Con los mismos derechos. Si al terminar la cupletista su filípica le hubiera exigido una respuesta, no hubiese sabido dársela. Algo muy distinto nacía en él. Algo semejante al respeto.

—Bueno. ¡Se acabó! —concluyó Rosa, volviéndole la espalda.

El piano había entrado de nuevo en actividad. La puerta se abrió, dejando paso a la mujerona con la que antes había tropezado Basura, seguida de su marido, y volvió a cerrarse en el acto. La mujer puso violentamente el platillo encima de la mesa.

—Apenas cuatro marcos —comentó el marido—. ¡Roñosos!

Rosa Fröhlich agregó con punzante frialdad:

—Y, para colmo, este señor me ha amenazado con denunciarnos a la policía.

Basura se estremeció, viéndose en situación de inferioridad. La mujer se volvió rápidamente y le miró de arriba abajo. El profesor encontró intolerablemente provocativa su expresión, enrojeció y bajó la vista; pero sus ojos fueron a tropezar con unas robustas pantorrillas enfundadas en medias color carne, y tuvo que volverlos a alzar, estremecido. Entretanto, el marido, esforzándose visiblemente en mitigar el estruendo de su voz, dijo con afectada gravedad:

—Aquí no se permite escandalizar, señor mío. Ya le he anunciado a Rosa que el primero que se atreva a hacerle una escena de celos y no tolere que se trate con otros caballeros tendrá que abandonar el campo por buenas o por malas. ¿No le da vergüenza armar tanto ruido a causa de esos muchachos? Cuando seguramente la policía le tiene a usted fichado como un viejo sátiro...

Su mujer le dio con el codo. Por su parte se había formado ya de Basura un juicio completamente distinto.

—Cállate —le dijo—. Es incapaz de hacer daño a nadie. —Y volviéndose hacia Basura, agregó—: Ya se le pasó, ¿verdad? A veces uno tiene un impulso repentino y hace tonterías. Si no, que se lo pregunten a mi Kiepert, que me arma un escándalo en cuanto miro a alguien. Siéntese y beba un trago de vino.

Desocupó una silla en la que se amontonaban trajes y pantalones femeninos de vivos colores, tomó de la mesa una botella y le llenó un vaso hasta los bordes. Basura bebió para evitarse explicaciones. La mujer preguntó:

—¿Desde cuándo conoce usted a Rosa? No lo he visto con ella hasta ahora.

Basura contestó algo, pero el piano impidió que se oyera. Rosa explicó:

—Es el maestro de los chicos esos que me mandan flores todos los días.

—¡Ah! ¿Es usted profesor? —exclamó el artista. Bebió también, chasqueó la lengua y recobró toda su natural benevolencia. Luego continuó—: Entonces es usted mi hombre. Seguramente, votará usted también por los socialdemócratas en las próximas elecciones, ¿no? Si no es por ellos, ya puede usted aguardar sentado el aumento de sueldo. Lo mismo nos sucede a nosotros los artistas. Impuestos, molestias de toda clase y poco dinero. La ciencia —señaló a Basura— y el arte —se indicó a sí mismo— padecen siempre igual miseria.

Basura rectificó:

—No digo que no, pero he de advertirle que ha partido usted de una suposición errónea. No soy maestro de escuela; soy el profesor doctor Raat, catedrático del Instituto.

El hombre se limitó a contestar:

—Que sea enhorabuena.

Cada uno se hacía llamar como le venía en gana, y si alguien gustaba de pavonearse con el dictado del profesor, ello no era motivo para enojarse con él.

—¿De manera que es usted maestro? —opinó la mujer, amablemente—. Poco dinero da ese oficio. ¿Qué edad tiene usted?

Basura respondió dócil como un niño bueno:

—Cincuenta y siete años.

—¡Pero cómo le han ensuciado el sombrero! Démelo para limpiárselo.

Le tomó el sombrero de encima de las rodillas, lo cepilló, le desarrugó la cinta y se lo devolvió con amable sonrisa, acompañada de un par de palmaditas en el hombro. Basura dijo, sonriendo de través:

—Muchas gracias, mujer. Ha hecho usted... en realidad de verdad... una buena obra.

Pero esta vez sentía algo diferente del forzado reconocimiento del poderoso ante el cumplimiento de un servicio que juzga le es debido. Se sentía acogido con singular afecto por gentes para las cuales continuaba siendo incógnito, a pesar de haber declinado su título. Su falta de respeto no le resultaba sospechosa. La disculpaba pensando que les faltaba "toda medida de comparación", y con ello disculpaba también el placer que sentía al eludir alguna vez la hostilidad del mundo y poder abandonar su tensión defensiva habitual, despojarse de su armadura, siquiera por un breve cuarto de hora.

El hombre corpulento sacó de debajo de un par de calzoncillos dos banderas alemanas y miró significativamente a Basura, como a un compadre que está en el secreto. La mujerona había perdido todo carácter alarmante. Basura había podido advertir que la aparente provocación de su mirada era un producto artificial de la pintura negra. Sólo la cupletista le azoraba aún. Pero Rosa no se ocupaba de él, absorbida en coser sobre su falda, que mantenía recogida, una guirnalda de flores de trapo.

El piano dejó de tocar después de un furioso crescendo. Sonó un timbre. El artista dijo:

—Vamos a trabajar, Guste.

Y a Basura, con aire protector:

—Atienda usted, señor profesor. Le gustará nuestro número.

Tiró a un lado la vieja chaqueta que llevaba encima del jersey. La mujer se quitó también su abrigo y, amenazando a Basura con un dedo, le dijo:

—Hágame el favor de ser bueno con Rosa. Y no vuelva a exaltarse como antes.

En esto se entreabrió la puerta que daba al salón, y Basura vio, asombrado, cómo la pareja corpulenta iniciaba en el acto un alegre baile, con los brazos y la cabeza echados hacia atrás, mientras se pintaba en sus rostros una sonrisa de encantada satisfacción de sí mismos que provocaba el aplauso. Y, efectivamente, apenas aparecieron en la sala, fueron acogidos con un regocijado alboroto.

La puerta había vuelto a cerrarse. Basura se encontró solo con la cupletista Rosa Fröhlich. Intranquilo ante lo que pudiera ocurrir, paseó sus ojos por el cuarto. Unos cuantos pañuelos sucios arrastraban por el suelo, entre el espejo del tocador, con los dos ramos de flores a los lados, y la mesa junto a la cual estaba él sentado. Encima de esta mesa, y a más de las dos botellas de vino, había un ejército de cajitas y botecitos de cristal, con toda clase de cremas, que exhalaban un olor penetrante. Los vasos de vino se apoyaban sobre papeles de música. Basura alejó temerosamente el suyo de las proximidades de un corsé que la mujerona había puesto al lado.

Rosa Fröhlich cosía apoyando un pie en una de las sillas cubiertas de un abigarrado montón de prendas de vestir. Basura no lo vio directamente, no se atrevía a tanto, sino por mediación del espejo frente al que ella se había colocado. Lo primero que comprobó en esta rápida ojeada temerosa fue que las medias negras de la cupletista eran largas, muy largas y ostentaban menudos bordados violetas. Durante un momento no osó llevar más allá sus averiguaciones. Pero luego advirtió con espanto que su traje de seda azul, recubierto por una túnica de malla negra, no le llegaba siquiera a las axilas, y que cada vez que alzaba la mano para tirar de la hebra, aparecía debajo de su brazo algo rubio y dorado. Basura no volvió a mirar...

El silencio lo agobiaba. También fuera se había hecho la calma. Sólo de cuando en cuando algún sonido ahogado, ronco y oprimido, como exhalado por personas corpulentas sometidas a un esfuerzo penoso. De pronto, un silencio absoluto. Entrechocar de barras metálicas. Algo difícil de determinar, como la respiración de una muchedumbre expectante. Luego, la palabra abajo y el golpe de dos cuerpos pesados, cayendo en flexión sobre el escenario. Y una ovación estruendosa.

—Se acabó —dijo la cupletista, retirando su pie de la silla. Había terminado su costura—. ¿Y usted? ¿No tiene ya nada que decir?

Basura tuvo que mirarla nuevamente, y otra vez volvió a deslumbrarle su abigarrada coloración. Su pelo era rojizo, más bien rosado, casi lila, y se adornaba con varias piedras verdes engastadas en una diadema curva. Las cejas, muy negras, describían un atrevido arco por encima de los ojos, fríos y azules. Pero el esplendor de los bellos colores de su cara, rojo, azul y nácar, había padecido mucho bajo el polvo. El peinado, lacio y aplastado, parecía haber perdido toda su arrogancia al anegarse en el vaho denso de la sala. La cinta azul en torno de su garganta colgaba marchita, y las flores de trapo de su vestido pendían muertas. El charol de los zapatos se desprendía en delgadas laminillas. Las medias mostraban dos grandes manchas, y la seda de su vestido lucía raída y arrugada. La carne inconsistente y suavemente redondeada de sus brazos y sus hombros parecía fatigada, a pesar del blanquete que se desprendía en polvo sutil a cada movimiento. Basura advirtió que la expresión de su rostro, antes arrogante y hostil, se había dulcificado un tanto.

—¿Se le ha pasado ya el enojo? —añadió, burlona.

Pero Basura no la escuchaba. De repente, dio un salto envarado, como un gato viejo... La cupletista retrocedió, ahogando un chillido. Basura abrió bruscamente la ventana... No; la cabeza que se había perfilado en sombra, sobre la cortina roja, había vuelto a desaparecer.

Regresó al centro de la habitación.

—Siempre está usted dando sustos —le dijo Rosa.

Pero él, sin disculparse, obstinado en su idea, interrogó:

—¿Conoce usted a muchos jóvenes de esta ciudad?

—Trato con cortesía a todo el que es amable conmigo.

—Claro está. Y los alumnos del Instituto, ¿se portan como personas bien educadas?

—¡Qué sé yo! ¿O se figura usted que me paso el día entero con los chiquillos de su clase? Todavía no me he dedicado a niñera.

—Claro que no.

Y luego, tratando de ayudarla a recordar:

—Los alumnos del Instituto llevan, por lo general, gorra de estudiante.

—Eso ya lo sé. No vaya usted a creer que tengo tan poca experiencia.

—Al contrario. Creo que usted tiene mucha.

Rosa se puso en el acto a la defensiva:

—¿Qué quiere usted decir con eso?

Basura, asustado, extendió su mano derecha con la palma hacia arriba, pidiendo paz.

—Nada más sino que su existencia de artista ha de haberle procurado un profundo conocimiento de la vida y de las gentes. No todo el mundo lo posee. Es difícil y amargo.

Para no perder su favor, para aproximarse a ella, porque la necesitaba, y porque le inspiraba miedo, reveló de su íntimo ser más de lo que generalmente dejaba ver a los demás.

—Y amargo. Pero es necesario penetrar a los hombres, conocerlos a fondo, para someterlos y reinar sobre ellos, despreciándolos.

Rosa había comprendido.

—¿Verdad que sí? Para sacar algo de ellos se requiere verdadero arte.

Acercó una silla.

—No tiene usted idea de lo que es esta vida nuestra. Vienen aquí tan creídos de que una no hacía más que esperarlos. Todos desean algo, y, después, aunque parezca increíble, todavía hay alguno que amenaza con la policía. —Y tocando con la punta de un dedo la rodilla de Basura, añadió—: Usted, al menos, ha empezado por ahí. Ya es algo nuevo.

—Mi intención no fue nunca quebrantar el respeto debido a una señora —declaró él.

No se sentía a gusto. Aquella mujer hablaba de cosas que su cerebro no lograba aprehender con claridad. Además, se le había aproximado tanto, que Basura sentía ya las rodillas de ella entre las suyas. Rosa observó que estaba a punto de desagradarle y adoptó de pronto una expresión reposada y juiciosa:

—Por lo tanto, lo mejor es mandarlos a todos a paseo y seguir siendo formal.

Y como Basura no hiciese observación alguna, cambió de tema:

—¿Qué? ¿Le ha gustado el vino? Un obsequio de sus alumnos. No reparan en gastos. Uno de ellos tiene siempre bien provisto el bolsillo.

Volvió a llenarle el vaso, y exclamó, deseosa de halagarle:

—Poquito que me voy a reír cuando vuelvan y se enteren de que le han convidado a usted, a pesar suyo. A veces me regocija el mal ajeno. Poco a poco, va una haciéndose mala.

—Verdad es —tartamudeó Basura con el vaso en la mano, avergonzado de haber bebido el vino de Lohmann. Pues el alumno que lo había pagado era seguramente él. Había estado allí y había huido antes que los otros. Probablemente rondaba aún por las cercanías. Basura miró de reojo hacia la ventana. En las cortinas se perfilaba aún la sombra deformada de una cabeza. Pero Basura sabía que cuando corriese hacia ella habría desaparecido. Era Lohmann. Un claro presentimiento se lo aseguraba. Lohmann, el peor de todos, con su acerada resistencia inasequible; el que ni siquiera lo designaba por su apodo; el espíritu invisible con el que Basura luchaba. Los otros dos eran otra cosa, y Basura sentía que jamás lo hubieran movido a desviarse de su camino habitual ni lo hubieran conducido hasta allí, hasta aquel cuarto, que olía a afeites y a ropa interior y en el que se hallaba sentado junto a una cupletista. Pero por causa de Lohmann tenía que permanecer allí. Si se iba, volvería Lohmann, se sentaría al lado de Rosa Fröhlich y contemplaría su cara pintada. Gozándose en la idea de que su presencia privaba a Lohmann de todo aquello, agotó el vino de un solo trago. Un agradable calorillo invadió sus entrañas.

La pareja corpulenta había dado fin, entre grandes aplausos, a otro de sus números. El piano inició ahora una marcha guerrera, y la pareja rompió a cantar con entusiasmo arrollador, vibrando honestamente en entusiasmo patriótico:

*En el palo mayor de nuestros buques
gloriosa ondea nuestra patria enseña.
¡Ay de quien temerario no respete
los tres colores que orgullosa ostenta!*

Rosa advirtió:

—Este es su número de fuerza. Tiene usted que verlo.

Entreabrió con prudencia la puerta, de manera que no pudieran verlos desde la sala.. Basura miró por la rendija abierta entre los goznes. Los dos artistas, de pie sobre la barra horizontal de sus juegos gimnásticos, ligeramente apoyados en los cables de sujeción, y con sendas banderas nacionales arrolladas en torno del cuerpo, abrían grandes mandíbulas victoriosas.

*Doquiera que en el mar flota un navío
elevando sus mástiles al cielo
la bandera alemana es saludada
con alta estimación y gran respeto.*

Se notaba que el público se hallaba dominado por una intensa emoción. De pronto, alguno, incapaz de reprimirla por más tiempo, chocaba con estruendo sus manos callosas. Al término de cada estrofa se iniciaba una ovación que los más reflexivos tenían que reprimir trabajosamente. Cuando la canción terminó, las gargantas enronquecieron de entusiasmo. Rosa, detrás de la puerta, tuvo un amplio ademán que designó la sala entera, y dijo:

—¡Qué jaula de monos! Todo el mundo está harto de saberse de memoria esa vieja canción marinera y la canta mejor que la buena Guste con su Kiepert. Y, por lo general, nadie se entusiasma tanto al cantarla. Kiepert y Guste saben muy bien que lo que hacen es sólo un truco más para animar su negocio. Ninguno de los dos tiene voz. Y oído, no digamos. Pero con enrollarse una bandera a la barriga, vuelven loca a la gente. ¿Qué le parece a usted?

Basura abundó en su opinión. El y la cupletista coincidían en igual desprecio al pueblo.

—Atienda. Verá usted lo que pasa ahora —dijo Rosa, y antes de que la pareja iniciara su número de regalo, asomó de repente la cabeza a la sala.

Un alborozado griterío acogió su aparición.

Retiró la cabeza, y exclamó satisfecha:

—¿Ha oído usted? Me han estado viendo a su placer toda la noche, pero basta que asome la nariz cuando no se lo esperan, para que se pongan a mugir como terneros.

Basura pensó en el jaleo idéntico que se armaba en la clase apenas sucedía algo extraordinario, y concluyó:

—Son siempre así.

La cupletista suspiró:

—En fin... Ahora me toca a mí salir a entretener a esos monos.

Basura sintió que urgía dar fin al asunto que allí le había traído.

—¡Cierre usted antes la puerta un momento! —exclamó, y fue a cerrarla él mismo—. Nos hemos apartado de la cuestión. Tiene usted que declarar la verdad sobre el alumno Lohmann. Su negativa no hará sino agravar el asunto.

—¿Ya empieza otra vez? ¡Qué manía!

—¡Soy el profesor! Y ese alumno merece los más severos castigos. Cumpla usted su deber y no deje que un delincuente burle la justicia.

—¡Santo Dios! Usted quiere hacer picadillo a ese desdichado. ¿Cómo se llama? Pero, calle; lo probable es que el nombre no me diga nada. Tengo muy mala memoria para los apellidos. Mejor será que me diga usted cómo es.

—Tiene la tez amarillenta, y una frente muy ancha, que suele fruncir con aire superior. El pelo es negro. La estatura, mediana. Se mueve con una cierta flexibilidad indolente que delata la perversidad de su espíritu...

Basura subrayaba su retrato con precisos ademanes. El odio avivaba sus facultades descriptivas.

—¿Qué más? —preguntó Rosa Fröhlich, llevándose dos dedos a los labios, con gesto meditabundo. Pero desde las primeras palabras había reconocido a Lohmann.

—Va muy compuesto y adopta un aire entre indiferente y melancólico para hacer creer que su elegancia es natural y no un producto de su vanidad, digna del desprecio del sabio.

Rosa afirmó:

—Basta con eso. Lo siento mucho pero no tengo la menor idea de haberlo visto nunca.

—¡Trate de recordar! ¡Vamos a ver!

—Nada, nada. No puedo complacerle —e hizo una mueca de payaso.

—Yo sé perfectamente que ha estado aquí; tengo pruebas.

—Entonces no me necesita usted para nada.

—Tengo en el bolsillo el cuaderno de Lohmann. Si se lo enseñase a usted, estoy seguro de que confesaría en el acto conocerle... Por lo tanto, ¿quiere que se lo enseñe, señorita Rosa Fröhlich?

—Estoy muertecita de curiosidad.

Basura se llevó la mano al bolsillo, vaciló, pareció desistir... Por fin sacó el cuaderno y se lo entregó a Rosa, que leyó trabajosamente los versos de Lohmann, silabeando como un niño, y exclamó luego, enfurecida:

—¡Qué grosería! "Y si te ves alguna vez encinta..." ¿Quién va a verse encinta? —Hizo una pausa, y añadió pensativa—: Pero no es tan tonto como yo creía.

—¿Ve cómo le conoce?

Protestó rápida:

—¿Quién ha dicho eso? No, hijito, no. Lo que es a mí no me pesca usted.

Basura la miró, venenoso. De repente, se levantó indignado. Tan obstinado disimulo lo desconcertaba. Irreflexiblemente mintió también:

—Sé perfectamente a qué atenerme. Lo he visto aquí.

—Entonces, no hay más que hablar —dijo Rosa tranquilamente—. Por cierto que ahora ya me han entrado ganas de conocerlo.

Dobló repentinamente el busto, y, sacando el hociquito con gesto infantil, avanzó una mano y cosquilleó con dedos ágiles la barbilla de Basura:

—¿Quiere usted presentármelo?

No pudo reprimir la risa. Por la cara que puso Basura, parecía que aquellos deditos le estaban estrangulando.

—Lo que veo es que tiene usted unos alumnos muy atrevidos. Imitan a su profesor, ¿no?

—¿Cuál de esos chicos le gusta más? —interrogó Basura con perversa emoción.

Rosa dio un paso atrás y adoptó de nuevo, sin transición, una expresión reposada y juiciosa.

—¿Quién le ha dicho que me gusta alguno de esos majaderos? Si usted supiera... Los cambiara a todos por un hombre hecho y derecho que no pensase únicamente en divertirse, por un hombre que tuviese ya experiencia de la vida y viniese a mí de corazón... Pero eso no lo saben los hombres —añadió con leve melancolía.

La pareja corpulenta entró, terminada ya su actuación. Antes de tomar aliento, preguntó la mujer:

—¿Qué? ¿Cómo se ha portado?

El piano preludió el número siguiente.

—Bueno está. Vamos a entretener a esos señores —dijo Rosa, echándose sobre los hombros un chal de colorines—. ¿Se va usted? —preguntó a Basura—. No me extraña. Esto no es precisamente un paraíso. Pero no deje de regresar mañana. Si no, sus alumnos vendrán a armar jaleo; puede usted estar seguro. —Y salió.

Basura, confuso por el giro final que había tomado su conversación, se dejó comprometer sin decir palabra. Kiebert abrió la puerta:

—Sígame. Le guiaré hasta la salida, para que no le ocurra lo de hace un momento.

Basura le siguió rodeando la sala por un paso libre que antes no había visto. Al llegar a la puerta se despidió del artista. Todavía volvió a ver, allá en el fondo, entre el vaho y el humo, unos brazos, un hombro, un trozo indistinto de carne violentamente iluminado que resplandecía en medio de un torbellino de vivos colores... Salió al zaguán. El patrón apareció nuevamente trayendo cerveza.

—Buenas noches, señor profesor. Espero que no tardará usted en volver a honrar mi casa.

Basura permaneció un instante en el zaguán, intentando recobrase. Sentía los efectos del aire fresco en su cabeza y reconoció que sin el vino y la cerveza que había bebido a hora desacostumbrada difícilmente se hubiera metido en todas aquellas aventuras... Salió a la calle y se estremeció aterrado. Apoyadas en la pared frontera, montaban la guardia tres figuras sombrías, en las que reconoció de reojo a Kieselack, Lohmann y Von Ertzum.

Dio media vuelta y siguió caminando. Detrás de él oyó un resoplido exhalado por un pecho robusto, por el de Von Ertzum, sin duda, que desahogaba así una indignación. Luego resonó la voz atiplada de Kieselack:

—En la casa de donde *acaba* de salir alguien debe de haber montones de basura moral.

Basura tembló, convulso, castañeteando los dientes de rabia y de miedo.

—He de aniquilarlos a ustedes. Mañana mismo daré cuenta de lo sucedido.

Nadie contestó. Basura anduvo dos o tres pasos más en medio de un silencio amenazador. De pronto volvió a oírse la voz de Kieselack, que anunció lentamente, estremeciendo a Basura en cada palabra:

—¡Nosotros también!

V

Lohmann, el conde Von Ertzum y Kieselack atravesaron de uno en fondo la sala. Al llegar junto al tablado, Kieselack ordenó con un penetrante silbido:

—¡Al calabozo! —y entraron en el vestuario de los artistas. La mujerona cosía.

—¿Dónde se han metido ustedes, caballeros? Su profesor ha estado haciéndonos compañía.

—No nos tratamos con él —declaró Lohmann.

—Pues es un hombre muy erudito y muy fácil de manejar.

—¡Duro con él!

—Yo, no. Pero sé de alguien...

No pudo continuar, pues Kieselack le hizo cosquillas debajo de los brazos, luego de comprobar que los demás miraban hacia otro lado.

—No vuelva usted a hacer semejante cosa, pequeño —le advirtió la mujer, quitándose los lentes—. Si Kiepert le ve, puede salirle cara la broma.

—¿Muerde? —preguntó Kieselack, y la artista asintió con expresión enigmática, como si tratase de convencer a un niño de la existencia real del cuco.

Lohmann, sentado junto al tocador, con las manos metidas en los bolsillos, observó:

—Has ido demasiado lejos, Kieselack. Ninguna necesidad tenías de irritar todavía más a Basura, provocándole cuando salió a la calle. Ahora nos puede provocar un mal rato.

—¡Se guardará muy bien! —braveó Kieselack.

Von Ertzum, sentado en el centro de la habitación, de codos sobre la mesa, dejó oír un gruñido. Su cara, arrebolada bajo el rojo cabello cerdoso, al que la luz de la lámpara arrancaba vivos destellos, permanecía insistentemente vuelta hacia la entrada. De pronto, descargó un puñetazo sobre la mesa.

—Si ese bicho asqueroso se atreve a volver por aquí, le rompo la *cabeza*.

—Eso está bien —observó Kieselack—. Así no podrá censurar nuestras composiciones. La mía es un puro disparate.

Lohmann miró a Von Ertzum, sonriendo:

—Esa pequeña se te ha metido en un bolsillo, Ertzum. Sólo el amor verdadero encuentra tan cálidos acentos.

Fuera cesaron los aplausos. Se abrió la puerta.

—Señorita, aquí tiene usted a un hombre dispuesto a convertirse en asesino por usted.

—Puede ahorrarse sus simplezas —contestó Rosa, indiferente—. Acabo de hablar con su profesor, no puede decirse que esté muy satisfecho de usted.

—¿Qué quiere ese viejo dromedario?

—¡Poquita cosa! Hacerle picadillo.

—Rosa... —tartamudeó Von Ertzum, que desde la aparición de la cupletista mostraba una humilde actitud suplicante.

—¡Con usted no va nada! Más le valía haberse quedado en la sala para aplaudirme como era su obligación. Hay dos o tres imbéciles que se han propuesto fastidiarme.

Von Ertzum se precipitó hacia la puerta.

—¿Cuáles son? ¿Dónde están?

—¡Eso es! Arme usted ahora un escándalo para que me echen de aquí esta misma noche. ¿Y luego, qué? ¿Iba usted a poner acaso su palacio a mi disposición, señor conde?

—Es usted injusta —dijo Lohmann—. Esta misma tarde se ha expuesto otra vez, por su causa, a las iras de Breetpoot, su tutor. Pero esos burgueses son incapaces de comprender una gran pasión, y Breetpoot se ha negado terminantemente a facilitarle más dinero. Si solamente dependiera de él, Ertzum pondría a sus plantas todo lo que posee: su nombre, su fortuna y su porvenir. Es lo bastante simple para hacerlo. Por lo tanto, no será correcto que usted abuse de tan simpática ingenuidad. ¡Trátele bien!

—No necesito consejos de nadie para saber lo que debo hacer. ¡Payaso!... Y, aunque su amigo no sea tan guapo como usted, tiene muchas más probabilidades...

—... de aprobar el curso —completó Kieselack.

—Ya le voy conociendo —prosiguió la artista—. Es usted un hipócrita. Aquí hace como si todo le dejase frío, y luego, por detrás, me dedica versos sucios.

Lohmann rió, confuso.

—Pero le voy a decir una cosa. Usted será el último a quien yo pueda dar algún motivo fundado para suponer que vaya a estar encinta. ¿Me entiende? El último.

—Está bien. El último. Esperaré con paciencia —dijo Lohmann, aburrido. Y mientras Rosa le volvía la espalda, estiró las piernas, echó la cabeza atrás y se puso a contemplar el techo. Acudía allí sin interés ninguno personal, sólo como espectador irónico. Rosa le era indiferente. Su corazón albergaba una pasión más elevada y sufría de lo que nunca se sabría... Lohmann se hacía de la burla una coraza.

El piano había descansado bastante.

—Rosa: tu vals favorito —dijo la mujerona.

—¿Quién quiere bailar? —preguntó Rosa, haciendo una señal a Von Ertzum. Pero Kieselack se adelantó al tardo aristócrata y enlazó a Rosa. En un momento en que los otros no miraban, le hizo un gesto de pilluelo, sacando la lengua, y le pellizcó el trasero. Rosa se asustó, y le reprendió entre enfadada y cariñosa:

—¡Calamidad! Si me vuelves a pellizcar se lo digo al conde, para que te dé una paliza.

—¡Más te vale callar! —aconsejó Kieselack—. Si no, le diré yo otras cosas.

Rieron disimuladamente. Von Ertzum los miraba, agitado. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su cara redonda y arrebolada.

Entretanto, Lohmann había sacado a bailar a la otra mujer. Rosa dejó plantado a Kieselack y se dedicó a mirar a Lohmann, que bailaba maravillosamente. La mujerona parecía no pesar nada entre sus brazos. Cuando le pareció bastante, se inclinó benévolo y volvió a su silla, sin ocuparse de Rosa para nada. La cupletista le siguió:

—Bailar sí se puede con usted. Es para lo único que sirve.

Lohmann se encogió de hombros, subrayó todavía más su indiferencia con una mueca expresiva y se levantó. Rosa bailó con él largo rato, abstraída y entregada.

—¿Qué? ¿Tiene usted ya bastante? —le preguntó Lohmann, por fin, amablemente. Y cuando Rosa volvió a la realidad, agregó—: Bueno; entonces...

—¡Qué sed tengo! —le interrumpió Rosa, sin aliento—. Señor conde, déme usted algo de beber, o caeré desmayada.

—Tampoco él está muy seguro sobre sus piernas —observó Lohmann—. Mírenle. Parece una luna borracha.

Von Ertzum jadeaba como si hubiese estado bailando todo el tiempo. Inclinó una botella, que tembló en su mano y de la que sólo salió un residuo. Al notarlo, se quedó asombrado, mirando a Rosa. Esta se echó a reír. La mujer corpulenta dijo:

—El señor profesor también tenía sed, por lo visto.

Von Ertzum comprendió, y una nube roja cruzó visiblemente por sus ojos. Con repentino impulso agarró la botella por el cuello como una maza.

—¿Qué es eso? —le gritó Rosa. Y después de someterlo con una larga mirada, agregó—: Se me ha caído el pañuelo debajo de la mesa. Hágame el favor de cogerlo.

Von Ertzum se inclinó, metió la cabeza debajo de la mesa y extendió el brazo. Pero, de pronto, cambió de idea, dobló las rodillas, y a cuatro pies, bajo la mirada de Rosa, recogió el pañuelo con los dientes. Luego, sin levantarse, fue hacia la cupletista y se detuvo a sus pies, desvanecido por el sabor grasiento y perfumado de aquel pingajo gris, manchado de afeites baratos. Junto a él, y, sin embargo, inasequible, se alzaba la mujer con la que soñaba día y noche, en la que creía y por la que hubiera dado su vida. Pero como aquella mujer era pobre y él no podía elevarla todavía hasta él, se veía obligado a poner en riesgo su pureza y a tratar con gente indigna, incluso con aquel odioso Basura.

Rosa, una vez que hubo admirado a placer su obra, le tomó el pañuelo de entre los dientes, y le dijo:

—Así me gusta, perrito mío.

—¡Admirable! —exclamó Lohmann.

Kieselack, llevándose a la boca una uña remordida, miró alternativamente a sus camaradas.

—No se hagan ilusiones. Ninguno de los dos aprobará el curso.

Luego hizo un signo de inteligencia a Rosa. Él lo había aprobado ya.

Lohmann advirtió:

—Las diez y media, Ertzum. Tu pastor va a dejar la cervecería. Debes irte a la cama.

Kieselack había murmurado no sé qué al oído de Rosa, con maliciosa amenaza, y cuando los otros se dispusieron a marcharse, no lo encontraron ya.

Los dos amigos se encaminaron hacia la puerta de la ciudad. Lohmann dijo:

—Hoy puedo acompañarte hasta tu casa. Mis padres se encuentran en el baile de Breetpoot, el cónsul. No sé por qué no nos invitan aún. Las pavitas con las que dábamos clase de baile ya están todas allí esta noche.

Von Ertzum movió apasionadamente la cabeza.

—Lo que no habrá, desde luego, es una mujer así. El verano pasado dimos en casa una fiesta a la que asistió un montón de muchachas y de señoras casadas. Pero ninguna tenía lo que ésa.

—¿Qué?

—Ya sabes lo que quiero decir. Ninguna tenía lo que más importa que tenga una mujer. Ninguna tenía alma, por decirlo así.

Von Ertzum agregaba "por decirlo así" porque le daba vergüenza emplear la palabra "alma".

—Y luego, su pañuelo —comentó Lohmann—. Con seguridad ninguna de las damas que acudieron a tu casa tenía uno parecido.

Von Ertzum comprendió lentamente la alusión, e intentó con gran trabajo sacar a la superficie los oscuros instintos que antes le habían movido a aquel acto singular.

—No vayas a creer —explicó— que lo hice sin un motivo serio. Quise demostrarle con ello que, a pesar de su origen humilde, está por encima de mí, y que me propongo muy en serio elevarla hasta mí mismo.

—Pero si comienzas por decir que está ya por encima de ti...

Von Ertzum se asombró de su propia contradicción, y prosiguió inseguro:

—Ya verás de lo que soy capaz... Por lo pronto, Basura, ese perro sarnoso, no vuelve a salir vivo del vestuario.

—Mucho me temo que no puedas impedirle la entrada, como tampoco él a nosotros.

—¡Hasta ahí podíamos llegar!

—No se atreverá. Es un cobarde.

En realidad, no las tenían todas consigo, pero no volvieron a hablar de ello.

Caminaban entre extensas praderas, en las que durante el verano se celebraban las fiestas populares. Von Ertzum, aliviado por la noche y las estrellas, fantaseaba una fuga en busca de la libertad, lejos de aquel angosto nido ciudadano y del Instituto polvoriento, en el que su robusto cuerpo campesino se debatía ridículamente encadenado. Pues ahora, desde que amaba, había comprendido que era ridículo permanecer sometido en el banco de la clase, temblando inerte, con la cerviz humillada, mientras contestaba alguna tontería, sólo porque un mamarracho enteco y torcido lo miraba venenoso, encaramado en su cátedra, y se permitía, además, gritarle. Todos sus músculos, a los que allí se exigía reposo y mansedumbre, ansiaban una dura carga, le impulsaban a esgrimir una espada o un látigo, alzar a una mujer sobre su cabeza o agarrar a un toro por los cuernos. Su espíritu anhelaba las tangibles ideas campesinas, conceptos aprehensibles, arraigados en suelo firme, muy por bajo de la sutil espiritualidad clásica, atmósfera para él irrespirable, y sus sentidos exigían el contacto con la negra tierra desnuda que se adhiere a las botas del cazador y con el viento que azota la cara de jinete a galope; con el ruido de las posadas llenas de gente y el ladrido de las traillas; con el aroma del bosque otoñal y el vaho del caballo sudoroso... Tres años antes, una vaquera joven, a la que había defendido de los ataques de un forzado vaquero, le había recompensado derribándole al amparo de un pajar. A través de aquella mujer sentía hoy a la cupletista Rosa Fröhlich. Despertaba en él un amplio cielo gris con una multitud de sonidos y olores intensos. Despertaba todo lo que constituía su propia alma. Por eso le hacía a Rosa Fröhlich el honor de creer que aquello era el alma de ella, atribuía mucha, mucha alma, y situarla muy alto.

Los dos escolares llegaron al hotelito del pastor Thelander. Por ambos lados de los balcones centrales del primero y segundo piso trepaba una robusta parra.

—Tu pastor está ya en casa —dijo Lohmann, señalando una luz encendida en el primer piso y que se apagó al aproximarse ellos.

Von Ertzum, de nuevo vencido, miró con disgusto hacia el balcón del segundo piso, hasta el que había de subir. Detrás de él, sus trajes mañaneros y sus libros exhalaban ya el olor de la clase. La atmósfera de la clase le acosaba día y noche... De un salto, lleno de ira, alcanzó el tronco más fuerte de la parra y trepó por él. Al llegar a la barandilla del primer balcón se detuvo y miró de nuevo hacia arriba.

—No creo que aguante esta vida mucho tiempo más —murmuró, y siguió trepando. Llegado a su balcón, empujó las maderas con el pie y desapareció dentro de la casa.

—Que duermas bien y tengas sueños dichosos —le dijo aún Lohmann con benigna ironía, y se alejó sin tratar de disimular el ruido de sus pasos. El pastor Thelander, que apagaba su luz para no tener que darse por enterado de nada, no era hombre que protestase de las salidas nocturnas de un conde Von Ertzum, por cuya

pensión recibía cuatro mil marcos anuales... Lohmann, apenas salió del jardín, dejó volar su pensamiento junto a Dora.

Aquella noche Dora daba su gran baile. En aquel momento reía detrás de su abanico, con su risa singular, burlona y cruel, de criolla. El asesor Knust reía quizás con ella. Acaso aquella noche se decidiría por él. Pues con el teniente Von Gierschke parecía haber terminado ya... Lohmann agachó la cabeza, apretó los dientes contra el labio inferior y se concentró en el dolor que le desgarraba...

Amaba a la señora de Breetpoot, el cónsul, una mujer de treinta años. Hacía ya tres inviernos, desde un día en que la clase de baile se celebró en su casa. Dora le había cruzado al pecho una banda de cotillón. Sólo por halagar a sus familiares; Lohmann lo sabía. Pero desde entonces, cuando sus padres ofrecían alguna fiesta a las que todavía no era él admitido, se quedaba detrás de una puerta, para verla por una rendija. Y la veía rodeada de sus admiradores. La puerta podía abrirse en cualquier momento, delatándole. Todo quedaría descubierto... Una vieja escopeta con la que cazaba ratones por el desván, colgaba preparada para este caso...

Consagraba una amistad paternal al hijo de Dora, un muchachito de nueve años, al que daba a copiar sus composiciones de cursos pasados. Una vez que intervino para auxiliarle en una pelea entre los pequeños, creyó ver dibujarse en algunos labios una sonrisa irónica. El cañón de la escopeta apuntaba ya a su pecho... Pero no, nadie lo sabía; y Lohmann pudo seguir fantaseando y viviendo su salvaje castidad, sus voluptuosas amarguras, su desprecio del mundo, la timidez, y el orgullo de sus dieciséis años y sus versos escritos en horas nocturnas al reverso de una banda de cotillón...

Y era de él, flechado por un amor imposible, de quien una criatura como la tal Rosa Fröhlich demandaba que se enamorase de ella. No podía imaginarse mayor ironía. Le había dedicado unos versos... ¿Y qué? En arte es indiferente el objeto. Si se figuraba que aquello demostraba algo... Rosa fingía ofenderse y él se echaba a reír en su cara, lo que naturalmente no hacía más que intensificar su capricho. Pero él no se proponía semejante cosa. Estaba muy lejos de solicitar el amor de una cupletista de *El Ángel Azul*. Debía de haber allí marineros y empleadillos a los que había hecho felices a cambio de una cantidad que podía oscilar entre tres y diez marcos...

En el fondo, aquel interés le halagaba quizás un poco. ¿Por qué negarlo? Había instantes en los que quería ver a sus pies a aquella muchacha y la deseaba para gustar en sus caricias el sabor del vicio y manchar con él su propio amor, para rebajar en la prostituta que mendigaba de rodillas su cariño a la misma Dora Breetpoot, y caer luego de hinojos ante ella, con llanto inapreciable.

Estremecido por estos pensamientos, llegó Lohmann ante la casa iluminada de Breetpoot, y esperó, entre las sombras que resbalaban sobre las ventanas, una sola.

VI

Al entrar en el Instituto a la mañana siguiente, los tres amigos, Von Ertzum, Kieselack y Lohmann, estaban intensamente pálidos. En medio del barullo de la clase, cada uno de ellos se sentía como un delincuente que se sabe delatado al fiscal en tanto que a su alrededor nadie sospecha aún nada. Sus minutos estaban contados... Kieselack había estado escuchando a la puerta del despacho del director, y afirmaba haber oído la voz de Basura.

No braveaba ya y, acercándose a Lohmann, le susurró al oído un "¡Nos hemos caído!", quejoso. Lohmann, ante el próximo mal rato, se hubiera cambiado por cualquiera de los más pobres de espíritu.

Basura entró apresuradamente e inició sin preámbulos la clase. Aquel día correspondía estudiar un texto de Ovidio. Comenzando por Angst, el número uno de la clase, hizo recitar los versos aprendidos de memoria. Luego pasó a los alumnos cuyo apellido comenzaba por B. Pero al llegar a la E saltó a la M. Von Ertzum exhaló un suspiro. Kieselack y Lohmann comprobaron, extrañados, que la K y la L quedaban también excluidas.

Tampoco al traducir les hizo pregunta alguna. Aquella exclusión les dolió, aunque ninguno se sabía la lección. Les parecía haber sido expulsados de la sociedad humana, haber sufrido una muerte civil. ¿Qué tramaría Basura? Durante el recreo se evitaron unos a otros.

A continuación dieron tres clases más con otros profesores, entre constantes sobresaltos. Pasos en el patio, un crujido en la escalera... ¡El director!... Pero nada ocurrió. Y en la clase de griego, Basura observó igual conducta que en la de latín. Kieselack, aterrado, alzó la mano, aunque no hubiera sabido contestar. Basura fingió no advertirlo. En adelante, Kieselack volvió a alzarla a cada pregunta, e incluso castañeteó los dedos. Lohmann abandonó la espera y abrió bajo el pupitre *Los dioses en el destierro*. Von Ertzum, sometido e intimidado nuevamente por el Instituto, se esforzaba sudoroso en seguir la marcha de la clase, y, como siempre, se quedaba rezagado.

A la salida esperaban que el portero les hiciese subir al despacho del director, con una sonrisa de mal agüero. Pero el hombre se limitó a saludarles amablemente quitándose la gorra a su paso. Una vez fuera se miraron llenos de una contenida alegría, que temía aún hacer explosión. Kieselack fue el primero en darle libre curso.

—¿Lo ven? Yo les dije que no se atrevería.

Lohmann rabiaba por haberse dejado asustar.

—¡Si se cree que va a jugar con nosotros...!

Von Ertzum previno:

—Todavía puede darnos un disgusto. —Y añadió con salvaje violencia—: ¡Que se atreva! Por mi parte, sé ya muy bien lo que haré.

—Me lo figuro —dijo Lohmann—. Le darás una paliza a Basura, y te arrojarás luego al mar atado a Rosa Fröhlich.

—No... Eso no —replicó Von Ertzum, sorprendido.

—No sean pesimistas, muchachos —exclamó Kieselack.

Antes de separarse, advirtió Lohmann:

—Probablemente, yo no hubiera vuelto a poner los pies en *El Ángel Azul*. Pero ahora pienso ir todas las noches. No vaya a creer ese tipo que le tenemos miedo.

Aquella noche, Von Ertzum y él llegaron casi al mismo tiempo frente a la casa, y esperaron juntos a Kieselack. Siempre le dejaban precederles y entrar el primero en el vestuario de los artistas, empezar la conversación y crear un ambiente grato. Sin Kieselack les hubiera sido más difícil todo aquello. No tenía dinero, y los otros pagaban siempre por él, pero Kieselack procuraba que no advirtiesen todo lo que le procuraban, ocultándoles cuidadosamente que eran sus placeres secretos los que pagaban al ofrecer a Rosa flores, convites y regalos.

Llegó, al fin, sin apresurarse por ellos lo más mínimo. Entraron. Pero el patrón les hizo saber que su maestro estaba ya en el cuarto de los artistas. Se miraron confusos y buscaron un escondite.

La noche anterior, al arribar felizmente a su casa, Basura había encendido la luz de su pupitre, y se había situado ante él, dispuesto a trabajar. La estufa calentaba aún. Basura hojeó su manuscrito, y se dijo: "La amistad y la literatura; he aquí lo único verdadero".

Se felicitaba de haber huido de las redes de Rosa Fröhlich, y la conducta disipada de Lohmann le era de, pronto profundamente indiferente.

Pero al despertar por la mañana advirtió que la cuestión no podía quedar resuelta hasta haber castigado como se merecía la procacidad de aquel alumno rebelde. Trató de proseguir su labor sobre las partículas gramaticales en Hornero, pero "la amistad y la literatura" no lograron acaparar su atención. Sintió que no podría ya consagrarse a ellas en tanto que supusiese a Lohmann al lado de Rosa Fröhlich.

La propia cupletista le había indicado un medio de impedirlo. Le había dicho: "No deje usted de venir mañana. Si no, vendrán sus alumnos y armarán jaleo". Basura se avergonzó al recordar aquellas palabras que evocaron en él la voz de la artista, su mirada cosquilleante, su cara pintada y los dos deditos que le habían acariciado la barbilla... Miró con temor hacia la puerta y se dobló con fingido celo sobre su trabajo, como un alumno que disimula una ocupación ajena a la clase.

Los tres rebeldes habrían espiado seguramente aquellas escenas por entre las rojas cortinas de la ventana. Y si Basura les denunciaba al director, eran muy capaces de divulgar lo que habían visto. Entre los delitos de Lohmann figuraba el vino por él pagado. Pero Basura había bebido de él... Empezó a sudar. Se veía cogido. Sus contrarios asegurarían que no era él quien había atrapado a Lohmann, sino Lohmann a él. La conciencia de que en adelante iba a tener que combatir más solitario y acosado que nunca contra la horda de alumnos rebeldes le infundió nuevas fuerzas, dándole la convicción de que aún habría de obstaculizar, si no hacer imposible, la carrera de muchos de ellos. Con apasionada decisión emprendió el camino del Instituto.

Le sobraban motivos para obtener el castigo de los tres rebeldes. En cuanto a Lohmann, su desvergonzada composición era ya más que suficiente. En la semana anterior a la distribución de las calificaciones le formularía preguntas ante las cuales había de fracasar necesariamente. Ya tenía pensada alguna... Al dejar atrás la puerta de la ciudad comenzó a perder su triunfante seguridad, y según fue acercándose al Instituto, más amenazador se le fue mostrando el porvenir. Los tres rebeldes habrían ya soliviantado la clase entera, relatando lo sucedido en *El Ángel Azul*. ¿Cómo lo recibirían? La revolución estaba a punto de estallar... El pánico del tirano amenazado volvió a causarle escalofríos. Penetrado de pavor, lanzó venenosas miradas de reojo temiendo un atentado al doblar cada esquina.

Cuando entró en la clase había perdido ya toda su acometividad. Aguardaba a cada momento la agresión, y trató de salvarse silenciando los sucesos de la noche anterior, disimulando el peligro e ignorando la presencia de los tres delincuentes... No sospechaba el miedo que estaban pasando Kieselack, Von Ertzum y Lohmann; pero tampoco ellos sospechaban el suyo.

Como ellos, respiró aliviado al terminar las clases. ¡No! Lohmann no triunfaría. Había que mantenerlo alejado de Rosa Fröhlich. Era cuestión de honor para Basura. Pero ¿cómo lograrlo? "No deje usted de venir mañana", le había dicho la artista. Era el único medio. Basura lo reconoció asustado. Pero en su miedo había una cierta voluptuosidad.

Su agitación no le permitió concluir la cena. Desoyendo las protestas de su criada, salió de casa para ser el primero en llegar al vestuario de Rosa Fröhlich. Lohmann no debía pasar la noche a su lado. Basura no lo toleraba. Tal era su única idea.

Al llegar frente a *El Ángel Azul* no vio en el primer momento el cartel colocado en el portal, y durante algunos segundos lo buscó con angustia... Cuando por fin lo halló, suspiró con alivio. Rosa Fröhlich no se había marchado de repente, no había huido, no se la había tragado la tierra, como él había temido. Cantaba aún, resplandecía todavía con vivos colores, cosquilleaba aún con la mirada. La satisfacción que Basura experimentó al comprobarlo así, le descubrió algo nuevo. No se trataba tan sólo de mantener alejado a Lohmann, sino de ser él mismo quien se sentara al lado de la artista... Pero este descubrimiento se disipó en el acto.

El salón estaba aún vacío, casi a oscuras, y resultaba inquietamente amplio. Las mesas y las sillas, de un blanco sucio, aparecían diseminadas, en desorden, como un rebaño por el prado. Junto a la estufa, el patrón jugaba a las cartas con otros dos individuos a la luz mortecina de una lámpara de hojalata.

Basura, no queriendo ser visto, se deslizó como un murciélago a lo largo de las paredes sombrías. Pero cuando ya iba a colarse en el vestuario, la voz del patrón resonó con estruendo:

—Buenas noches, señor profesor. Celebro mucho que mi establecimiento sea tan de su agrado.

—Vengo sólo un momento a ver a la señorita Rosa Fröhlich.

—Entre usted y aguárdela ahí dentro. No son más que las siete. Ahora le llevaré cerveza.

—No; por el momento, no quiero beber —rehusó Basura. Luego, sacando la cabeza por entre la puerta, agregó—: Ya le haremos gasto más tarde, descuide.

Cerró la puerta y avanzó a tientas por el cuarto. Cuando logró encender la luz, desocupó una silla de los corsés y las medias que se amontonaban sobre ella y se sentó junto a la mesa, que presentaba el mismo aspecto de la noche anterior. Sacó su cuaderno de notas y comenzó a inscribir detrás del nombre de cada alumno la calificación que había merecido aquella mañana. Al llegar a la E saltó presuroso hasta la M, lo mismo que antes en la clase. Pero luego se arrepintió, volvió atrás y fulminó a Von Ertzum con un iracundo "muy mal". Kieselack y Lohmann corrieron igual suerte. El cuarto era silencioso y seguro. La boca de Basura se crispó en una mueca vengativa.

Al cabo de un rato comenzaron a llegar al salón los primeros parroquianos. Basura se inquietó. La mujerona entró ostentando un caprichoso sombrero negro de alas onduladas.

—¿Usted aquí, señor profesor? ¿Ha pasado usted la noche en esa silla?

—He venido a tratar de ciertos asuntos...

Pero la mujer le amenazó risueña con un dedo:

—No me diga más. Ya me figuro cuáles.

Se quitó el boa y la chaqueta.

—Va usted a permitir que me cambie de traje.

Basura tartamudeó algo incomprendible y miró a otro lado. La mujer apareció de pronto ante él vestida con un peinador de una blancura más que dudosa y le dio un golpecito en el hombro.

—Si quiere que le diga la verdad, señor profesor, no me ha extrañado lo más mínimo volverle a ver por aquí. Con Rosa ocurre siempre lo mismo. Todo el que la conoce se interesa enseguida por ella. Y con motivo, pues es una muchacha muy linda.

—Puede ser... No digo que no... Pero yo no vengo por eso...

—Ya; ya sé que para interesar a un hombre como usted no basta una cara bonita. Pero Rosa tiene, además, un corazón de oro. Que es realmente lo principal... ¡No puede usted imaginarse qué hermoso corazón tiene!

Se llevó la mano al corazón, por debajo del peinador, y puso los ojos en blanco.

—Tan buena es que, a veces, por hacer bien a los demás, resulta ella perjudicada... En eso ha salido a su padre, que era enfermero. No me crea si no quiere, pero desde que conozco a Rosa he observado que tiene una debilidad por los hombres maduros. Y no sólo porque dispongan de más dinero que los jóvenes, sino porque su corazón es así. Pues los señores ya maduros necesitan más de alguien que les trate con cariño... A veces ha llegado a ser realmente más amable de lo que la policía tolera. Nadie mejor que yo puede informarle a usted sobre ella. La conozco desde que era una criatura.

Se sentó en el borde de la mesa, acorralando a Basura entre su maciza persona y el respaldo de la silla, como si quisiera absorber por completo su atención y envolverle en la atmósfera de su relato.

—Antes de cumplir los dieciséis años ya andaba siempre por los cafés cantantes y entre los artistas que en ellos trabajaban. El arte la atraía desde chiquitita... En un café de éstos conoció a un señor mayor que le propuso encargarse de su educación artística. Y ya se sabe lo que eso significa. La educación empieza desde el mismísimo principio del mundo con aquello de Adán y Eva y la manzana agria. Total, que un día se me echó a llorar y me confesó que estaba embarazada. Naturalmente, yo le propuse que me dejase a mí enténdermelas con el viejo. La chica era menor de edad y el hombre soltaría hasta la última moneda antes de verse en la cárcel. Pero Rosa no lo consintió. ¿Qué le parece a usted? Le daba lástima. Y hasta volvió con él alguna vez más. Un día me lo mostró en la calle. Era un verdadero espantajo. ¡Cómo va a compararsele a usted con él!

Le dio una palmadita en la mejilla, y como viera que no parecía aún bastante excitado, insistió:

—Nada, lo dicho. No cabe compararle a usted con aquel mamarracho. Además, era un tío roñoso. Murió al poco tiempo y ¿qué creerá usted que le dejó a Rosa? Su retrato discretamente metido en un sobre. ¿Qué le parece? Pero puede usted estar seguro de que un hombre generoso, bien conservado y de noble corazón ha de impresionarla hondamente.

—No lo dudo, pero... —Basura buscaba una transición difícil—. Sea como sea, todo ello no quiere decir que si Rosa encuentra un muchacho joven, no desprovisto de inteligencia ni de corazón, no lo prefiera a un hombre maduro.

La mujer replicó vivamente:

—Si eso es todo lo que le preocupa, puede usted estar tranquilo. Rosa está ya de los chicos jóvenes hasta la coronilla. No puede tolerarlos.

Agarró a Basura por un hombro y lo zarandeó sin compasión, como para hacerle físicamente sensible la verdad. Luego se dejó resbalar hasta el suelo, diciendo:

—Se nos ha pasado el tiempo charlando y hay que prepararse para trabajar. Ya le dedicaré otro momentito, señor profesor.

Se sentó ante el espejo y se embadurnó la cara con vaselina.

—Mas vale que no me mire usted mientras me pinto. No es nada agradable.

Basura desvió, obediente, la vista. El piano dejó oír unos cuantos acordes. La sala zumbada obscuramente, medio llena ya.

—Y lo que es sus alumnos —prosiguió la mujer—, ya pueden hacer acopio de paciencia. ¡Lo que esos consigan de Rosa...!

Basura miró instintivamente hacia la ventana. Sobre la cortina encarnada se dibujaba la sombra de una cabeza.

Un largo rumor recorrió la sala. La esbelta figura de Rosa se recortó en el vano de la puerta, obstruido en seguida por la maciza silueta de Kiepert. Una vez dentro, y cerrada la puerta a sus espaldas, saludó el gimnasta:

—Tanto gusto en volverlo a ver, señor profesor.

Rosa observó:

—¿Ya está usted otra vez aquí?

—Extrañada quizás... —tartamudeó Basura.

—Ni poco ni mucho. Ayúdeme a quitarme el abrigo.

—... de que reitere tan pronto mi visita.

—Ya le he dicho que no.

—Pero me permitirá recordarle que fue usted misma quien me dijo que volviese —terminó Basura, angustiado.

Rosa rompió a reír a carcajadas:

—¡Naturalmente, hombre! ¿O es que cree usted que voy a dejar escapar a un viejo tan simpático? —exclamó, llevándose las manos a la cintura y doblando el busto hasta tocar casi con su mejilla la de Basura, el cual puso una cara como la de un niño que en el teatro viese perder sus trenzas postizas a la reina de las hadas.

Rosa lo advirtió, y reprimió en el acto su hilaridad. Inclino la cabeza sobre el hombro y suspiró con infinita melancolía:

—No tome en serio mis tonterías. La verdad es que no estaba nada segura de que volviera usted a honrarme con su visita. Guste lo sabe muy bien.

Ayer mismo se lo dije: lo probable es que no regrese. ¿Qué puedo ofrecerle yo, ¡pobre de mí!, a un hombre que es doctor y profesor?... ¿No es así, Guste?

La mujerona asintió.

—En cambio, ésta —prosiguió la cupletista— me aseguraba que no tardaría en volver a verle por aquí. Y ha acertado. Pero, ¿quién me dice que viene por mí y no a causa de ese majadero de alumno suyo, del que quiere usted hacer picadillo?

Basura, todo ruborizado, miró en torno suyo pidiendo auxilio.

—En principio... Real y verdaderamente...

Rosa movió dolorosamente la cabeza.

La mujer de Kiepert se llegó desde el tocador a ayudarles. Aquella noche se había puesto una blusa roja muy escotada.

—¿Por qué no ayuda usted a Rosa a quitarse el abrigo? ¿Es ésa su manera de atender a una señora?

Basura tiró torpemente de una manga. Pero la manga no salió, y el tirón hizo vacilar a Rosa, que vino a caer en sus brazos. Basura se quedó asustado.

—Yo le diré cómo ha de hacerlo —dijo la gimnasta, y le instruyó convenientemente.

Su marido se acercó a ellos, entretanto. Se había puesto las mallas que señalaban en su cintura un rollo de carne, como una serpiente que le rodease el tronco, y dejaban al descubierto, en el arranque del cuello, un gran lunar peludo. Puso ante los ojos de Basura un periódico pequeño.

—Tiene usted que leer esto, señor profesor. Hoy les da lo suyo a esos bandidos.

El rostro de Basura adoptó en el acto la expresión entendida que la letra impresa hacía surgir automáticamente en él.

—Veamos, pues.

—Lea usted lo que dice de los sueldos de los profesores. De lo que hablamos ayer, precisamente.

—Deja eso ahora —decidió la gimnasta, arrebatando el periódico a Basura—. El señor tiene ya sueldo bastante. Lo que le hace falta es otra cosa. No le molestes más y vete a entretener a esos brutos. Ya están impacientes por verte.

En el salón, los gritos, los silbidos y las voces cubrían las notas del piano. Kiepert obedeció. Adoptó en el acto aquella expresión de satisfacción íntima que tanto había sorprendido a Basura la noche antes, y salió bailoteando. La sala le acogió con una ovación estruendosa.

—Uno menos —dijo su mujer—. Hasta qué se harten de verlo, tenemos tiempo de ayudar a Rosa a vestirse. Venga, señor profesor.

—¿También él? —preguntó Rosa.

—Siempre le convendrá aprender cómo se desnuda y se viste una mujer. ¿Quién sabe para lo que aún puede servirle en la vida?

—Está bien. Pues si no tiene usted inconveniente...

Falda y blusa fueron a parar en un momento sobre una silla, y Basura reparó, con una especie de sobresalto, que la ropa interior de la artista era toda de una brillante seda negra. Pero todavía le causó más extrañeza comprobar que no llevaba enaguas, sino tan sólo unos calzoncitos negros. No parecía avergonzarse lo más mínimo de exhibirse ante él en aquel trajo somero, y seguía mirándole con expresión inocente. En cambio, para Basura constituía aquello una revelación de profundos misterios, de cosas inquietantes, ocultas bajo la superficie, bajo la honrada superficie burguesa que se muestra a la policía. Y sintió un intenso orgullo penetrado de terror.

Kiepert cosechaba éxitos fuera, y había iniciado un nuevo número.

—Ahora será mejor que se vuelva de espaldas —observó Rosa—. Tengo que desnudarme del todo.

—Déjalo estar, muchacha. Es un hombre tranquilo y sensato. No creo que le haga ningún daño.

Pero Basura se había apresurado a volverse. Espió atento el roce de las telas. La mujerona se acercó a él y le puso algo en la mano, diciéndole:

—Tenga usted esto un momento.

Basura lo cogió sin saber de lo que se trataba. Era algo negro y flexible y despedía un calorillo singular, como un animalito de sedosa piel. De repente, aquello se escapó de su mano, pues Basura se había dado cuenta de por qué despedía tan singular calorillo. Eran los calzoncitos negros.

Sin embargo, recobró pronto la tranquilidad y se mantuvo inmóvil. Guste y Rosa cambiaron rápidamente unos cuantos juicios técnicos mientras continuaban su labor. Kiepert había terminado otro número.

—Tengo que salir a trabajar —dijo su mujer—. Acabe de ayudar a Rosa, señor profesor.

Y como Basura no se moviese:

—¿Se ha quedado usted sordo?

Basura se volvió presuroso. Se había abstraído en sus pensamientos como sus alumnos cuando la clase se les hacía pesada. Cogió con paciencia las cintas del corsé que Guste le entregó a toda prisa. Rosa le sonrió por encima del hombro.

—¿Por qué se ha estado todo el tiempo de espaldas? Hace ya un rato que estoy decentemente vestida.

Se había puesto ahora una enagua color naranja.

—Además, si le dije que se volviera de espaldas fue a causa de Guste. Por mi parte, me hubiera gustado saber qué tal hecha me encontraba usted.

Basura siguió mudo, y Rosa volvió impaciente la cabeza hacia otro lado.

—Tire con fuerza... ¡Dios mío, qué hombre más torpe!... Traiga, traiga; tiene usted que aprender mucho todavía.

Se apretó por sí misma el corsé, y, viéndole que extendía aún hacia ella sus manos desmañadas, le sonrió de nuevo.

—¿Es que no quiere ser galante conmigo?

—Ya lo creo —tartamudeó, confuso. Buscó algo que le fuera agradable y acabó por decirle que con los... con el traje negro de antes le había parecido más bonita.

—¡Pillín! —replicó alegremente Rosa.

Acabó de ceñirse el corsé... También Guste cosechaba fuera, con su marido, grandes aplausos.

—Ahora me toca salir a mí. No tengo ya más que maquillarme.

Se sentó ante el espejo y empezó a manejar rápidamente infinidad de tarritos, frasquitos y lápices de colores. Basura veía tan sólo cómo sus brazos delgados se movían ágiles en el aire, y ante sus ojos atónitos se fue formando un complicado juego de líneas rosas y amarillo pálido, que surgían cambiantes, cada una de

las cuales era reemplazada por otra nueva antes de desvanecerse por completo. Tuvo que coger de la mesa objetos para él desconocidos y llevárselos. En medio de su febril actividad, Rosa encontró tiempo para dar una patadita en el suelo cuando Basura se equivocaba o cosquillearle con la mirada cuando acertaba a traerle lo que le pedía. Era indudable que sus ojos iban adquiriendo más intensamente a cada instante aquella particular facultad de cosquillear. Basura no pudo ya abrigar la menor duda de que dicha facultad tenía su origen en los lápices que él había alcanzado a la artista, y con los cuales ella había recorrido el contorno de sus ojos, en los toques rojos de los ángulos, en las líneas encarnadas sobre las pestañas y la negra pasta grasienta de sobre los párpados.

—Ya sólo me falta achicarme la boca —anunció Rosa.

Y, de repente, Basura vio ante él la cara de la noche anterior, espléndidamente coloreada. Ahora tenía ante sí a la cupletista Rosa Fröhlich, la auténtica. La había visto formarse y se daba cuenta de haber presenciado su génesis. Había podido echar una mirada a la cocina en la que se confeccionaban la belleza, el placer y el alma. Se sentía desilusionado e iniciado. En rápida sucesión, pensó: "¿No es más que esto?", y "¡Es maravilloso!" Su corazón latía con fuerza. Mientras tanto, Rosa Fröhlich, la cupletista, se limpiaba las manos en un paño, dejando en él la pringosa huella de los grasientos afeites que tanto alborotaban el corazón de Basura.

Luego se colocó la diadema de piedras verdes que ya llevaba la noche antes... La sala bramaba de entusiasmo, Rosa frunció las cejas:

—¿Le ha gustado eso que acaban de cantar?

Basura no había oído nada.

—Ahora verá usted. Voy a cantarles esta noche una cosa muy seria. Me pondré un traje largo... pásame aquel verde.

Basura tuvo que revolver montones de ropa hasta encontrarlo. Rosa se lo puso en un abrir y cerrar de ojos, y le miró solicitando su opinión. Basura no dijo nada, pero la expresión de su rostro satisfizo a la cupletista, que se dirigió luego hacia la puerta con paso mesurado y solemne. Poco antes de llegar se volvió, recordando la extensa mancha de grasa que aquel traje ostentaba en la espalda, y que ahora se mostraba a Basura en todo su esplendor.

—No se preocupe. Ya me cuidaré de no dar nunca la espalda a esos tipos —declaró, con desprecio infinito. Abrió la puerta y se mostró graciosamente al público. Basura retrocedió, dando un salto. No quería que lo vieran.

La puerta quedó semiabierta. Los gritos del público penetraron en el vestuario:

—¡Demonio! ¡Vaya traje!

—¡De seda verde!

—¡Demasiado largo!

Otros reían.

El piano comenzó a verter lágrimas. La melodía sollozaba, y el acompañamiento sonaba a compás.

Basura oyó preludiar a la cupletista:

*A la vacilante luz de las estrellas,
en las orillas del argénteo lago...
llora tu amor...*

Las notas brotaban del alma melancólica de la cupletista como perlas sin brillo flotando sobre oscuras aguas.

Una mansa tristeza se apoderó de Basura. Por la rendija de la puerta siguió los lentos ademanes rítmicos de la artista, que por un momento echó la cabeza hacia atrás, mostrando a Basura la diadema de piedras verdes sembradas entre sus cabellos rojizos y una mejilla rosada bajo el negro arco de la ceja. En una de las mesas más cercanas al tablado resonó la voz entusiasmada de un robusto campesino:

—¡Esto es una mujer y no lo que yo tengo en casa!

Basura le miró con despreciativa benevolencia, mientras pensaba: "¡Pues, claro, hombre! ¿Qué te figurabas que era Rosa Fröhlich? ¿Una campesina mal lavada?"

Aquel hombre no había asistido a la génesis de la artista. No sabía lo que era la belleza ni podía juzgarla. Tenía que aceptarla tal como se le ofrecía y darse aún por feliz de que le hiciese despreciar en adelante a su mujer.

La estrofa terminaba, lamentosa:

Llora mi amor y las estrellas ríen.

También entre los espectadores hubo uno que rompió a reír sonoramente. Basura, sobresaltado, trató en vano de descubrir al impertinente. La segunda estrofa empezaba con las mismas palabras de la primera. Al llegar al estribillo: "... y las estrellas ríen", fueron ya seis o siete los espectadores que rieron. Uno cloqueaba como un negro. Basura lo descubrió. Era un negro, efectivamente, y su risa contagiaba a los demás en torno suyo. Basura vio contraerse muchas otras caras y sintió impulsos de hacerlas recobrar la gravedad a bofetadas. Presa de indecibles tormentos, se agitaba detrás de la puerta sin saber qué hacer.

Rosa enunció por tercera vez:

A la vacilante luz de las estrellas...

Ya lo hemos oído —saltó un gracioso.

Varios espectadores de buena fe intentaron acallar el alboroto creciente. Pero la risa del negro extendía cada vez más su contagio. Basura vio filas enteras de bocas abiertas, negras, con un par de amarillos raigones entre grandes mellas o bien provistas de blancas medias lunas de hueso, de oreja a oreja, rodeadas de pobladas barbas o bajo gruesos bigotes. En una de las mesas descubrió de pronto a aquel antiguo alumno que le había negado el saludo la noche anterior, al cruzarse con él en la calle. Ahora reía a carcajadas en honor de Rosa Fröhlich. Basura sintió que la ira nublaba sus ojos. Rosa Fröhlich era algo suyo. Le había concedido su amistad y seguía entre bastidores su trabajo. Era como si fuese él quien la presentara al público. Y todo el que la menospreciase le ofendía personalmente. Tuvo que aferrar los dedos a la puerta para no ceder al impulso de precipitarse en la sala para reducir a la obediencia a aquella horda de alumnos rebeldes.

Poco a poco había ido descubriendo cinco o seis caras conocidas: antiguos alumnos, de los más perversos. Kiepert y Guste iban de una mesa a otra, aceptando convites y haciéndose populares. Basura los despreció. Se hundían en el fango. Muy por encima de ellos brillaba en las alturas Rosa Fröhlich, la artista soberana, con su traje verde y su diadema. Pero aquella gentuza la menospreciaba.

¡Y Basura no podía hacer nada por ella! ¡Qué terrible impotencia! Podía encerrar a los alumnos en el calabazo, plantearles composiciones sobre temas absurdos, doblegarles a su placer, imponerles sus propias ideas, y cuando alguno de ellos se atrevía a pensar por su cuenta, gritarle: "¡No tiene usted por qué pensar!" Pero no podía obligarles a encontrar bello lo que a su propio juicio lo era. Allí estaba quizás el último refugio de su resistencia. El instinto tiránico de Basura tropezaba ya con el último límite de la sumisión humana... Y apenas podía tolerarlo. Jadeante, buscó un medio de superar aquella horrorosa impotencia, torturado por el ansia de abrir a golpes uno de aquellos cráneos y hundir sus dedos contraídos en el cerebro al descubierto para rectificar en él el sentido de la belleza.

Se admiraba comprobar que Rosa Fröhlich permanecía alegremente impávida en medio de la tempestad y conservaba aún tranquilidad suficiente para enviar besos con las puntas de los dedos a los que más gritaban y silbaban. ¡Se mostraba singularmente grande en la derrota!... Al terminar su canción se inclinó hacia el pianista y cruzó con él algunas frases en voz baja. Y, de pronto, volvió a levantarse con expresión provocativa, alzó hasta la mejilla el borde de su vestido verde, remangándose también con él la enagua naranja, y entonó con voz aguda:

Como soy tan joven y tan inocente...

Su audacia obtuvo pronta recompensa. Los espectadores aplaudieron e incluso pidieron que volviese a cantar la triste canción anterior. Al regresar al vestuario, cerró la puerta de golpe y preguntó sin aliento:

—¿Qué le parece a usted como he salido del apuro?

La tempestad había sido conjurada. Todo el mundo estaba dichoso. Sólo allá atrás, en el fondo de la sala, Lohmann, pálido y lejano, apoyado contra la pared, hundía su mirada en sus brazos cruzados sobre el pecho, y pensaba que sus versos, perseguidos por las risas del populacho, habrían huido a la calle y volaban ahora, temblorosos, en alas de las sutiles ondas de la brisa nocturna, hacia la ventana de una alcoba a cuyos cristales llamarían suavemente, sin que nadie los escuchara dentro.

La mujerona entró con su marido en el vestuario. Rosa Fröhlich la miró con enojo:

—¡Ya me puedes pedir otra vez que cante los versos de ese majadero!

Basura lo oyó, pero no se imaginó nada.

—Ya sabes que nunca puede una fiarse del público —explicó la gorda—. Si no hubiese sido por el negro hubieran llorado en vez de reírse.

—Como comprenderás, me tiene sin cuidado —contestó Rosa—. Naturalmente, siempre que el profesor nos invite a beber algo. ¿Qué va usted a ofrecernos?

Y como la noche anterior, le acarició con dos deditos ágiles la barbilla.

—¿Vino? —propuso Basura.

—Bien —aprobó ella—. Pero ¿qué clase de vino?

Basura estaba muy poco versado en tales cuestiones. Miró en torno suyo, buscando ayuda, como un alumno que se queda con la mente en blanco. Kiepert y su mujer le contemplaban con curiosidad.

—Empieza con "cha" —le apuntó Rosa.

—¿"Château"?... —aventuró Basura, empezando a sudar.

—¡Oh, no! —dijo ella—. Después viene una "m".

Basura no adivinaba.

—Y luego una "p"... Nada, que no cae.

La cara de Basura se iluminó de repente, invadida por una ingenua expresión dichosa. Había adivinado.

—¡Champaña!

—¡Gracias a Dios! —exclamó Rosa.

Kiepert y Guste confirmaron también la solución. El gimnasta salió para hacer el encargo. Al regresar a través de la sala, le acompañaba el propio patrón, llevando un cubo con hielo, del que sobresalían los cuellos de dos botellas. Kiebert le seguía en actitud solemne, gozándose en los rumores de admiración que el champaña despertaba a su paso.

La alegría floreció en el camarín. Basura, a cada copa que servía, pensaba que aquel vino lo había pagado él y no tenía nada que ver con Lohmann. Rosa dijo también, de pronto:

—A sus alumnos no se les ocurrió nunca invitarme con champaña. —Sus ojos relucieron más cosquilleantes que nunca—. Claro está que a ellos no les hubiera servido de nada...

Y como Basura no se diese por enterado, suspiró. Kiepert alzó su copa.

—¡Señor profesor! ¡Por nuestros amores! —brindó, mirando alternativamente a Rosa y a Basura.

La cupletista murmuró con enfado:

—¡Inútil! No cae en nada.

La mujerona tenía que vestirse para su próximo número, pues las canciones alternaban con la gimnasia.

—No se figurará usted que voy a dejarle ver cómo me pongo las mallas. Hasta ahí no llega la amistad.

Instaló tres sillas, una encima de otra, echó por encima unas cuantas prendas, tapando los huecos, y se situó detrás. El improvisado biombo resultó suficientemente alto, pero no lo bastante ancho para cubrir por entero la corpulenta figura de Guste. De este modo, por uno u otro lado, aparecía de vez en cuando un trozo de su cuerpo, cuya aparición era ruidosamente saludada por los demás. Rosa reía con los brazos extendidos encima de la mesa y arrastró a Basura hasta hacerle asomar varias veces* la cabeza al escondite de la otra, que acogía la broma con agudos chillidos de ninfa sorprendida. Basura retiraba la cabeza y volvía a avanzarla con cautela, muy divertido por aquel ingenuo juego.

Rosa Fröhlich se incorporó con trabajo, y después de tomar aliento, dijo gravemente:

—Conmigo no se atrevería a hacer eso. Estoy segura.

Y rompió de nuevo a reír con estruendo.

La sala pedía arte a grandes voces. El piano resultaba ya incapaz de contenerla. La pareja corpulenta tuvo que salir.

A solas con Basura, Rosa moderó su alegría. Basura se sintió de pronto azorado y confuso. Durante un buen rato permanecieron callados, escuchando lo que afuera cantaban Kiepert y su mujer. Rosa observó con rabia:

—Otra vez esa estúpida canción marinera. Un día se la voy a estropear... Y usted, ¿para qué le sirven los ojos? ¿No ha notado ninguna variación en este cuarto?

—¿Aquí, en el ca...? ¿Aquí? —tartamudeó Basura.

—¡Qué hombre! No se entera de nada... ¿Qué había ayer ahí en el tocador? ¿A los lados del espejo?

—¡Ah, sí!... ¿Dos ramos de flores?

—Y usted, ingrato, no ha notado que por su causa los he arrojado a la estufa.

Sacó el hociquito y le lanzó una mirada significativa. Basura echó una ojeada a la estufa y enrojeció de placer. Rosa Fröhlich había quemado los ramos de Lohmann. De repente, se agitó, incómodo. Se le había ocurrido reemplazar los ramos de Lohmann por otros suyos... Comprobó que ninguna sombra se dibujaba en la cortina roja. Ansiaba medirse con Lohmann.

—¿Volvió usted a ver anoche a mis alumnos? —preguntó con acento inseguro.

—¿Por qué se fue usted tan pronto? ¿Qué voy a hacer si vienen a visitarme? Pero me oyeron unas cuantas verdades. Sobre todo, uno de ellos...

—Eso está bien... ¿Y esta noche? Seguramente se los ha encontrado usted ahí fuera al entrar...

—No me he fijado.

—Bueno. Pero si en adelante no quiere usted prescindir del champaña y de las flores, habrá de aceptar que sea yo quien le ofrezca ambas cosas. No puedo consentir que mis alumnos lleguen hasta usted.

Con el rostro arrebolado y todas sus facultades singularmente aguzadas, Basura adivinó que la canción de las estrellas rientes, "los versos de ese majadero" que antes había prometido Rosa no volver a cantar, eran obra de Lohmann.

—Además, no quiero que vuelva a cantar nada de Lohmann.

—¿Y si necesito canciones nuevas? ¿Me las va usted también a hacer?

Aquello le cogió desprevenido. Sin embargo, aseguró valientemente:

—Ya veremos lo que puede hacerse.

—¡Se pueden hacer tantas cosas! Pero hay que caer en ellas...

Y acercó su cara a la de Basura, adelantando los labios.

Pero Basura no cayó. La miró sorprendido con vaga desconfianza. Rosa preguntó ya directamente:

—¿Me quiere decir de una vez para qué demonio viene usted aquí?

—No quiero que los alumnos... —inició él.

—Bueno. Está bien... Tengo que ponerme un traje más corto. Ayúdeme, por lo menos.

Basura obedeció. Los dos gimnastas regresaron sedientos. Sólo una de las botellas contenía aún media copa. Kiepert se ofreció a traer una nueva provisión. Basura se lo rogó. Rosa bebió aún rápidamente una copa antes de salir a escena. Aquella vez se cubrió de gloria. El champaña sabía cada vez mejor, y Basura se sentía cada vez más contento. Cuando le llegó su turno, Kiepert salió del vestuario andando sobre las manos, rasgo que le valió una ovación cerrada. Durante el resto de la noche no anduvo ya de otro modo. Rosa Fröhlich mostró cada vez más animación en sus siguientes actuaciones, y fue también clamorosamente aplaudida. Basura no pensaba ya en abandonar aquellos lugares. Los últimos espectadores comenzaron a desfilar. La cupletista exclamó, radiante de alegría.

—Así vivimos nosotros todos los días, profesor. Y los domingos todavía nos divertimos más.

Luego, sin transición, se echó a llorar con hondo desconsuelo. A través de una difusa neblina, Basura la vio hundir la nariz entre las manos apoyadas de plano sobre la mesa en tanto que la diadema de piedras verdes se estremecía en sus cabellos, sacudida por los sollozos.

—Esto es sólo la superficie, alegre y brillante —gimió—. Dentro quedan la pena y la miseria, la más triste miseria.

Siguió llorando largo rato. Basura se atormentaba buscando una frase de consuelo. En esto apareció Kiepert y lo alzó de la silla, declarándose dispuesto a acompañarle hasta la calle. Ya en la puerta, encontró Basura la frase buscada. Se volvió, y extendiendo una mano insegura hacia la cupletista, dormida ya de bruces sobre la mesa, prometió solemne:

—No se preocupe usted. Haré lo posible por sacarla adelante.

Era aquella una frase que un profesor podía decir a un alumno al que estimara, la víspera de un examen, o simplemente pensarla sin decírsela. Pero Basura no la había dicho ni pensado nunca.

VII

Eran las ocho y cuarto y Basura no había llegado todavía. Ansiosos de aprovechar cumplidamente aquellos minutos de inesperada libertad, sus alumnos se agitaban como insensatos, gritando a coro: "¡Basura! ¡Basura! ¡Basura!" Algunos afirmaban que había muerto aquella misma noche. Otros pretendían que había encerrado en un desván a su criada, dejándola morir de hambre, y estaba ya encarcelado. Lohmann, Von Ertzum y Kieselack oían y guardaban silencio.

De pronto, sin que nadie le hubiera visto entrar, Basura apareció en la cátedra y se dejó caer con lentitud en su sillón, como si todos los huesos le dolieran. Algunos tardaron en advertir su presencia, y siguieron gritando: "¡Basura! ¡Basura!" Pero el profesor no pareció tomárselo en cuenta. Tenía muy mala cara. Aguardó pacientemente a que le dejaran hablar y mostró, al apreciar las respuestas, una arbitrariedad rayana en lo patológico. A un alumno, al que solía atropellar en cuanto abría la boca, le dejó decir, durante más de diez minutos, los disparates más absurdos. En cambio, otro que iba contestando con acierto, se vio de pronto airadamente interrumpido. Como el día antes, hizo caso omiso de Von Ertzum, Kieselack y Lohmann, pero su pensamiento no se apartaba de ellos. Se preguntaba si no le habrían visto la noche anterior cuando regresaba trabajosamente a su casa, aferrándose a las paredes. Tenía incluso la vaga idea de haber tropezado con ellos y haberles pedido perdón. Pero su cerebro había conservado aún, en aquellos momentos, toda su implacable claridad, y ni por un instante había llegado a perder la noción de que no todo lo que en aquel estado veía y sentía había de pertenecer necesariamente al mundo real.

Le atormentaba no saber a qué atenerse fijamente en aquella cuestión. ¿Qué sabían los tres rebeldes? ¿Y qué había sucedido la noche antes, una vez que él les dejó libre el campo? ¿Habrían vuelto a *El Ángel Azul*? ¿Habría entrado otra vez Lohmann en el vestuario?... Rosa había llorado y luego se había quedado dormida. Pero quizás Lohmann la habría despertado... Basura ardía en deseos de preguntárselo a él mismo. Pero no se atrevió.

Lohmann, Von Ertzum y Kieselack no le quitaban ojo. Kieselack apreciaba lo que en todo aquello había de divertido; Von Ertzum, lo que había de humillante, y Lohmann, lo que había de miserable y bajo. Pero independientemente de ello, sentían una suerte de horror ante aquella oscura complicidad con el tirano.

En el patio, durante el recreo, Lohmann se apoyó contra el muro soleado, cruzó los brazos y auscultó en su interior el doloroso latir de su desdicha, como la noche antes en el salón de *El Ángel Azul*. Von Ertzum se acercó y le preguntó en voz baja:

—¿Dices que estaba dormida de bruces sobre la mesa? No es posible.

—¡Cuando te digo que la oí roncar! La había emborrachado.

—¡Miserable! ¡Como lo coja...!

Von Ertzum se avergonzó de concluir su amenaza. De nuevo se retorció prisionero bajo el yugo del Instituto. Su propia impotencia le inspiraba más horror que el mismo Basura. ¡No era digno de Rosa!...

Kieselack les murmuró al pasar:

—Se está prendando. Les aseguro que está enamorado. —Y antes de alejarse preguntó—: ¿Irán ustedes esta noche?

Los otros dos se encogieron de hombros. No había que preguntarlo.

Para Basura aquello se había transformado en un deber, más grato cuanto mayor iba haciéndose su intimidad con Rosa Fröhlich. Con el fin de evitar que Lohmann se le anticipase, era siempre el primero en llegar a *El Ángel Azul*. Una vez en el vestuario, ordenaba los objetos de tocador, separaba a un lado las prendas interiores más limpias y amontonaba en una silla las que precisaban alguna reparación. Rosa llegaba más tarde que antes, confiaba en que Basura se haría cargo de aquellos arreglos. El profesor aprendió pronto a servirse más mañosamente de sus dedos para hacer y deshacer los lazos y nudos de sus ropas y poner y quitar alfileres por los rincones más secretos de su cuerpo. Cuando Rosa se pintaba, el juego rosado y amarillo pálidos de sus brazos fue adquiriendo para él un sentido cada día más preciso. Se orientaba ya en la abigarrada paleta de su cara, aprendió los nombres y uso de los lápices y los frasquitos de colores, de los saquitos y cajitas de polvos y de los tarritos y botecitos de cremas grasientas y se ejercitó meticulosamente en su aplicación. Rosa Fröhlich observaba sus progresos.

Una noche se reclinó en el respaldo de la silla, ante el espejo, y le dijo:

—¡Vamos a ver!

Y tan perfectamente llevó a cabo Basura su labor que Rosa no tuvo necesidad de tocar por sí misma un solo afeitado. Asombrada ante tremenda destreza, le preguntó cómo había podido adquirirla en tan poco tiempo. Basura se ruborizó y tartamudeó unas cuantas palabras. Pero la curiosidad de Rosa permaneció insatisfecha.

Basura se congratulaba de la preponderancia que había conquistado en el vestuario. Lohmann no podía abrigar ya la menor esperanza de sustituirle. ¿Se hubiera acordado acaso Lohmann de que era necesario mandar a la tintorería el bolero rosa? Desde luego que no. Otra cosa sería si hubiese ejercitado su memoria aprendiéndose los versos de Hornero, que se le señalaban en clase. Ahora tocaba las consecuencias de su ociosidad... Y Basura se desplazaba entre las ropas tiradas por el suelo o amontonadas en las sillas, como una gran araña negra.

Con sus manos pálidas y huesudas alisaba las telas fatigadas. Algunas prendas mostraban, al cogerlas, formas inesperadas que habían conservado durante muchas horas: un brazo o una pierna.

Luego se instalaba detrás de la puerta y seguía el trabajo de la artista, que dominaba con su voz penetrante el estruendo del piano y agitaba sus miembros entre el humo neblinoso. O contemplaba las filas de cabezas —plantel de tulipanes bajo el viento— que admiraban a la cupletista con expresión estúpida. Basura estaba orgulloso de Rosa, despreciaba a la sala cuando aplaudía, y ardía en odio contra ella cuando callaba. Cuando aclamaba dichosa, se apoderaba de él un sentimiento extraño al ver cómo la artista se inclinaba rendidamente ante ella y ofrecía a sus miradas la generosa abertura de su escote. En estos casos, Basura sentía miedo...

Pero, en seguida, Rosa volvía al vestuario entre aclamaciones y Basura podía echarle un abrigo sobre los hombros desnudos y empolvarle de nuevo la garganta.

En estos menesteres empezó Basura a sufrir sus caprichos. Según que le presentase graciosamente la garganta y los hombros o le tirase a la cara la borla de polvos, cegándole, se iniciaba para Basura una hora amable o perversa. Su mirada no traspasaba la superficie femenina más allá del lugar en que las ropas terminaban, y, así, concluyó que con las telas y los polvos se dejaba manejar y oler también el alma, y que los polvos y las telas no eran ya mucho menos que el alma...

Rosa Fröhlich se le mostraba tan pronto indiferente como amable. Y Basura se desconcertaba cuando de pronto extremaba su amabilidad. Se sentía más tranquilo cuando le maltrataba... Pero Rosa recordaba de cuando en cuando la norma que se había propuesto seguir en su trato con él y a la cual le resultaba aburridísimo sujetarse; recordaba ciertos consejos que había recibido de persona más experimentada, y en tales momentos se mostraba grave y mesurada, con un cierto dejo romántico y una expresión sumisa y dolorida. Todo ello como debe de ser cuando se quiere conseguir algo de un hombre serio... Pero instantes después, y para el mayor alivio de Basura, le echaba a un rincón como un montón de ropa sucia.

Una vez llegó a darle una bofetada. Pero en el acto retiró la mano, se la miró, se la llevó a la nariz y exclamó asombrada:

—¿Qué se ha echado usted en la cara?

Basura enrojeció, sin saber qué contestar.

—¡Se pinta! Ahora comprendo por qué aprendió tan pronto. Ensayándose en su propia cara. ¡Qué le parece! ¡Basura!

Basura puso cara de espanto.

—Sí. Eso es lo que es usted: ¡una basura! —Y bailoteó a su alrededor.

Pero el hombre sonrió, feliz... La artista sabía su sobrenombre. Lo sabía por Lohmann o por los otros, y, probablemente, desde un principio. Y más que dolor o indignación le producía un extraño placer. Por un momento se preguntó, un poco avergonzado, cómo podía ser que le hiciera tan feliz el hecho de que la cupletista le llamase también por aquel indigno apodo. Pero lo principal era que se sentía feliz. Además, no tuvo tiempo de reflexionar. Rosa le mandó en seguida por cerveza.

Basura no se limitó a encargarla, sino que escoltó al patrón a través de la sala para evitar que algún parroquiano sediento le robase un vaso al pasar. En una ocasión, el patrón de *El Ángel Azul* le propuso que llevase él mismo las bebidas, pero la sorprendida dignidad con que Basura rechazó la propuesta le impidió repetir su error.

La cupletista alzó su vaso, y brindó:

—A su salud, Basura. —Y luego—: Tiene gracia. Yo le llamo a usted por su apodo con toda confianza, aunque no ha habido nada entre nosotros. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? ¡Lo que es la costumbre!... Pero no, no es sólo la costumbre. Le voy a confesar una cosa. Kiepert y su mujer pueden marcharse cuando quieran. No me costarán una lágrima. En cambio, si usted no regresara...

Sus ojos habían tomado poco a poco una expresión profundamente reflexiva. Con gesto de intensa concentración, ensimismada, preguntó:

—Pero ¿qué es lo que quiere usted? ¿Qué se propone?

VIII

Tampoco Basura sabía claramente lo que se proponía. Sólo una cosa le inquietaba al separarse de la cupletista a hora avanzada de la noche. Ignorar lo que hacían en aquellos momentos Kieselack, Von Ertzum y Lohmann. Su temor a lo que pudieran tramar en secreto le llevó poco a poco a creerles capaces de las mayores atrocidades. Una noche, al salir de *El Ángel Azul*, oyó sus pasos detrás de él y cuidó de disimular los suyos para poder detenerse en un momento dado sin que lo advirtiesen. Escondido detrás de una esquina, esperó a tenerlos cerca y salió de repente a su encuentro. Los tres amigos retrocedieron sobresaltados, pero Basura les interpeló con falsa amabilidad venenosa:

—Ya veo que han regresado ustedes a gozar del espectáculo de arte que se nos ofrece en *El Ángel Azul*. Me parece muy bien. Vengan conmigo. Hablaremos sobre ello, y así tendré oportunidad de comprobar los progresos que hayan realizado ustedes en estas cuestiones estéticas. —Y como los muchachos permanecieran inmóviles, nada dispuestos a aceptar aquella temerosa intimidad con el tirano, agregó—: El juicio que de este modo logre formar sobre su cultura general no dejará de influir en las calificaciones de fin de curso.

Llamó a Lohmann a su lado e invitó a los otros dos a seguir andando delante. Lohmann obedeció de mala gana. Basura empezó la conversación refiriéndose directamente a los versos cantados por la cupletista:

—Dice usted en la primera estrofa: "Llora tu amor..." El amor, como un concepto abstracto que es, no puede llorar. Ahora bien, si usted considera en este caso el amor como una personificación de su propio estado de alma, y dándole, así, un cuerpo, lo hace usted emerger de sí mismo, para situarlo, lloroso, en las orillas de un supuesto lago, no habrá nada que objetar desde el punto de vista retórico. Sin embargo, en mi calidad de profesor y guía, debo añadir que un tal estado de alma es impropio de un alumno de su año, y mucho menos cuando tiene tan pocas probabilidades de aprobar el curso.

Lohmann, asustado e indignado ante la osadía con que Basura manejaba entre sus dedos huesudos un trozo de su alma, replicó:

—Todo ello no es más que una ficción poética, señor profesor. Un poco de ejercicio de versificación que no refleja un verdadero estado de alma: *L'art pour l'art*, si me permite usted usar esta expresión cuyo significado conocerá con toda seguridad.

—Bien, bien. Puede ser... De todos modos, la grata emoción que esos versos despiertan en el ánimo del espectador ha de atribuirse por entero a la artista que los canta.

Aquella alusión a Rosa Fröhlich le llenó de orgullo. Pero supo contenerse y alejar de ella la conversación. Reprochó a Lohmann el matiz romántico de sus versos y le recomendó que estudiase a Hornero. Lohmann afirmó que los escasos pasajes realmente poéticos de Hornero habían sido superados hacía ya mucho tiempo. Por ejemplo, la escena del perro que muere al regreso de Ulises, retornaba con máximo vigor poético en *Lajoie de Vivre*, de Zola.

—¿Supongo que habrá usted oído hablar de esta obra, señor profesor? —añadió.

Basura contestó secamente, penetrado de rencor vengativo contra Lohmann:

—¡No! ¡Nunca!

Llegaron a la puerta de la ciudad. Basura hubiera debido tomar allí el camino de su casa. Pero siguió adelante, a través de las obscuras praderas, llamando a su lado a Kieselack.

—Vaya usted con su amigo Von Ertzum —dijo a Lohmann. Ahora le preocupaba más Kieselack. Las circunstancias familiares de aquel alumno le permitían quizás disponer con toda libertad de sus noches, pues su padre, empleado del puerto, prestaba servicio nocturno. Kieselack quedaba así bajo la sola guarda de su abuela, y Basura sospechaba que la vigilancia de la anciana no había de estorbar gran cosa la libertad de movimientos del muchacho.

Kieselack adivinó los pensamientos de Basura y aseguró que su abuela le golpeaba sin compasión cuando regresaba tarde a casa.

Delante, bajo la mirada suspicaz de Basura, Von Ertzum apretó convulsivamente los puños y dijo a Lohmann en voz baja:

—No le recomiendo que abuse. ¡Todo tiene su término!

—Esperemos que por ahora no —replicó Lohmann—. La cosa va resultando cada vez más interesante.

—Escucha, Lohmann... Esto está bastante solitario y hasta el hotel de la viuda de Bloss no encontraremos el primer farol y el primer policía. ¿Y si me volviera de repente y lo matase?... Supongo que

ustedes no me lo impedirían... ¡Pensar que esa mujer puede caer en manos de semejante miserable!... ¡Sacrificarle su pureza!... No; no es posible..., hay que hacer algo...

La exaltación de Von Ertzum creció tumultuosa. No se avergonzaba ya de sus amenazas, pues aquella noche se sentía capaz de realizarlas.

Lohmann vaciló:

—No se puede negar que sería algo grande —observó por fin, con voz cansada—. Uno de nosotros habría osado por fin un gesto, habría abierto una puerta en vez de permanecer detrás de ella, temeroso de ser sorprendido, si alguien la abría desde el otro lado.

Calló y aguardó anhelante que el otro le hablase de su amor a Dora Breetpoot. En su imaginación manejaba ya la escopeta preparada para aquel caso... Pero su velada confesión se perdió en la noche.

—Además, no serías capaz —prosiguió con un cierto dejo despreciativo.

Von Ertzum inició un rápido movimiento hacia atrás. A la luz del farol contiguo al hotel de la viuda de Bloss, cercano ya, Lohmann vio relampaguear en los ojos de su amigo un destello de salvaje locura y le agarró fuertemente del brazo:

—¡Cuidado, Ertzum! ¡Nada de tonterías! —Luego le recomendó, reflexivo—: No vale la pena, créeme. Míralo bien. No es un hombre que merezca un asesinato. Lo más que merece es que se encoja uno de hombros y le abandone a su inmundada miseria espiritual. ¿Te gustaría ver tu retrato en los periódicos al lado del suyo? ¡Qué vergüenza!

Von Ertzum fue recobrándose de a poco. Lohmann le despreciaba un poco, sintiéndolo de nuevo inofensivo.

—Por otro lado —observó—, has podido hacer antes algo menos insensato y no te has decidido. ¿Has pedido dinero a Breetpoot?

—No.

—¿Lo ves? Querías presentarte a tú tutor, confesarle tu amor a Rosa Fröhlich y comunicarle tu resolución de escapar con ella. Decirle que eras ya un hombre y que preferías servir dos años en filas a dejar que la mujer a la que amabas se perdiera, entregándose a un hombre indigno. Querías liberarte por ella. ¡Eso querías!

Von Ertzum murmuró:

—¡Para lo que me hubiera servido!...

—¿Cómo?

—En primer lugar, no me habría dado dinero, y en segundo, me hubiera atado más corto. En este momento ni siquiera podría ver a Rosa.

También Lohmann suponía probable aquella conducta del tutor.

—Yo puedo prestarte trescientos marcos —insinuó—. Por lo tanto, si quieres escaparte con ella...

Von Ertzum respondió entre dientes:

—Gracias.

—¿Entonces, es que no quieres?

Lohmann rió con risa perversa.

—Tienes razón. Antes de hacer condesa a una mujer hay que pensarlo mucho. Y de otro modo no querrá...

—Yo tampoco lo pretendía —dijo Von Ertzum—. Pero Rosa no quiere de ninguna manera... Verdad es que tú no sabes todavía lo que me ha ocurrido... Nadie sabe aún que desde el domingo soy un hombre desesperado. Francamente, es ridículo que ustedes me sigan tratando como si fuese el mismo de antes... Y que también yo siga conduciéndome igual.

Callaron. Lohmann había oído a su amigo con cierto enojo. Se sentía disminuido, herido en su amor a Dora Breetpoot al comprobar que también Von Ertzum se elevaba hasta la tragedia por obra y gracia de aquella ridícula cupletista. Von Ertzum y Rosa Fröhlich se habían introducido indebidamente en sus dominios.

—Bueno, sigue —dijo, arrugando el ceño.

—El domingo, en la excursión que hicimos con Rosa al túmulo de la montaña, me sentía dichoso de poder pasar una tarde entera con ella y lejos de Basura. Y me las prometía muy felices.

—Exacto. Al comienzo estabas de excelente humor y barbarizaste a tu gusto, destrozando el inocente sepulcro prehistórico. No dejaste piedra sobre piedra.

—Sí. Entonces todavía era otro hombre. Me sentía lleno de fuerza, y la empleé en diseminar las grandes piedras del sepulcro... Después de almorzar, Rosa y yo nos quedamos solos en el bosque. Kieselack y tú os

fuisteis a echar la siesta cada uno por vuestro lado, debajo de un árbol. Por un instante, sentí miedo y creí que tampoco esta vez me atrevería a hablarle. Pero pensé que siempre había estado amable conmigo y que quizás aguardaba tan sólo que yo me declarase. Me había echado todo mi dinero al bolsillo y estaba seguro de que ya no volveríamos a la ciudad, yéndonos directamente desde el bosque a la estación.

Enmudeció. Lohmann tuvo que incitarle a continuar.

—¿Es que no te quiere lo suficiente?

—Me dijo que todavía no me conocía suficientemente. Un pretexto cualquiera, ¿no?... Dijo además que nos detendrían en seguida y que la meterían en la cárcel por corrupción de menores.

Lohmann luchaba por aguantar la risa.

—Cuando se reflexiona tan fríamente —manifestó, por fin, dominándose con trabajo— es que no se ama. Por lo menos, su amor no está a la altura del tuyo. Reflexiona tú también y piensa si después de vuestra conversación en el bosque merece todavía que le sacrifiques todo tu futuro.

—A mi juicio, sí —afirmó Von Ertzum gravemente.

—Entonces, no tienes remedio —concluyó Lohmann.

Habían llegado al hotelito del pastor Thelander. Von Ertzum trepó hasta el balcón. Basura, entre Kieselack y Lohmann, le miró subir y, cuando los cristales se cerraron tras de él, dio media vuelta y se echó a andar con aire preocupado. Se decía que Von Ertzum podía volver a salir por el mismo camino en cuanto se le antojara... Pero Von Ertzum no le inspiraba gran temor: despreciaba su candidez.

Acompañó a los otros dos muchachos hasta la ciudad y dejó a Kieselack bajo la guarda de su abuela.

Luego condujo a Lohmann hasta la puerta de su casa, comprobó que cerraba por dentro, vio encenderse arriba una luz, esperó inquieto hasta que se apagó y todavía permaneció un buen rato ante la casa. Lohmann no volvió a dar signos de vida.

Y Basura pudo irse, por fin, tranquilamente a la cama.

IX

Basura espantaba severamente a los espectadores que trataban de penetrar en el camarín. Los marineros de los buques sitios en el puerto suponían que era el empresario de la compañía o el padre de alguna de las artistas. Los que le conocían, torcían el gesto, sin saber qué pensar.

Las primeras noches, su intervención había atraído sobre él las burlas de los espectadores. Pero Basura no se había dignado recogerlas. Se daba cuenta perfecta de la importancia que había adquirido ya en *El Ángel Azul*. Los clientes no tardaron tampoco en advertirla, y se sintieron humillados. Pagaban su dinero por ver a la cupletista y sólo se les consentía verla de lejos, cuando subía al escenario. En cambio, Basura estaba constantemente junto a ella. Contra su voluntad, acabaron por considerarle con cierto respeto, y sus esfuerzos para encontrarlo ridículo resultaron cada día más vanos. En venganza, murmuraban de él detrás de los mostradores de los almacenes, en los escritorios de los consignatarios del puerto y en todos los demás sitios de trabajo de aquel público de marineros y empleadillos de poco sueldo. Desde estos lugares llegaron a la ciudad los primeros rumores sobre la singular conducta de Basura. La ciudad comenzó por negarlos. Ya otra vez los alumnos del viejo Basura habían propalado que estaba en al cárcel por haber dejado morir de hambre a su criada encerrada en un desván. Debía de tratarse, pues, de un nuevo rumor sin fundamento.

Un joven profesor auxiliar del Instituto acudió una noche a *El Ángel Azul* bajo la protección del decano, un viejo medio sordo, y comprobó por sus

propios ojos la verdad. A la mañana siguiente, en la sala de profesores, el decano dirigió a Basura un grave discurso acerca de la dignidad de la función docente. El joven profesor auxiliar sonreía con escepticismo. Los demás profesores presentes se hicieron los distraídos o se encogieron de hombros. Basura se asustó ante aquel inesperado ataque a su poder. Sus mandíbulas temblaron convulsivamente antes de permitirle articular, tartamudeando:

—No tiene usted por qué entrometerse en mi vida particular. Téngalo presente. —Y luego: Mi dignidad..., atención ahora..., es cosa que no interesa a nadie más que a mí.

Sorbió aire ruidosamente y salió estremecido. Ya en la calle, estuvo a punto de regresar. Durante muchos días se reprochó amargamente haber dado por terminada la cuestión con aquellas pocas palabras. Hubiera debido hacer constar que Rosa Fröhlich, la soberana artista, era mucho más digna que todos los profesores auxiliares, más bella que el decano sordo y más inteligente que el mismo director del Instituto. Era una criatura única y su puesto estaba al lado de Basura, muy por encima de la humanidad toda, que cometía idéntico sacrilegio, poniendo en tela de juicio a cualquiera de los dos.

Pero la trayectoria mental que le había llevado a tales conclusiones era demasiado profunda y oscura para que Basura pudiera hacerla seguir a los demás. Hondamente arraigadas en lo más íntimo de su ser, le estremecían con sus vibraciones subterráneas. A veces, en el solitario silencio de su cuarto de trabajo, Basura rechinaba los dientes y apretaba los puños, dominado por la conmoción de aquellos procesos semiinconscientes. Y un domingo, día de elecciones, acompañó a Kiepert al cuartel general del Partido Socialdemócrata, poniendo así en práctica una reciente decisión. Había que destruir el poder abusivo de la clase privilegiada, a la que Lohmann pertenecía. Hasta entonces había acogido todas las manifestaciones política del gimnasta con una burlona sonrisa de superioridad. La sonrisa del déspota ilustrado que apoya a la Iglesia y al Ejército y mantiene la ignorancia y el estancamiento moral evitando cuidadosamente hacer públicas las razones de su conducta. Pero de pronto había decidido tirarlo todo por la ventana, hacer causa común con el populacho contra los poderes establecidos, franquearle las puertas del palacio y ahogar en una general anarquía la resistencia de unos cuantos. El vaho popular que enturbiaba la atmósfera del colegio electoral intensificó la exaltación de Basura, prendiendo en él la llama de la pasión destructora; fraternizó con el pueblo y se despellejó los nudillos a puros golpes contra las mesas, repitiendo a diestro y siniestro:

—¡Adelante, pues! ¡No estoy dispuesto a tolerar por más tiempo este indigno estado de cosas!...

Fue una verdadera borrachera. Cuando, al día siguiente recuperó la serenidad, temió haberse excedido. Además, supo que durante las horas que él había dedicado a la política, Rosa Fröhlich había salido de excursión, fuera de la ciudad. Basura, espantado, pensó de inmediato en Lohmann.

Lohmann faltó unos cuantos días a clases. ¿Qué hacía durante aquellas horas? Seguramente aprovechaba todos los momentos en que Basura le dejaba el campo libre para acudir al lado de la cupletista. Quizás en aquel mismo instante estaba con ella en su habitación. Basura tuvo que contenerse para no abandonar la clase y correr al cuarto de la artista.

Aquellos días fueron malos para él. Atormentado por sus fantasías, atropellaba en clases a los alumnos, y por las noches, en el vestuario, acusaba a la mujerona de ejercer sobre Rosa una influencia nefasta. La mujerona acogió sus reproches con risas y evasivas. Rosa protestó, al fin:

—¿Qué supone usted? ¿Que me he ido por ahí de excursión con esos muchachos? Bueno, ¿y qué? ¡No me iban a comer!

Basura se quedó mirándola espantado. Luego, en su afán de saberla irresponsable, de no descubrir nada que manchase su inocencia, se revolvió contra la mujer de Kiepert:

—Explíqueme. ¿Qué ha hecho usted de Rosa Fröhlich, cuya guarda le está encomendada?

La mujerona contestó sin perder la calma:

—Cada vez está usted más divertido. —Abrió la puerta, y antes de salir, añadió—: Y menos mal; porque esto es lo único que se saca de usted.

Basura enrojeció. Rosa se echó a reír.

—Es inútil, no cae en nada —dijo, aunque ya estaba sola con Basura. Y no se habló más del tema.

Pero, en adelante, cada vez que la pareja corpulenta aparecía en el vestuario, Basura ardía en agresividad. Ya hacía tiempo que venía tratándoles con distancia. Cuando más importancia iba adquiriendo en su conciencia Rosa Fröhlich, y más en serio iba él adjudicándose su papel de protector, oponiéndose con ella a la humanidad entera, menos sitio iba quedando en el camarín para los trajes de la mujerona y las mallas de su marido. Basura les reprochaba sus éxitos y su ruidoso buen humor. Cuando regresaban de sus ejercicios acrobáticos, expulsaba del vestuario a Kiepert, alegando que andaba demasiado, lo cual no era correcto en presencia de una dama como Rosa Fröhlich. Kiepert se marchaba, sin enojarse, limitándose a preguntar desde cuándo se había vuelto Rosa tan delicada.

Su mujer se incomodó un poco, pero tomando la cosa a broma, se echó a reír y empujó a Basura con el brazo. Basura se sacudió la manga. Aquel ademán la ofendió ya gravemente.

Rosa Fröhlich presenció la escena sonriendo. No podía por menos de sentirse halagada. Además, el éxito que sus compañeros obtenían todas las noches con su canción marinera había acabado por enojarla. Basura no cesaba de afirmar que allí no había más artista que ella. Con desmañada intriga, excitó sus celos artísticos y la ligó más estrechamente a su persona, acostumbrándola a despreciar a todo el mundo y a no contar con más apoyo que él. Exigía de ella un profundo desprecio hacia el público, cuyo aplauso premiaba su trabajo, y hacia cada uno de los espectadores en particular. Una de las cosas por las que Basura llegó a odiar a la mujer de Kiepert fue por traer al vestuario noticias de la impresión que Rosa Fröhlich había dejado en el público.

—¿Cómo es posible —exclamaba— que ese individuo se haya atrevido a pedir ser presentado a Rosa? Un hombre que a los diecinueve años no *había*, aún logrado aprobar el bachillerato, teniendo así que permanecer en filas tres años.

Rosa Fröhlich ocultaba bajo una sonrisa su confusión ante el hecho de que aquel espectador tan poco inteligente no le fuera desagradable. Y eso que lo procuraba con todos sus medios. Siempre le había gustado aprender, y agradecía que un hombre del nivel intelectual de Basura la honrase con sus lecciones. Era la primera vez que le ocurría. La mujerona, que se atrevió a intervenir cerca de Rosa en favor de aquel espectador, tuvo que aguantar un estallido tan violento como inesperado.

Otras veces mostraba a Basura los ramos de flores con que la obsequiaban.

—Estas rosas rojas me las ha enviado ese individuo bajito y gordo que se sienta todas las noches al lado del piano.

—Es el dueño de la tabaquería de la plaza —explicó la mujer de Kiepert—. Un hombre muy fino. Mi marido compra siempre allí sus cigarros. Debe de hacer mucho negocio.

—¿Qué dice a eso, Basura? —preguntó Rosa.

Basura dijo que aquel hombre había sido uno de sus peores alumnos y que, como comerciante, tampoco debía de valer gran cosa, pues en todas las cuentas que le mandaba se equivocaba al escribir su nombre, empezándolo siempre con una B, en vez de una R. La mujerona objetó que aquel error no demostraba nada, y Basura se vio obligado a mentir, afirmando que el tabaquero tenía fama de ser poco afortunado en los negocios. Rosa, que le vio echando chispas, permaneció en silencio, hundiendo la cara entre las flores.

—A todos les encuentra usted algún defecto —observó la mujer de Kiepert—. ¿Qué se propone con ello? ¿Quiere explicárnoslo ya de una vez? —Y como Basura permaneciese en silencio, agregó—: Es usted como el perro del hortelano.

—Es inútil. No cae jamás en nada —exclamó Rosa Fröhlich, dándole una palmada en un muslo. Basura enrojeció.

—Entonces, lo que debe hacer es dejarte obrar libremente por tu cuenta —recomendó la mujerona—. Dejar que te contentes con gente menos sabia, pero que, por lo menos, cae en las cosas más sencillas. Ya me entiendes, Rosa; tengo mis razones para aconsejarte así, y, además, no puedes exigirme que espere más tiempo.

Dicho esto se marchó con su Kiepert a cantar la canción marinera. Rosa se lamentó indignada:

—¡Dios mío! ¡Qué lengua tiene esa mujer! Levanta ronchas. —Se retorció las manos—. Y el caso es que ese individuo me repugna.

Se plantó indignada delante de Basura y le gritó desesperadamente:

—¿Y usted, en qué piensa? ¿No siente lástima por mí?

Basura sintió de repente el peso de una deuda que había ido acumulándose insensiblemente sobre él, día por día, y de la que ya no podía liberarse.

Mientras duró la canción marinera, Rosa caminó de un lado para otro, sollozando:

—Se acabó... Ya dije que un día acabarían por estropearles esa estúpida canción.

Y apenas concluyó la pareja de cantar las glorias de la Marina alemana, salió tempestuosamente, y con su voz más aguda, lanzó en medio de la sala, estremecida aún de emoción patriótica, el siguiente exabrupto:

*Mi mando es un valiente capitán
de la flota alemana
y cuando vuelve a casa entre dos luces
me zurra la badana.*

La primera impresión fue de asombro. Luego, surgieron protestas indignadas. Por último, venció el placer del contraste, y Rosa, triunfante en su atrevida empresa, volvió al vestuario resplandeciente de alegría.

La mujerona se indignó seriamente esta vez.

—¿De manera que nosotros nos esforzamos en despertar sentimientos elevados y patrióticos, para que luego vengas tú pisoteando las cosas más sagradas? No lo esperaba de ti.

Basura se alió con Rosa para defender su actuación. Afirmó que en cuestión de arte todo estaba permitido. Arte era todo lo que hacían los grandes artistas y el talento de Rosa Fröhlich estaba por encima de todo.

En esto, entró Kiepert en el camarín trayendo consigo a un individuo rechoncho, de cara arrebolada, adornada por una barba rojiza cortada al uso marinero.

—Aquí tiene usted un capitán dispuesto a servirla, señorita —dijo, arqueando mucho las cejas—. ¿Me permite que la convide a tomar una copa?

Basura intervino.

—La señorita Rosa Fröhlich no acepta invitaciones de nadie. Viene usted equivocado. Además, debo advertirle que este ca..., que este vestuario es un lugar de carácter privado, en el que no se permite la entrada a los espectadores.

—No sé qué quiere decir usted con eso, señor mío —exclamó el capitán, arqueando todavía más las cejas.

—Sencillamente, que no tiene por qué permanecer aquí ni un momento más —explicó Basura.

El matrimonio Kiepert encontró que aquello era ya demasiado.

—Señor profesor —dijo el artista con aire ofendido—. Creo tener derecho a traer a mi cuarto a un amigo mío.

Su mujer explotó:

—No aguanto más. Se pasa toda la noche aquí, sin dar a ganar a nadie un céntimo, y encima se permite echar a la gente. Rosa, acepta la invitación del capitán.

Basura, pálido, temblaba.

—La señorita Rosa Fröhlich —gritó con voz cavernosa— no es una mujerzuela que acepte sin más ni más la invitación de un cualquiera.

Rosa, subyugada por la mirada centelleante de Basura, sollozó:

—Vayase usted; no me es posible complacerle.

Basura, exultante, se adelantó de un salto:

—¿Lo ha oído? La señorita Rosa Fröhlich le rechaza y le ordena que salga. Obedezca.

Tomó por un brazo al capitán y lo empujó hacia la puerta. La sorpresa ante aquel ataque, del que hubiera podido librarse sin el menor esfuerzo, no le dejó intentarlo hasta encontrarse ya fuera del vestuario, y la puerta se cerró de golpe detrás de él.

El artista pegó un puñetazo en la mesa:

—¿Está usted loco?

—Cállese.

Basura se fue a él, descompuesto. Kiepert sintió temor.

—Cállese y sepa de una vez para siempre que Rosa Fröhlich se encuentra bajo mi protección, y que no estoy dispuesto a consentir que se la ofenda. Téngalo usted bien en cuenta.

Kiepert, dominado, salió murmurando entre dientes. Rosa miró a Basura y se echó a reír con fuerza. Pero su risa fue apagándose poco a poco, hasta tomar un tono tiernamente burlón, como si después de reflexionar sobre sí misma y sobre Basura, se preguntase cómo era posible que, sin dejar de encontrarle ridículo, se sintiera, al mismo tiempo, orgullosa de él.

La mujerona dominó su enojo y posó una mano en el hombro de Basura.

—Óigame un momento —le dijo.

Basura se enjugó la frente, ya por completo recobrado. El pánico del tirano que afronta un ataque con una insensata explosión de cólera, había agotado sus energías.

—Óigame bien. Por esa puerta acaba de salir Kiepert; Rosa está ahí; usted y yo, aquí...

Con voz persuasiva iba situando ante sus ojos la realidad.

—Y hace un instante estaba también aquí el capitán, al que usted ha expulsado violentamente. Acaba de llegar de Finlandia y ha hecho un negocio estupendo, pues ha naufragado y su barco estaba asegurado en mucho más de su valor... Usted no tiene barcos que asegurar; en cambio, hace usted negocio con su inteligencia; pero para nosotros, como si no lo hiciera, ¿me comprende?... Ahí tiene usted a Rosa. El capitán tiene dinero; es un hombre correcto y no le disgusta.

Basura, lleno de confusión, miró fijamente a la cupletista.

—Eso no es verdad —protestó ella.

—Tú misma lo has dicho.

—No es verdad.

—Y no es ésa la única proposición que tiene. Uno de los alumnos del señor profesor, el del mechón negro sobre su frente, le ha hecho proposiciones muy serias.

Basura se estremeció. Rosa intentó calmarlo.

—No; ése no. El que se quiere casar conmigo es el otro, el de pelo rojo, ese que tiene cara de luna borracha. Es todo un señor conde, pero ¿qué me importa a mí eso, si no me gusta?...

Miró a Basura, sonriéndole con expresión infantil.

—Bueno. Me habré equivocado —dijo la mujer— Pero lo que no me negarás es que me debes doscientos setenta marcos. Jamás lo hubiera dicho delante de usted, señor profesor, pero me hacen falta, y la caridad bien entendida empieza por uno mismo. Sentiría que se disgustase usted conmigo, pero he de decirle también que, si ha de pasarse usted aquí las noches sin permitir que venga nadie a visitar a Rosa, tendrá usted que recompensarla de algún modo. No me refiero ya al dinero. Eso es lo de menos. Pero una muchacha joven como ella necesita también un poco de cariño. Y, hasta ahora, ni siquiera eso le ha ofrecido usted. ¿Qué hace, entonces, aquí?. Acaba una por no saber si enojarse con usted o echarse a reír.

Rosa exclamó:

—No sé a qué viene todo eso, cuando yo, que soy la más interesada, no he dicho una palabra.

La mujerona no se dignó contestar, y salió con la cabeza alta, segura de haber intervenido razonablemente en pro de la moral y la corrección.

Rosa Fröhlich se encogió de hombros.

—La pobre es muy ordinaria, pero tiene buena intención. No le haga caso. Me dolería que creyera usted que estoy de acuerdo con ella para violentarlo en lo más mínimo.

Basura levantó la vista. No; nunca había sospechado semejante cosa.

—Además, ya sé que usted no iba a quererme...

Le sonrió con tímida burla cariñosa.

—¿Verdad que no?

Basura no advirtió que aquellas palabras le tendían un puente. Únicamente se sentía envuelto por una atmósfera más densa y cálida que nunca.

Sin saber qué decir, alargó sus manos temblorosas a la cupletista. Ella le entregó las suyas. Sus deditos, un poco grasientos de los afeites, oprimieron blandamente las huesudas falanges de Basura, ante cuyos ojos giró, como una rueda de colores, el rostro pintado de la artista. A duras penas, logró tartamudear:

—No quiero que deba usted dinero a esa mujer. Estoy decidido...

No pudo terminar. Pensó, de pronto, si Lohmann no se le habría adelantado en aquella decisión; Lohmann, que había faltado a clases aquellos días y se ocultaba quizás en el cuarto de Rosa.

—En adelante, me permitirá usted que sea yo quien pague el arriendo de su habitación.

—Eso es lo de menos —respondió ella, en voz baja—. Lo principal es que usted... Además, me cuesta muy poco... —Y haciendo una pausa, añadió lentamente—: Vivo aquí mismo... En el piso de arriba... Una habitación muy bonita... ¿Quiere usted verla?

Entornaba los párpados y sonreía entre confundida y satisfecha, como era de rigor al recibir la declaración amorosa de un hombre serio. Pero, en el fondo, se asombraba de no sentir ganas de reír y, en cambio, sí una cierta emoción indefinida.

Lo envolvió en una mirada obscuramente profunda, y concluyó:

—Vaya usted delante. Esa gentuza del salón no tiene por qué enterarse.

Kieselack abrió desde fuera la puerta de la sala, se llevó una mano a la boca y silbó sordamente. Von Ertzum y Lohmann salieron en el acto.

—¡Corran! —exclamó Kieselack, caminando hacia atrás por el pasillo, hasta el principio de la escalera, e incitándoles a seguirle de prisa con fogoso ademán— ¡Ya cayó!

—¿Qué pasa? —preguntó Lohmann, aunque ya se lo figuraba.

—Están arriba —susurró Kieselack. Se sacó las botas y subió de puntillas la escalera crujiente. Junto al primer descansillo estaba la puerta de la habitación de Rosa. Kieselack la conocía. Se agachó a mirar por el ojo de la cerradura. Al cabo de un momento les hizo señas, de acercarse, sin abandonar su puesto de observación.

Lohmann se encogió de hombros y aguardó al pie de la escalera, al lado de Von Ertzum, que miraba hacia arriba con la boca abierta.

—¡Animo, Ertzum! —le dijo, compasivo.

—No comprendo lo que pasa —exclamó éste—. Supongo que será una broma de Kieselack.

—Naturalmente —confirmó Lohmann, piadoso. Kieselack multiplicaba sus señas.

—No puede ser —observó Von Ertzum—. Esa mujer sabe que soy capaz de matarlo.

—¿Otra vez?... Además, eso no significa nada. Más excitante para ella.

Von Ertzum no entendía. Su concepto del amor había sido determinado de una vez para siempre por la vaquera que tres años antes le había derribado al pie de un pajar, después de su victoria sobre el mozo que la perseguía... Ahora, su rival no era más que un viejo enteco y débil. Rosa no podía creer que Von Ertzum le temiese.

—Supongo que Rosa no creerá que le tengo miedo —preguntó a Lohmann.

—¿Y no se lo tienes realmente? —dudó éste.

—Ahora vas a verlo.

Y Von Ertzum subió en un par de saltos los doce escalones. Pero Kieselack, que había dejado de mirar a través de la cerradura, y ejecutaba, en calcetines, una danza triunfal, le detuvo.

—¡Quieto! —murmuró. Sus ojos brillaban en su cara descolorida. Von Ertzum, rojo de ira, jadeaba. Sus miradas se cruzaron como dos aceros en lucha. Von Ertzum demandaba con la suya que aquello no fuese verdad. Kieselack respondió con un guiño de burla. Y, de repente, Von Ertzum se puso tan pálido como el otro, dobló el busto hacia adelante como si hubiera recibido un golpe en el estómago y gimió de dolor. Apoyándose en la pared, descendió la escalera. Lohmann lo acogió con los brazos cruzados y una mueca de amargura en los labios. Von Ertzum se dejó caer como un saco en el último escalón, y hundió la cara entre las manos. Después de unos momentos de silencio, dijo, sin alzar la *cabeza*:

—¿Lo entiendes tú, Lohmann? Una mujer que yo ponía tan alto. ¿No será todo esto una broma pesada de Kieselack?... ¡Una mujer con tanta alma!

—El alma no tiene nada que ver con lo que ahora está haciendo. Obra de perfecto acuerdo con su naturaleza femenina, y nada más.

Lohmann sonrió con crueldad. Con aquella frase hundía a Dora Breetpoot en el fango, junto a la otra. ¡A Dora Breetpoot, la mejor de las mujeres! ¡Qué dolorosa voluptuosidad!

—Aguarda. Kieselack ha vuelto a mirar por el ojo de la cerradura...

Von Ertzum continuaba con la cabeza hundida entre las manos. Lohmann iba poniéndole al corriente de lo que sucedía.

—Ahora vuelve a hacernos señas... ¡Maldito Basura! Ven, Ertzum; mejor será que nos vayamos.

Levantó a su amigo del suelo y le condujo hacia el *zaguán*. Pero Von Ertzum no quiso pasar de allí, y se apoyó en la pared de aquella casa de sus decepciones. Lohmann intentó convencerle en vano. Lo amenazaba ya con dejarlo solo, cuando llegó Kieselack:

—Son ustedes unos idiotas. ¿Por qué no entran en la sala? Basura ha vuelto ya al camarín con su novia. Yo he dicho a todo el mundo de dónde venían, y los han recibido con una ovación. Vengan, una cosa así no se encuentra todos los días. Están sentados en el vestuario haciéndose cariñitos. Es para morir de risa. Entren, vamos a darles la enhorabuena.

—¿Estás loco? —protestó Lohmann.

Sin embargo Kieselack mantuvo seriamente su proposición.

—¿O es que le tienen miedo? —preguntó, indignado—. Basura ha ido ya demasiado lejos para que pueda intentar nada contra nosotros. Ahora lo haremos reventar de rabia.

—No me divierte nada —repuso Lohmann—. Ese tipo no merece que nos ocupemos más de él.

Kieselack insistió con ardor:

—Vamos; no sean cobardes.

Von Ertzum decidió de repente:

—Vamos, sí. ¡Adelante!

Una violenta curiosidad se había apoderado de él. Quería verse frente a frente con aquella mujer, que de tan alto había caído. Quería mirarla ahora de arriba abajo, al lado de su despreciable seductor, y ver si ella resistía su mirada.

Lohmann declaró:

—Me parece de muy mal gusto lo que van a hacer.

Pero entró con ellos.

Un rumor de vasos entrecuchados los recibió en el vestuario. El patrón descorchaba la segunda botella de champaña. El matrimonio Kiepert se inclinaba radiante hacia Basura y Rosa Fröhlich, que presidían la escena fundidos en un solo ser, detrás de la mesa.

Los tres alumnos rodearon la mesa y, plantándose delante de la pareja, les desearon buenas noches. Sólo Kiepert y su mujer les respondieron y estrecharon sus manos. Luego, Von Ertzum repitió el saludo con voz ronca. Rosa Fröhlich le miró sorprendida, y sin turbarse lo más mínimo exclamó con una vocecita gorjeante, que sonó totalmente nueva en los oídos del muchacho:

—¿Ya están ustedes aquí? Mira, queridín; ahí tienes a tus alumnos. Siéntense y beban con nosotros.

Dio así por terminado el incidente, y desvió su mirada de Von Ertzum con tal displicencia, que el pobre muchacho tuvo que apoyarse en la mesa para no caer.

Basura alzó una mano benévola.

—Está bien; siéntense ustedes y beban una copa de champaña. Hoy les invito yo.

Diciendo esto, miró de reojo a Lohmann, que se había instalado ya, sacando un cigarrillo...

Lohmann, el peor de todos, el alumno rebelde cuya elegancia constituía una humillación para la autoridad pobremente retribuida; Lohmann, que llevaba su desfachatez hasta no designar nunca a Basura por su apodo; Lohmann, que no era un alumno sumiso y gris, que poseía una clara inteligencia y negaba el poder del tirano con su actitud indiferente y su gesto de curiosidad compasiva ante sus accesos de cólera; Lohmann, que había querido agregar al capítulo de sus disipaciones la conquista de Rosa Fröhlich. Pero en aquella empresa se había estrellado contra la férrea voluntad de Basura. No había de conseguir sentarse en el camarín al lado de Rosa. Basura lo había jurado. Había jurado que Lohmann no lograría hacerla suya y Lohmann no lo había conseguido. Pero aún había algo más. Basura no sólo había conseguido impedir que Lohmann ocupase aquel puesto al lado de Rosa, sino que ahora era él mismo quien lo ocupaba...

Este resultado sobrepasaba la primera intención de Basura. Al comprobarlo así, sintió una sorda alegría. Había conquistado a Rosa Fröhlich, sustrayéndola a Lohmann y a sus dos compañeros, a la ciudad entera y a los cincuenta mil estudiantes rebeldes que en ella le desafiaban, y reinaba despóticamente en el vestuario.

Parecía rejuvenecido. Con la corbata de través, varios botones desabrochados y el peinado revuelto, mostraba un aspecto inusual de hombre extraviado lejos del camino recto, vencedor en lamentables victorias, triste juguete de una pasión inconfesable.

Rosa Fröhlich, acurrucada contra él, mostraba, a su vez, un algo fatigado y cálido, tiernamente infantil. Su vista constituía una ofensa para los que la contemplaban, revelándoles el definitivo triunfo de Basura.

Así lo sintieron los tres, e incluso el mismo Kieselack perdió toda la animación y empezó a roerse las uñas. Kiepert, que no acertaba a explicarse tan claramente aquella sensación de disgusto que la escena le producía, se aturdió brindando ruidosamente por cada uno de los circunstantes. En cambio, su mujer se mostraba encantada del curso de los acontecimientos y de aquella fiesta de reconciliación general.

—Fíjese usted cómo celebran sus alumnos su felicidad, señor profesor. Al fin y al cabo, usted es su maestro y su guía, y le tienen afecto.

—Sí —concedió Basura— No parecen haber perdido por completo el sentido de la bondad y la belleza. —Sonrió burlón, y continuó—: ¿Qué, Kieselack, otra vez por aquí? No dejo de extrañar que la vigilancia de su abuela le permita estar a estas horas fuera de casa... Han de saber ustedes que la abuela de este alumno no se priva de corregirle con una buena paliza cuando le sorprende en falta.

Basura se proponía herir a Kieselack en su dignidad viril, delante de Rosa Fröhlich. Pero Kieselack, que sabía muy bien que no había sido precisamente su dignidad viril lo que le había valido aprobar el curso con la cupletista, se frotó el trasero y dijo con acento lloroso, torciendo mucho los ojos:

—Mi abuela me pega cuando pierdo los cuadernos del Instituto. Con toda seguridad se me ha caído uno aquí debajo.

Deslizándose de repente debajo de la mesa, agarró las piernas de la cupletista y aprovechó una ruidosa discusión del matrimonio Kiepert para exigir una cita, amenazándola, si no, con revelárselo todo a Basura.

—¡Sal de ahí, calamidad! —replicó Rosa, rechazándolo con el pie.

Entretanto, Basura interpelaba a Von Ertzum:

—¿Qué hay, Von Ertzum? Por la expresión de su cara veo que sigue usted siendo aquí tan incapaz de hacerse cargo de las cosas como en clase. ¿No es usted..., atención ahora..., quien se ha permitido hacer a Rosa Fröhlich una proposición de matrimonio?... No; no me diga nada. Por la cara de tonto que pone, veo que es verdad. Espero que le aproveche la lección que Rosa se ha dignado darle sobre los límites dentro de los cuales ha de permanecer un alumno del bachillerato. No necesito agregar nada a ella. Levántese usted.

Von Ertzum se levantó, obediente. Pues Rosa reía y su risa lo despojaba de toda energía para rebelarse. Nublaba su conciencia y lo paralizaba.

—Así me gusta —prosiguió Basura—. Y, ahora, vamos a ver si sus visitas a *El Ángel Azul* no perjudican sus estudios. Recite usted los versos señalados para mañana.

Los ojos muy abiertos de Von Ertzum vagaron a través del cuarto. Gruesas gotas de sudor pelaban su frente. Sintióse de nuevo bajo el yugo, inclinó la cabeza y recitó:

¿No he de cantar a Dios?

¿No he de adorarle sobre todas las cosas?

¿No he de suplicarle protección y ayuda para alcanzar su gloria?

Rosa le interrumpió riendo a carcajadas. También la mujer de Kiepert reía bondadosamente, pero Rosa reía con la intención de dañar a Von Ertzum y por cariño a Basura, cuyo brazo apretaba contra su cuerpo; reía para halagarle, para recompensarle por su dominio sobre aquel muchacho robusto que declamaba sus versos con acento sumiso.

Von Ertzum recitó todavía:

El amor que por todos los humanos su corazón encierra...

Pero en este instante se interrumpió encolerizado contra Kiepert. El artista, que había empezado por hacer coro a las risas, le gritaba ahora, golpeándose con estruendo los muslos:

—Pero, hombre de Dios, ¿qué mosca le ha picado? ¿Qué está usted recitando ahí?

Y, simultáneamente, guiñaba el ojo a Basura para darle a entender que saboreaba en toda su significación aquella escena de todo un señor conde recitando versos piadosos en el vestuario de *El Ángel Azul*, y aplaudía aquella ingeniosa burla que Basura había imaginado para encarnecer simultáneamente a la nobleza y la religión. Abrió la puerta y fingió encargarse al pianista que tocara un coral. Por último, lo entonó por sí mismo...

Pero Von Ertzum cesó de recitar.

Hubiera cesado de todos modos, porque no sabía más, pero, aparte de ello, una ira irreprimible contra aquel hombre gordo y ruidoso le apretaba la garganta. Una nube roja cegó sus ojos. Creyó no poder seguir viviendo sin descargar sus puños sobre aquel hombre y hundirle las rodillas en el pecho. Alzó los puños y se abalanzó sobre él.

El atleta no esperaba el ataque, y la risa aflojaba sus músculos. Von Ertzum adquirió, pues, desde un principio, cierta ventaja sobre él. Rodaron a través de la habitación de un lado para otro. En plena lucha, Von Ertzum oyó un grito sofocado de Rosa. Sabiendo así que le miraba, duplicó sus fuerzas. Atenazó los miembros de su adversario más estrechamente entre los suyos y se sintió redimido y feliz ya que podía luchar ante los ojos de Rosa, como tiempo atrás por la posesión de la humilde vaquera.

Mientras tanto, Basura, sin dedicar interés alguno a la lucha, se dirigía a Lohmann:

—¿Y usted, Lohmann? ¿Cómo no ha asistido a clase esta mañana?

—Estaba indispuesto, señor profesor.

—No sería nada grave, cuando la indisposición no le ha privado a usted de venir esta noche a *El Ángel Azul*.

—No tiene nada de raro, señor profesor. Lo que tenía esta mañana era una simple jaqueca, y el médico me prohibió todo esfuerzo intelectual y me aconsejó que procurara distraerme.

—Bueno; está bien.

Basura sorbió aire un par de veces. Por fin, encontró algo:

—Veo que está usted fumando —exclamó—. ¿Le parece correcto en presencia de su profesor?

Y como Lohmann no se moviera, limitándose a contemplarle fijamente con fatigada curiosidad, por entre los párpados entornados, le gritó con rabia:

—¡Tire ese cigarro inmediatamente!

Lohmann no respondió. En esto, Kiepert y Von Ertzum fueron a dar contra la mesa. Basura tuvo que ponerse a salvo con Rosa Fröhlich y unos cuantos vasos y botellas.

Una vez en seguridad, repitió:

—¡Tire ese cigarro en seguida!

—El cigarro —observó Lohmann— pertenece a la situación, y ésta es inusual para ambos, señor profesor.

Basura, asustado ante aquella resistencia, volvió a decir por tercera vez, presa de una violenta conmoción interior:

—Le he dicho que arroje el cigarro.

—Siento mucho no poder complacerle —repuso Lohmann.

—¡Se atreve usted a desobedecerme!... ¡Descarado!...

Lohmann se limitó a levantar una mano con distinguido ademán de repulsa.

Basura, presa del vértigo del tirano amenazado, se alzó de su asiento.

—Tire ese cigarro o le juro que se acordará de mí. Destrozaré todo su porvenir. Le aniquilaré para siempre.

Lohmann se encogió de hombros:

—Siento mucho tener que advertirle, señor profesor, que todo eso no tiene aquí valor ninguno. Parece mentira que no se haga usted cargo de las circunstancias.

Basura jadeaba. Sus ojos eran los de un gato rabioso. En su cuello flaco se destacaban, salientes, los tendones. Sus labios se cubrieron de espuma. La uña amarilla de su índice huesudo apuntaba al enemigo.

Rosa Fröhlich se tomó de Basura, turbada en su apacible digestión de los placeres gustados, y ajena también a la realidad, fulminó a Lohmann con una mirada iracunda.

—¿Qué le ocurre a usted? Tranquilícelo, en lugar de mirarme así —dijo Lohmann.

En aquel momento, Von Ertzum y Kiepert chocaron contra la espalda de la pareja enlazada, y les hicieron dar de narices contra la mesa. En el rincón más lejano, detrás del tocador de Rosa, resonaron las alegres risas de Kieselack, que, sin ser molestado por nadie, se consolaba tranquilamente con la mujer de Kiepert.

Cuando Basura y su amiga recuperaron su posición natural, Rosa gritó a Lohmann:

—¡Para mí, siempre será usted el último!

—Ya me lo dijo usted otra vez, señorita, y me permití responderle que aguardaría con paciencia.

Viéndola así, medio desceñida, descompuesta y ronca, sintió de pronto un violento deseo, de poseerla. De nuevo aquel deseo de humillar su pasión cruel con las lúgubres caricias del vicio.

Pero fue sólo un instante. Basura, inspirado por el pánico, halló una nueva amenaza:

—Si no tira usted en el acto ese cigarro, me verá obligado a llevarle conmigo a casa de sus padres.

Precisamente aquella noche los padres de Lohmann tenían invitados, y, entre ellos, Breetpoot con su mujer.

Lohmann se imaginó su entrada en el salón, conducido por Basura... No podía imponer a Dora Breetpoot aquella escena, y tanto más cuanto que, desde el día anterior, sabía que se hallaba embarazada, por habérselo oído decir a su madre... Aquélla era también la causa de que Lohmann hubiese faltado a clase por la mañana. Con la cabeza entre las manos, torturado por la idea de aquella criatura engendrada en la mujer amada, quizás por Knust, el abogado, acaso por el teniente Von Gierschke, o posiblemente por su marido, el cónsul, Lohmann se pasaba las horas muertas encerrado en su cuarto.

—Venga usted conmigo —exclamó Basura—. Le ordeno que me acompañe.

Lohmann dejó caer el cigarrillo con ademán impaciente. Basura, satisfecho, volvió a sentarse.

—¿Lo ve? Así debe comportarse un alumno que quiere hacerse grato al profesor. En este caso, olvidaré lo ocurrido e incluso lo disculparé, pensando en que no tiene usted sus sentidos cabales. Ya sé que sufre a causa de un amor desgraciado.

Lohmann dejó caer los brazos, se quedó pálido como un muerto y sus ojos ardieron con llama tan tenebrosa, que Rosa Fröhlich le contempló admirada.

—¿Es verdad o no? —interrogó Basura con júbilo venenoso—. Se dedica usted a escribir versos, sin que ello le sirva...

—... para aprobar el curso —terminó Rosa, que conocía aquella muletilla por Kieselack.

Lohmann se dijo: "Este miserable lo sabe todo. Ahora doy media vuelta, voy a casa, subo al desván y apoyo el cañón de la escopeta contra mi pecho. Y abajo, en el salón, Dora canta al piano. Su canción sube hasta mí como una mariposa, y el polvillo dorado de sus alas resplandece ante mis ojos hasta que la muerte los cierra..."

Rosa Fröhlich preguntó:

—¿Recuerda usted todavía los versos que me dedicó?

En su voz temblaba un sollozo. Deseaba a Lohmann. Lo había deseado siempre, y la indiferencia que desde un principio había anulado todas sus tentativas, la había llevado a considerarlo orgullosamente cruel y un poco tonto.

—"Y si te ves alguna vez embarazada"... ¿Qué? ¿Quién está ahora encinta?

También aquello. Rosa lo sabía también. Lohmann, condenado, dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. Con la mano en el picaporte, oyó aún decir a Basura:

—Ha conseguido lo que merecía, Lohmann. Amaba usted a Rosa Fröhlich y ella se ha decidido a rechazarlo, haciendo imposible, por lo tanto, el deseo que expresaba tan torpemente en aquellos desvergonzados versos. No ha conseguido hacer suya a Rosa Fröhlich, Lohmann. Puede retornar a sus penales.

Lohmann se volvió de repente. ¿Aquello era todo?

—Bien dicho —afirmó Rosa—. Es la pura verdad.

Un viejo imbécil se derretía en vanidad senil. Y la criatura que estaba a su lado no era más que una prostituta poco apetitosa. Ambos, inofensivos e ignorantes de todo. Lohmann había vivido por un error, y sin derecho alguno, la tragedia de aquellos instantes. No iba ya camino de la muerte. Se sentía defraudado, burlado, humillado otra vez por la comedia de la vida.

—Ahora le toca a usted, Von Ertzum —ordenó Basura—. Retírese, y en castigo por haberse permitido causar una riña en presencia de su profesor, escribirá usted seis veces la poesía que no ha sabido recitar.

Von Ertzum permaneció inmóvil, atormentado por la idea de que su triunfo sobre el atleta había sido completamente inútil. Allí no había más que un vencedor: Basura. Contempló aterrado el rostro indiferente de Rosa.

—¡Fuera de aquí! —gritó Basura.

Kieselack intentó deslizarse detrás de su compañero.

—¿Dónde va usted sin permiso del profesor? Para mañana se aprenderá de memoria cuarenta versos de Virgilio.

—¿Por qué? —se rebeló Kieselack.

—Porque el profesor se lo ordena.

Kieselack lo miró de reojo, y, sin ganas de complicarse más la vida, se marchó en silencio.

Los otros dos caminaban ya delante. Von Ertzum, obedeciendo a la necesidad de despreciar y condenar a Rosa y a su *galán*, decía:

—Hay que darla por perdida. Por mi parte, me voy acostumbrando ya a la idea. Te aseguro, Lohmann, que no enfermaré de pena... Pero ¿qué me dices de Basura? ¿Has visto alguna vez desvergüenza mayor?

Lohmann sonrió con amargura. Comprendía que Von Ertzum, derrotado, se refugiaba en la moral corriente, eterno refugio de los vencidos. Lohmann la despreciaba, por grande que aquel día hubiera sido también su derrota.

—Ha sido un error —dijo— entrar al vestuario, creyendo que podíamos avergonzarle. Debimos pensar que no lo conseguiríamos. Basura sabe hace mucho tiempo que estamos enterados de su conducta. Ha topado aquí con nosotros más de una vez y nos ha acompañado hasta casa para alejarnos de Rosa. ¿Creía acaso que éramos los únicos que suponíamos un peligro para él?

Von Ertzum, herido, exhaló un lamento.

—¡Sé hombre, Ertzum! ¿No comprendes que sería peor para ti conservar todavía alguna esperanza en este punto?

Von Ertzum afirmó con voz insegura que Rosa le era indiferente y que su conciencia moral se rebelaba tan sólo ante la conducta de Basura.

—A mí no me indigna ya tanto —afirmó Lohmann—. Basura empieza a interesarme como algo excepcional. Piensa en qué circunstancias obra y a cuántos peligros se expone. Ha de tener una poderosa fe en sí mismo, que a mí, en su caso, me faltaría. Es un verdadero anarquista sin saberlo.

Todo aquello era muy sutil para Von Ertzum, que gruñó algo entre dientes.

—¿Cómo? —interrogó Lohmann—. Sí; eso sí; la escena del camarín ha sido repugnante. Pero ha tenido algo repulsivamente grandioso o, si prefieres, grandiosamente repulsivo. Algo grandioso, en fin.

Von Ertzum no pudo contenerse por más tiempo:

—Dime, Lohmann, ¿crees tú que era honesta?

—¿Qué te importa ya? El caso es que ahora está cubierta de basura.

—Yo creí que era honesta. Me parece un sueño. Ríete si quieres, Lohmann, pero me dan ganas de pegarme un tiro.

—Si quieres, me reiré.

—¿Cómo olvidar todo esto? No creo que a nadie le haya pasado nunca nada semejante. La había puesto tan alto, que, pensándolo bien, en realidad, no esperaba alcanzarla jamás. ¿Recuerdas qué excitado estaba cuando me dediqué a destrozando el sepulcro prehistórico? No lo hice por un capricho momentáneo, sino para ocultarme a mí mismo el temor que me inspiraba la proximidad del instante decisivo. Bien sabe Dios que me habría sorprendido que consintiera en escaparse conmigo. ¿Cómo pude creer que tenía demasiada alma para mí?... Y, luego, cuando me rechazó, me desesperé. Pero aquella desesperación no era nada comparada con lo de hoy. ¿No te das cuenta exacta de lo bajo que ha caído?

—Hasta Basura.

—¡Fíjate! No puede ser. No puede habersele entregado, o sería la última de las mujeres.

Lohmann renunció. Para Von Ertzum parecía ser necesario que Rosa Fröhlich siguiera ocupando un trono inaccesible sobre las nubes. Se engañaba afirmándose a sí mismo que jamás había abrigado la esperanza de conseguirla y negando que Basura pudiera haberla alcanzado. Aquel ingenuo engaño dejaba a salvo su amor propio... "Así es el hombre", pensó Lohmann.

—Lo que no puedo explicarme aún es por qué me rechazó —continuó Von Ertzum—. Puse a sus plantas todo lo que un hombre puede ofrecer... Te confieso honestamente que no esperaba que me amase. Pero si me rechazó a mí y rechazó todo lo que yo le ofrecía, ¿cómo ha podido aceptar a Basura? Explícamelo tú, Lohmann. ¡A Basura!

—Las mujeres son incomprensibles —declaró Lohmann, y se perdió en profundas meditaciones.

—No puedo concebirlo. Basura debe de haberle mentado haciéndole promesas que no piensa cumplir. Verás cómo todavía la hace desgraciada.

Y Von Ertzum añadió mentalmente: "Entonces... Quizás..."

En este momento se les unió Kieselack. Hacía ya un rato que iba pisándoles los talones. Con su voz penetrante y desgarrada, chilló:

—No seas idiota. Basura le ha dado diez marcos. Lo he visto por el agujero de la cerradura.

—¡Mientes, cochino! —gritó Von Ertzum. Y se precipitó hacia él.

Pero Kieselack lo había previsto, y estaba ya lejos.

XI

Kieselack había mentido. A Basura no se le había pasado por la mente ofrecer dinero a Rosa Fröhlich. No por delicadeza, ni tampoco por avaricia, sino simplemente porque no se le había ocurrido. Rosa se daba cuenta de ello. Sólo al cabo de muchas alusiones consiguió hacerle recordar que le había prometido arrendarle un cuarto. Pero cuando Basura le habló entonces de alquilar una habitación amueblada, perdió ya la paciencia y exigió que tomara un piso entero y se lo alhajase convenientemente con muebles nuevos. Basura se quedó asombrado. Su espíritu conservador tardaba mucho en adaptarse a todas aquellas transformaciones.

—¿Y cuando el matrimonio Kiepert se vaya, una vez terminado su contrato en *El Ángel Azul*?

—¿Y si yo no quiero irme con ellos? ¿Qué pasará?

Basura calló, asombrado.

—Di, ¿qué ocurrirá?

Bailoteó en torno suyo y concluyó triunfante:

—¿No lo sabes?... Pues me quedaré aquí contigo.

La cara de Basura resplandeció. Aquello no se le hubiera ocurrido jamás.

—Te quedarás conmigo —murmuró repetidamente para acostumbrarse a la idea. Luego añadió—: Eso está bien.

Se sentía feliz, y, sin embargo, días después, todavía necesitó Rosa poner en juego todo su arte para conseguir que le propusiera dejar de comer en *El Ángel Azul*, pagándole sus comidas en un hotel de categoría. Una vez dado este paso, Basura le pidió que le permitiese comer con ella, pero Rosa rehusó, defraudando sus expectativas. En compensación le permitió no sólo ya que pagara sus comidas en el hotel, sino que tomase en él un cuarto para ella, en tanto no tuvieran puesto el piso.

Basura se precipitaba con entusiasmo juvenil sobre toda posibilidad de apartarla de su círculo habitual y encadenarla más estrechamente a su persona. Para apurar el trabajo de los empapeladores y los pintores, les confió que aquel piso estaba destinado a Rosa Fröhlich, artista de universal renombre. Amenazó al mueblista con el descontento de Rosa Fröhlich y recordó a la casa encargada de poner el cuarto de baño y a la lencería el gusto exquisito de la gran artista. La ciudad entera pertenecía a Rosa Fröhlich, y Basura tomaba de ella todo lo que Rosa pudiera necesitar, dejando oír su nombre por todas partes sin preocuparse de las miradas burlonas o malignas con que era acogido. A todas horas iba de un lado para otro cargado de paquetes, y siempre tenía algo importante que consultar con ella. Tan dichosa actividad hizo aparecer en sus mejillas descoloridas vivos rosetones. Dormía bien y vivía horas de feliz ajeteo.

Su única contrariedad era que Rosa se negara a salir en su compañía. Hubiera querido pasear con ella por la ciudad, mostrarle sus dominios, presentarla a sus súbditos y defenderla contra los rebeldes, pues Basura no temía ya a ninguna revolución. Más bien la desafiaba. Una vez tuvo con la mujer de Kiepert una violenta discusión, de la cual resultó que aquélla no había visto aún a Rosa en todo el día. Basura no lo concebía. La mujerona sonrió con gesto significativo. Basura fue en el acto a hablar con Rosa, que se vio obligada a darle largas explicaciones.

El verdadero motivo que la retenía de salir con Basura era que le parecía aún prematuro mostrarse con él. Si la veían a su lado, harían lo posible por prevenirle contra ella. No creía tener aún sobre él influencia suficiente para anular el efecto de todas las cosas que de ella podían contarle. Rosa no se consideraba ciertamente una perdida, pero reconocía que su vida había sido, desde luego, un tanto irregular. Claro es que su pasado no tenía, en último término, importancia, pero siempre era preferible no exponerlo ante los ojos de un hombre cuyas intenciones acerca de ella parecían tan serias. Si los hombres fueran más sensatos, la vida sería mucho más sencilla. No habría más que coger al bueno de Basura por la barbilla y contárselo todo de una vez. Pero como no eran así, había que mentir. Lo peor era que de esta manera podía Basura pensar tontamente que rehusaba salir con él para quedarse sola en casa y divertirse a espaldas suyas. Y eso bien sabía Dios que no era verdad. Estaba ya harta de aquella vida incierta y se encontraba satisfecha de poder gozar de tranquilidad al lado de su viejo Basura, que se encargaba de ella como ningún otro hombre se había ocupado y era realmente todo un caballero.

Pero Rosa se equivocaba. Aquella sospecha no había surgido jamás en el ánimo de Basura y, por otro lado, también hubiera podido desafiar, saliendo con él, las murmuraciones de la gente. Basura era más fuerte

de lo que ella creía. Sin siquiera decirle una palabra, iba venciendo todos los ataques de que era objeto. La mayoría de ellos surgían en el Instituto.

Gracias a Kieselack, todo el Instituto se había enterado ya de la conducta privada de Basura. Varios jóvenes profesores auxiliares, no sabiendo aún qué actitud había de serles más provechosa para su carrera, evitaban encontrarse con él para no tener que saludarle. Richter, aquel joven maestro que pretendía a una muchacha de familia rica e inaccesible, por lo general, a un catedrático de Instituto, seguía saludándole con sonrisa burlona. Pero otros rehuían todo contacto con él. Uno de ellos, en la propia clase de Basura, aludió a la basura moral de cuyas emanaciones debían librarse los alumnos. Fue éste aquel mismo profesor Hübbenett que en otro tiempo había tenido frases de censura para el comportamiento del hijo de su colega.

Cuando Basura entraba ahora en el patio, los alumnos aprovechaban la fingida distracción del vigilante para exclamar a su paso:

—¡Qué asco! ¡Huele a basura moral!

Y Basura atravesaba el patio con la cabeza metida entre los hombros. No podía probarles nada.

Nunca podría ya atrapar a nadie ni imponer a nadie un castigo y, mucho menos, a los tres cabecillas con los cuales convivía sobre la base de una recíproca tolerancia. No podía ya impedir que Lohmann se dedicara en clase a sus lecturas particulares y que al ser preguntado contestara, con acento declamatorio, que le era imposible responder por hallarse ocupado por el momento en cosas más importantes. No podía evitar que Von Ertzum, cansado de meditar sobre el tema de una composición sin que su cerebro le suministrase una sola idea, se apoderara del cuaderno de su vecino y copiase íntegro su trabajo. Tenía que presenciar inerte cómo Kieselack enredaba las respuestas de los demás, apuntándoles los mayores absurdos, y tolerarle que hablase en voz alta, se paseara por la clase e incluso que iniciara una pelea con un compañero mientras Basura comentaba a Ovidio.

Cuando alguna vez se dejaba dominar por el pánico del tirano amenazado y encerraba a los rebeldes en el calabozo, la situación empeoraba. La clase empezaba a oír taponazos de botellas descorchadas, brindis entusiastas, frases cariñosas y chasquidos de besos. Basura corría entonces precipitadamente al calabozo y sacaba a Kieselack de su encierro. Los otros dos salían espontáneamente detrás de él con gesto despreciativo y amenazador...

Por el momento, Basura pasaba indudablemente muy malos ratos, pero ¿de qué les ayudaba aquello a sus enemigos? Al fin y al cabo, eran ellos los vencidos. No habían logrado hacer suya a Rosa Fröhlich. Lohmann no había llegado a sentarse a su lado en el camarín... Una vez fuera del Instituto, Basura olvidaba tales contrariedades y pensaba en el vestido gris que Rosa Fröhlich le había encargado recoger de la tintorería, o en los bombones con que se proponía sorprenderla.

Pero llegó un día en que el Director del Instituto no pudo por menos de intervenir, obligado por el lamentable espectáculo de la clase. Hizo subir a Basura a su oficina y puso ante sus ojos la disolución moral hacia la que su clase marchaba a pasos agigantados. No quería entrar a averiguar las causas que la provocaban. Si se hubiera tratado de un profesor más joven lo hubiese hecho. Pero su estimado colega había encanecido honrosamente al servicio del establecimiento y, por lo tanto, se limitaba a recomendarle que meditase en el ejemplo que debía dar a sus alumnos.

Basura replicó:

—Señor director: Pericles, el ateniense, tenía por amante a la célebre cortesana Aspasia.

El director opinó que aquello no tenía nada que ver con el asunto. Y Basura:

—Me parecería despreciable limitarme a describir a mis alumnos, como fábulas ociosas, los ideales clásicos. El hombre versado en humanidades puede prescindir de la superstición moral de las clases inferiores.

El director, no sabiendo qué responder, dejó a Basura por imposible y decidió guardar para sí los argumentos que el viejo profesor había alegado tan solemnemente, pues temía que el vulgo los interpretara en un sentido poco favorable para el Instituto y para el profesorado.

En su casa, Basura despidió a la criada, que se había permitido oponer algún reparo a las visitas de Rosa Fröhlich y cuyo escandaloso furor, al verse en la calle, se estrelló contra la férrea voluntad de su patrón. Para sustituirla, tomó a una muchacha que fregaba la vajilla en *El Ángel Azul*, un perfecto pingo que acogía en su lecho al muchacho de la carnicería, al *gasfiter*, al empleado del gas y a la calle entera.

Una modista, de cara amarillenta, a la que Basura hacía frecuentes visitas por encargo de Rosa, le había recibido siempre con adusta frialdad. Una tarde, en que Basura acababa de cancelarle el precio de una factura considerable, desplegó, por fin, sus labios descoloridos. El señor profesor debía de prestar un poco de atención a lo que se decía de él por toda la ciudad. Era una vergüenza que a sus años... Basura acabó de

meterse el dinero del vuelto en su portamonedas y, sin pronunciar palabra, se dirigió hacia la puerta. Ya en ella, se volvió hacia la modista y le dijo con afabilidad sonriente:

—Por el momento que ha escogido usted para favorecerme con sus consejos, veo que abrigaba usted el temor de que la excesiva franqueza de sus palabras le causara algún perjuicio de orden económico. No tenga miedo. Rosa Fröhlich seguirá honrándola con sus encargos. —Y se marchó tan satisfecho.

Por último, un domingo por la mañana, en ocasión en que Basura se hallaba dedicado a la dulce tarea de escribir el borrador de una carta apasionada a Rosa, la puerta de su cuarto se abrió, dando paso a Rindfleisch, el zapatero, solemnemente vestido de una levita de amplios vuelos y con el sombrero de copa en la mano. El visitante hizo una reverencia y dijo con voz embarazada:

—Buenos días, señor profesor. Perdone que me permita molestarle, pero quería hacerle una pregunta.

—Usted dirá —respondió Basura.

—Lo he meditado mucho, y créame que no me ha sido nada fácil dar este paso, pero Dios lo quiere.

—Adelante, pues.

—Y, sobre todo, porque no puedo creer lo que se dice por ahí del señor profesor. A la gente le ha dado por hablar del señor profesor. Eso el señor profesor lo sabrá mejor que nadie. Pero un buen cristiano no debe creer tales murmuraciones. No. De ningún modo.

—Entonces, no hay más que hablar —observó Basura, deseoso de dar por terminada la visita.

Rindfleisch hizo girar el sombrero de copa entre sus manos y clavó los ojos en el suelo.

—Sí. Porque Dios me ordena que recuerde al señor profesor que El no lo quiere.

—¿Qué es lo que no quiere? —preguntó Basura, sonriendo de través—. ¿Mi amistad por Rosa Fröhlich? El zapatero suspiró, agobiado, bajo el peso de su misión.

—Ya tuve el honor de revelarle a usted en una ocasión, señor profesor —repuso con voz cargada de misterio—, que si Dios tolera ciertas cosas es tan sólo para...

—... para tener más angelitos en el cielo. Ya lo recuerdo, maestro. Por eso pongo de mi parte todo lo posible. —Y, sin dejar de sonreír, acompañó al fervoroso creyente hasta la puerta.

Así transcurría feliz la vida de Basura, cuando, de pronto, surgieron terribles acontecimientos.

Un guarda forestal había denunciado que el túmulo del bosque había sido salvajemente destruido.

El día en que, a su juicio, se había llevado a cabo aquel atentado —un domingo— había visto por la carretera a un grupo de jóvenes excursionistas. Al cabo de muchas averiguaciones inútiles, el guardabosque apareció un lunes por la mañana en la sala en que se reunían a primera hora todos los alumnos del Instituto para proceder a sus devociones materiales. En tanto que el director leía un capítulo de la Biblia y luego, mientras los alumnos entonaban un coral, el guardabosque pasó revista a la asistencia. De cuando en cuando se secaba la frente sudorosa, como si el esfuerzo que estaba realizando para identificar a los culpables hubiera acabado por marearle. Terminados los rezos, tuvo aún que desfilarse al lado del director, por delante de los alumnos formados en fila. El pobre hombre, todo azorado, no veía a nadie y se inclinó, excusándose, ante Von Ertzum, que le había pisado un pie.

Perdida ya toda esperanza de descubrir a los delincuentes en los ámbitos del Instituto, el director quiso arriesgar aún un último intento. Leyó otro capítulo de la Biblia y manifestó la seguridad de que la palabra sagrada habría tocado el corazón de alguno de los culpables, por lo menos, moviéndole a presentarse luego en el despacho directorial, para confesar su delito y dar los nombres de sus cómplices, entregándolos a la acción de la justicia. Como premio de aquella sincera confesión quedaría libre de todo castigo, y recibiría, además, una recompensa en metálico... Con tan edificante discurso finalizaron las devociones matinales.

Tres días después, al terminar Basura de comentar un capítulo de Tito Livio, sin que la clase, en rebeldía, le hubiera atendido un solo instante, se alzó de repente y gritó iracundo:

—Lohmann, en adelante podrá usted continuar tranquilamente fuera de aquí sus lecturas particulares. Kieselack, ya ha terminado usted de perturbar esta clase con sus silbidos. Y usted, Von Ertzum, también podrá consagrarse pronto a las labores campesinas. En lugar de volver a encerrar a tan depravados individuos en el calabozo, que aún había de ser un lugar demasiado noble para sus crímenes, he de procurar con todas mis fuerzas que su carrera alcance el término merecido, conduciéndolos a un presidio entre ladrones y criminales vulgares. No permanecerán ya por mucho tiempo entre los hombres honrados. Las horas que aún pasarán con nosotros están ya contadas.

Lohmann se levantó, frunciendo tempestuosamente el ceño, y pidió una explicación. Pero la voz cavernosa de Basura había resonado tan plena de odio satisfecho, y en su rostro se pintaba tan jubiloso triunfo, que los tres se sintieron derrotados. Lohmann volvió a sentarse, encogiéndose de hombros.

Durante el recreo, fueron llamados a la oficina del director. A su regreso declararon despreciativamente que sólo se trataba de aquella estúpida historia del túmulo del bosque. Pero en el acto se hizo el vacío en torno de ellos. Kieselack murmuró:

—¿Quién será el canalla que nos ha delatado?

Los otros dos se miraron, con igual sospecha, y le dieron la espalda.

Una mañana, la autoridad judicial les hizo comparecer a su presencia y se trasladó con ellos al lugar del delito. Esta vez los reconoció ya el guardabosque. Mientras duraron tales diligencias, quedaron liberados de asistir a clase. Por último, comparecieron ante el Tribunal. Desde el banco de los testigos les recibió la sonrisa venenosa de Basura. Breetpoot y el padre de Lohmann asistían a la vista y el fiscal no pudo por menos de dedicar una inclinación de cabeza a aquellos dos personajes influyentes. Deploraba la tontería que había hecho el joven Lohmann no declarándose desde un principio autor del hecho en compañía de sus amigos. La autoridad judicial hubiera podido entonces echar tierra al asunto y no llevarlo adelante con toda publicidad, como lo había hecho, creyendo que se trataba de gente de baja condición como el tal Kieselack.

Iniciada la vista, el presidente comenzó a preguntar por turno a los tres acusados si se reconocían culpables. Kieselack negó. Pero había sido precisamente quien había denunciado el hecho al director y, además, lo había confesado todo en sus declaraciones anteriores.

El director, interrogado a su vez, confirmó bajo juramento aquellas circunstancias.

—El señor director ha mentado —afirmó descaradamente Kieselack.

—Lo ha afirmado bajo juramento.

—Pues ha jurado en falso.

Kieselack había perdido toda vergüenza. Así como así, su expulsión era cosa segura. Y, además, estaba indignado y había perdido toda fe en la palabra de los hombres, al ver que en lugar de recibir el premio prometido, le habían conducido al Tribunal.

Lohmann y el conde Von Ertzum confesaron el hecho.

—Yo no hice nada —chilló Kieselack.

—Pero nosotros sí —decidió Lohmann, penosamente disgustado ante aquella falta de compañerismo.

—Perdón —observó Von Ertzum—. Fui yo solo.

—Nada de eso —replicó Lohmann con expresión fatigada—. Debo recabar mi parte de culpa en el hecho.

Von Ertzum repitió:

—Lo único verdadero es que el autor de los destrozos fui yo solo.

—No digas tonterías, querido —le rogó Lohmann.

Y el otro:

—¡Pero si estabas muy lejos del túmulo, dándole conversación a...

—¿A quién? —preguntó el presidente.

—A... nadie —contestó Von Ertzum, poniéndose muy colorado.

—A Kieselack, probablemente —concluyó Lohmann.

El fiscal creía necesario distribuir la culpa entre el mayor número de individuos posible para disminuir la parte que hubiera de corresponder al hijo del señor Lohmann y al pupilo del señor Breetpoot. Por lo tanto, llamó la atención de Von Ertzum sobre la imposibilidad de haber llevado a cabo por sí solo aquel destrozo.

—Usted solo no pudo diseminar aquellas piedras. Ningún hombre, por fuerte que sea, puede hacerlo sin ayuda.

—Yo sí pude —repuso Von Ertzum con modesto orgullo.

El presidente le requirió y requirió a Lohmann para que declarasen los nombres de sus acompañantes.

—Usualmente, en tales excursiones se reúne un grupo numeroso de muchachos de buen humor —aventuró con acento benévolo—. Díganos quiénes iban en su compañía. Será mejor, tanto para ustedes como para nosotros.

Los acusados callaron. El defensor hizo constar la aristocracia que aquel silencio suponía. Ya durante las diligencias del sumario habían mostrado los dos jóvenes su decisión de no comprometer a nadie.

También Kieselack había permanecido firme. Pero a él no lo tenía nadie en cuenta.

—¿Así, pues, no había nadie con ustedes? —repitió el presidente.

—No —dijo Von Ertzum.

—No —dijo Lohmann.

—Sí —chilló Kieselack, con la voz penetrante de un estudiante aplicado que se sabe al dedillo la lección—. Rosa Fröhlich estaba con nosotros. —Y en medio de la expectación general, añadió—: Ella fue la que nos incitó a echar abajo el túmulo.

—Miente —aseguró Von Ertzum rechinando los dientes.

—Miente con toda la boca —agregó Lohmann.

—Es la pura verdad —insistió Kieselack—. Pregúntenselo ustedes al señor profesor. Él la conoce mejor que nadie. —Y volviéndose hacia el banco de los testigos, preguntó—: ¿No es cierto que la señorita Rosa Fröhlich se le escapó a usted un domingo sin que pudiera averiguar dónde estaba? Pues había venido a almorzar con nosotros en el bosque, junto al sepulcro prehistórico.

Todas las miradas convergieron en Basura, que agitó convulsivamente las mandíbulas, asombrado por aquella revelación inesperada.

—¿Estaba realmente esa señorita con ustedes? —preguntó a los otros dos acusados uno de los jueces como por pura curiosidad.

Los dos muchachos se encogieron de hombros, pero Basura exclamó, ahogado por la ira:

—¡Ha llegado su último instante, miserables! ¡Cuéntense ustedes con los muertos!

—¿Quién es esa señorita? —preguntó el fiscal por mera fórmula, pues todos los presentes conocían sus relaciones con Basura.

—El señor profesor Raat podrá ponernos al tanto —insinuó el presidente.

Basura se limitó a decir que era una artista, pero el fiscal pidió la comparecencia de aquella señorita, pues su misión le obligaba a investigar hasta qué punto podía haber intervenido en los hechos, en calidad de instigadora.

El Tribunal accedió a su petición, y un alguacil salió de inmediato en busca de Rosa Fröhlich.

Entretanto, el joven abogado que había tomado a su cargo la defensa de Lohmann y de Von Ertzum se dio cuenta del estado de ánimo de Basura, llegando a la conclusión de que era el momento de dejarle hablar, y propuso que se oyese la declaración del profesor Raat sobre la condición intelectual y moral de los tres acusados, alumnos suyos. El Tribunal lo consideró acertado, a pesar de la oposición del fiscal, que temía una declaración desfavorable para el pupilo del señor Breetpoot y el hijo del señor Lohmann.

El público recibió a Basura con risas contenidas. Presa de una terrible agitación, su rostro sudoroso se contraía en una mueca convulsa.

Antes de ser interrogado manifestó atropelladamente:

—Está fuera de toda duda que la artista señorita Rosa Fröhlich no tomó parte en el vergonzoso atentado, ni siquiera en la excursión durante la cual se produjo.

Tuvo que interrumpirse para prestar juramento, y en el acto quiso regresar a lo mismo, pero el presidente le cortó la palabra, advirtiéndole que se le oía tan sólo para conocer su opinión sobre los tres alumnos. Basura comenzó a gritar agitando los brazos, y con su voz más cavernosa, angustiado y descompuesto, como si se encontrara acorralado y no hallara escape:

—Esos individuos son la hez de la humanidad. Mírenlos y tendrán un ejemplo de todas las características de un criminal nato. Siempre han sido gentes de su calaña las que, como ellos, no han podido soportar sino a disgusto la autoridad del profesor y han practicado y predicado constantemente la más abyecta rebeldía. A estos agitadores se debe que en la actualidad, la mayoría de la clase esté formada por miserables rebeldes. Ora con sus actos revolucionarios, ora con sus tentativas de engaño, ora con otros hechos reveladores de la más baja depravación, han puesto de su parte todo lo posible para demostrarse dignos del futuro que aquí se inicia para ellos. Hace mucho tiempo que esperaba encontrármelos en este lugar...

En este punto se revolvió con un grito de venganza hacia los tres corruptores de Rosa Fröhlich, y comenzó a desnudarlos moralmente ante el Tribunal y ante el público. Los versos amorosos de Lohmann, las excursiones nocturnas de Von Ertzum, la desvergonzada asiduidad de Kieselack en un lugar prohibido a los alumnos, todo, en fin, salió a la luz con temblorosa violencia. De nuevo fue públicamente escarnecido aquel familiar de Von Ertzum que había fracasado en su carrera, y, con él, todas las familias burguesas de la ciudad, pendientes sólo del afán egoísta de acumular dinero. Luego le tocó el turno al padre de Kieselack, al que calificó de inmunda víctima del alcoholismo, que dejaba a su hijo abandonarse a los más depravados instintos.

Aquel hervor fanático impresionó desagradablemente al Tribunal. El fiscal dirigió a Breetpoot y al padre de Lohmann sendas miradas de cortés disculpa. El joven defensor contemplaba irónico y satisfecho el ambiente de la sala. Basura divertía e indignaba.

Por último, el presidente le indicó que el Tribunal se consideraba ya suficientemente instruido sobre las relaciones del profesor Raat con sus alumnos. Basura siguió aullando sin oírle:

—¿Por cuánto tiempo seguirán aún estas exigencias depravadas ofendiendo con el peso de sus vergüenzas la tierra que pisan? Se han atrevido a afirmar que la artista señorita Fröhlich había tomado parte en sus criminales orgías. No han querido dejar de añadir a sus delitos la infamia de injuriar el limpio honor de esa señorita.

En medio del regocijo que aquellas palabras produjeron, Basura sintió que el mundo se le venía encima, pues lo que había dicho no respondía a una convicción interior. Allí habían asegurado que Rosa Fröhlich había estado en el bosque aquel domingo de las elecciones en que él la había perdido de vista. Un somero repaso de ciertos detalles, en que hasta entonces no había caído, le cortó el aliento. Rosa Fröhlich se había negado siempre a salir con él. ¿Qué había detrás de todos sus pretextos para quedarse sola en casa?... ¿Acaso Lohmann...?

Se precipitó de nuevo sobre él y le gritó que era necesario aniquilar el poder abusivo de su casta. Pero el presidente le invitó a regresar a su puesto y ordenó que fuera introducida la testigo Rosa Fröhlich.

Su aparición despertó un murmullo general. El presidente amenazó con despejar la sala. Los rumores se tranquilizaron. Rosa gustó a la gente. Vestía un traje de paño gris de elegancia simpática y serena. Se había peinado con sencillez y se tocaba con un sombrero de proporciones moderadas, adornado con una sola pluma. Por último, no se había puesto más que un poco de rosa en las mejillas. Una muchachita que estaba con su madre entre el público manifestó en alta voz su admiración.

Rosa compareció con desenvoltura ante los jueces. El presidente la recibió con una ligera inclinación. A propuesta del fiscal fue liberada de prestar juramento, y declaró espontáneamente y sin perder la sonrisa haber tomado parte en aquella excursión. El defensor de Kieselack creyó, por fin, poderse apuntar un triunfo:

—Me permito hacer observar a la sala que de los tres acusados, sólo mi cliente ha permanecido fiel a la verdad.

Pero Kieselack no interesaba a nadie.

El fiscal opinó que toda la responsabilidad moral de aquel delito, que los dos muchachos habían tratado de echar sobre sí por una galantería hartamente comprensible, recaía por completo sobre Rosa Fröhlich. El defensor de Kieselack aprovechó la ocasión para hacer observar que la conducta de su defendido poco simpática desde luego, tenía sus raíces en la corrupción que el trato con una mujer como Rosa Fröhlich había de infundir necesariamente en un grupo de jóvenes.

—Lo que hicieran o dejaran de hacer con el título ese —replicó Rosa, sin mostrarse ofendida— no lo sé, ni me interesa. Lo único que sé, y con ello contestaré a eso de la corrupción de que acaba de hablar el señor defensor, es que ese mismo domingo, uno de estos jóvenes me hizo una proposición de matrimonio en toda regla, que yo sentí mucho tener que rechazar.

El público coreó con risas contenidas aquella inesperada declaración. La testigo se encogió de hombros sin mirar a ninguno de los tres acusados. De pronto, Von Ertzum, congestionado, exclamó:

—La señorita ha dicho la verdad.

—Naturalmente —añadió ella—. Mis relaciones con los tres estudiantes han sido siempre rigurosamente correctas.

Aquella afirmación la destinaba a Basura, al que lanzó una mirada de reojo. Pero Basura mantenía los ojos fijos en el suelo.

—¿Quiere afirmar la testigo —preguntó el fiscal— que sus relaciones con los acusados no traspasaron nunca, en lo más mínimo, los límites de la moral?

—En lo más mínimo, es mucho decir —respondió Rosa, tomando rápidamente la resolución de aprovechar aquella circunstancia para ir confesando a su viejo Basura una parte de la verdad, pues el montón de mentiras que se había visto obligada a decirle le resultaba ya demasiado complicado—. En lo más mínimo, es mucho decir. Pero sí únicamente en alguna cosa sin importancia.

—¿A qué llama la testigo una cosa sin importancia? —preguntó el presidente.

—A ése, por ejemplo —replicó ella, señalando a Kieselack, que bajó los ojos ante las miradas del público, y ahora más que nunca se hacía antipático por la suerte que había tenido con la artista. Después de una pausa, intentó seguir negando:

—No es verdad.

Pero el presidente se desentendió de él. Compartía el ambiente general que reinaba en la sala, más propio de una reunión amistosa que de un tribunal de justicia. Lohmann, profundamente molesto por la

conducta de Rosa, al publicar la desdichada proposición matrimonial de Von Ertzum, aprovechó el momento para decir con el tono de un hombre de sociedad que cuenta una anécdota galante:

—¿Qué quieren ustedes? La señorita tiene sus preferencias. Acoge benévolamente a un Kieselack, cosa que, hasta ahora, ignorábamos. Sobre otro de los sujetos que han logrado sus favores tenemos ya amplias noticias... En cambio, se niega a aceptar un título de condesa, y a mí, que nunca he solicitado nada de ella, me repite siempre que seré el último en alcanzar su gracia...

—Exacto —dijo Rosa, esperando que aquello tranquilizase a Basura.

El público rió de nuevo. El presidente se agitó sin razón de un lado a otro, y uno de los jueces se sonó ruidosamente, apretándose el vientre con la otra mano. El fiscal torció el gesto, y el defensor sonrió con ironía. Von Ertzum murmuró a Lohmann:

—También con Kieselack... ¡Es lo único que faltaba! Para mí ha muerto.

—¡Gracias a Dios!... Pero lo principal es que hemos salido bien de ésta. El que ha salido mal es Basura.

—Ahora vas a hacer el favor de no contradecirme cuando yo vuelva a declararme único autor de los destrozos —le susurró aún Von Ertzum—. De todas maneras, voy a dejar el Instituto para preparar más intensamente el examen con un profesor particular.

El presidente, recuperada ya toda su gravedad, amenazó otra vez con despejar la sala. Luego, dio por finalizada la comparecencia de la testigo, pero Rosa, en lugar de retirarse, fue a sentarse entre el público. No comprendía dónde se había metido Basura.

Basura había aprovechado un momento de regocijo general para salir inadvertido. Andaba a grandes pasos entre las ruinas de su mundo imaginario. Todo se le había derrumbado: Rosa Fröhlich lo había engañado. Lohmann y sus amigos, a los que Basura creía haber vencido y aniquilado para siempre, surgían de la nada en cuanto él desviaba de ellos su mirada. Rosa Fröhlich no se recataba de concederles sus favores, confesaba haberse entregado a Kieselack y seguramente había sido también de Lohmann, aunque todavía lo negase. Pero Basura no le creía ya. Hasta aquel día, hasta aquel terrible momento, había sido un trozo de su propia carne y, de pronto, se desprendía de él, desgarrándolo. Basura veía sangrar la herida y no comprendía. Como nunca había tenido contacto con los hombres, no había sido jamás traicionado, y ahora sufría como un chico, como Von Ertzum, su alumno, había sufrido a causa de la misma mujer. Sufría torpemente, con impaciencia y con asombro.

Fue a su casa. A la primera palabra que le dirigió la criada se enfureció, y la echó a la calle. Luego se encerró en su cuarto, se tumbó en el diván y se echó a llorar. Avergonzado, se levantó y tomó el manuscrito de su obra sobre las partículas gramaticales en Hornero. En el reverso de algunas cuartillas había anotaciones referentes a Rosa Fröhlich, o borradores de cartas. Otras cuartillas que faltaban se las había enviado a ella sin advertirlo. De repente, se dio cuenta de que toda su energía se hallaba ya sometida a Rosa Fröhlich, que su voluntad toda sólo se orientaba hacia ella y que todos los fines de su vida coincidían ya con ella. Este descubrimiento le hizo volver a echarse pesadamente en el sofá.

Llegó la noche, y en la obscuridad, se le apareció el rostro pintado, liviano y caprichoso de la artista. Basura lo contempló con miedo, reconociendo que justificaba cualquier sospecha. Rosa Fröhlich, la artista, pertenecía a todo el que quisiera tomarla. Basura contrajo los dedos ante su cara fustigada por la sangre. Su sensualidad tardía, aquella sensualidad engendrada por una larga seducción subterránea en su cuerpo marchito y seco, aquella sensualidad que había transformado violentamente y contra naturaleza su existencia y había empujado su espíritu— a los más terribles extremos, le atormentaba ahora con imágenes dolorosas. Veía a Rosa en su cuartito de *El Ángel Azul*; veía de nuevo sus gestos reveladores de aquella primera entrevista y su mirada cosquilleante. Pero ahora su mirada y sus ademanes no iban dedicados a Basura, sino a otro hombre, a Lohmann... Basura presenció hasta el fin aquella escena; aquella desgarradora escena, que bailaba ante sus ojos al compás de sus sollozos.

XII

Aunque anticipaba que aquel curso iba a ser el último de su actividad docente, la costumbre le llevaba aún al Instituto todas las mañanas. Sus colegas habían decidido ya, sin excepción alguna, ignorarle. Cuando se sentaba en la sala de profesores a corregir las tareas de sus alumnos, los demás le dejaban el campo libre o se atrincheraban detrás de sus periódicos desplegados. Lohmann, Von Ertzum y Kieselack no asistían a clase. Basura despreciaba a los demás y les dejaba hacer lo que les venía en gana. De cuando en cuando amenazaba a alguno con varias horas de encierro, pero al salir de clase se le olvidaba instruir al inspector general la ejecución de la sentencia.

Se deslizaba por las calles sin mirar a nadie, sordo a las exclamaciones de burla o de admiración que se alzaban a su paso y ni siquiera se percataba cuándo los cocheros de punto refrenaban sus caballos para llamar la atención de algún forastero sobre el profesor Basura, considerándolo ya como una curiosidad local. Su conducta ante el Tribunal había provocado molestia y enfado. Algunos señores ya entrados en años, que habían sido alumnos suyos, a su llegada al Instituto, y en los cuales su figura evocaba recuerdos juveniles, poéticamente embellecidos por el tiempo, se detenían al cruzarse con él y le seguían con la vista, meneando con tristeza la cabeza.

—¿Qué mosca le ha picado a nuestro viejo Basura? No hace más que tonterías de algún tiempo a esta parte.

—Lo peor es el ejemplo que está dando a los estudiantes. Un catedrático no tiene derecho a conducirse así. Y luego, la forma grosera en que atacó durante la vista a las mejores familias de la ciudad...

—Además, un hombre que a sus años se permite meterse en líos de una manera tan pública, lo menos que puede hacer es abstenerse de criticar a los demás. Breetpoot me ha dicho que lo van a expulsar del Instituto. Puede irse a dar escándalos a otra parte con su amiguita.

—Por cierto que la amiguita no está nada mal.

—¡Ni mucho menos!

Y los señores formales se miraban riendo, con los ojos brillantes.

Otros recordaban la historia del hijo de Basura, que también había escandalizado a la ciudad, exhibiéndose en público con mujeres equívocas. Recordaban el refrán: "De tal palo tal astilla", y afirmaban con el profesor Hübbenett que la ruina moral de Basura era una cosa anticipada hacía ya mucho tiempo. Algunos pretendían haber advertido siempre en él algo inquietante y sospechoso, y declaraban que su discurso subversivo ante el Tribunal no les había sorprendido lo más mínimo.

—Es un bicho asqueroso al que ya debíamos haber matado a escobazos hace mucho tiempo —dijo un día Meyer, el tabaquero, al pasar Basura por delante de su tienda.

Y el dueño del Café Central, viéndole cruzar una mañana temprano por enfrente del establecimiento, gritó a los camareros dedicados a la limpieza del local:

—Barran también la basura moral.

En cambio, hubo ciudadanos descontentos que saludaron con alegría la emancipación de Basura y le invitaron a inscribirse en el partido de la extrema izquierda y a dirigir la palabra a los camaradas en las reuniones en que se ensalzaba su valerosa rebelión contra los privilegiados de la ciudad, alabanzas que solían concluir con la siguiente frase:

—Ante un hombre así, hay que quitarse el sombrero.

Pero Basura dejó sin respuesta sus invitaciones, y se negó a recibir a las comisiones que acudieron a su casa. Encerrado en su despacho, pensaba con ansia, odio y crueldad en Rosa Fröhlich y cavilaba cómo podría obligarla a abandonar la ciudad, alejándose de ella a marchas forzadas. En una de estas ocasiones, recordó habérselo exigido así en su primera entrevista. ¡Ojalá le hubiese obedecido entonces! Ahora había provocado infinitos males, había causado su desgracia, y Basura, poseído de un deseo cruel y doloroso de venganza sólo quería verla acabar sus días en un hondo y oscuro calabozo.

Durante el día evitaba cuidadosamente las calles en que podía encontrarla, y sólo por la noche se aventuraba a recorrerlas a una hora en que ni siquiera podía tropezarse ya con la sombra de una cara conocida, silueteada sobre los visillos de los ventanales de un café. En aquellas horas, Basura, intimidado y atormentado por un amargo deseo, rondaba silencioso en torno del hotel en que Rosa habitaba.

Una de aquellas noches surgió ante él, en la obscuridad, alguien que al pasar a su lado le saludó cortésmente. Era Lohmann. Basura dio un salto atrás. Luego extendió las manos e intentó atrapar a Lohmann, que eludió su acometida. Entonces le increpó con voz ahogada:

—¡Miserable! ¿Todavía se atreve a ponerse ante mi vista? Y para mayor escarnio, cerca del lugar en que vive Rosa Fröhlich. Sin duda viene usted de verla.

—Le aseguro, señor profesor, que se equivoca —respondió Lohmann con dulzura—. Se equivoca en absoluto.

—¿De dónde viene, entonces?

—Siento mucho no poder responder a su pregunta, señor profesor; pero vuelvo a asegurarle que no es de donde usted sospecha.

—¡He de aniquilarlo! —amenazó Basura con los ojos relucientes como un gato rabioso—. Será usted vergonzosamente expulsado del Instituto.

—Me alegraría, si ello hubiera de satisfacerle, señor profesor —repuso Lohmann sin la menor intención de burla, más bien con sincera nostalgia, y continuó lentamente su camino, perseguido por las amenazas de Basura.

Le hubiera avergonzado hostilizarlo más en aquella hora en que todos caían sobre él. Aquel pobre viejo que todavía le amenazaba con expulsarlo del Instituto, cuando ya estaba decretada su propia expulsión; aquel misántropo solitario que, sin proponérselo, había generado contra sí tantas iras; aquel interesante anarquista en germen le inspiraba compasión y una especie de lejana simpatía.

Las constantes sospechas de Basura adquirían una trágica ironía ante lo que realmente había hecho Lohmann aquella noche. Venía de la calle Imperial. Dora Breetpoot había dado a luz por la tarde. Y la ternura ignorada de Lohmann se inclinaba sobre el lecho de su dolor. Su corazón, una llanita humilde que ardía estérilmente, quería calentar el diminuto cuerpo infantil engendrado quizás por Knust, el abogado, o por el teniente Von Gierschke, o acaso por Breetpoot, su marido... Lohmann había llegado aquella noche hasta la casa de Breetpoot y había besado la puerta cerrada.

Días después, todos los destinos se habían cumplido. Lohmann continuaría asistiendo al Instituto hasta el día, ya próximo, en que había de pasar a continuar su educación en Inglaterra. Kieselack era expulsado del Instituto, pero no por el asunto del túmulo, sino por su incalificable comportamiento ante el Tribunal y, sobre todo, por sus relaciones con Rosa Fröhlich, públicamente reconocidas por ella, y que no se podían tolerar a un alumno del bachillerato. Von Ertzum abandonaba voluntariamente el Instituto para ponerse en manos de un profesor particular. Basura fue destituido.

Se le concedió el derecho de continuar su actividad docente hasta el otoño, pero él la interrumpió en el acto, de acuerdo con las autoridades académicas. Una de las primeras mañanas que Basura pasó en su casa desocupado y para siempre ya sin rumbo fijo, fue a visitarle el pastor Quittjens. El pastor venía presenciando desde tiempo atrás cómo Basura iba hundiéndose cada vez más en el error y en el pecado. Y ahora, que ya lo veía por tierra, juzgaba llegado el momento de intervenir para la mayor gloria de Dios.

Mientras saboreaba un buen cigarro, expresó el dolor que le producían las tristezas de Basura, su aislamiento y los ataques a los que se había expuesto por parte de los mejores. Aquella situación no podía ser grata para nadie. Había que hacer algo por modificarla. Su destitución no le permitía, además, buscar consuelo y refugio en su actividad habitual, entregándolo sin remedio a sus amargos pensamientos... Es decir, sin remedio, no... El pastor Quitrines se comprometía a obtener su reingreso entre los mejores y hacerle admitir en una asociación política o en un club de aficionados al juego de bolos. Claro está que a condición de que Basura se arrepintiese ante Dios y ante los hombres de sus lamentables errores y les pusiera un fin. El pastor expuso esta condición con un gesto tan contrariado como si se tratara de un mal irremediable que él fuese el primero en lamentar.

Basura no respondió nada concreto. La proposición del pastor no le interesaba. Si había de renunciar a Rosa Fröhlich, le parecía inútil cambiarla por una partida de bolos.

El pastor Quitrines cambió de tema. Compadeció a los alumnos, a los que precisamente la persona llamada a presidir su formación daba un tal ejemplo en el crítico momento de su paso desde la adolescencia a la juventud. No sólo los alumnos de su clase, sino todos los demás, no sólo todos los alumnos del Instituto, sino también, fuera del mismo, los que habían sido sus discípulos, la ciudad entera, en fin, había de dudar ahora de las enseñanzas recibidas. Pesada carga para la conciencia de Basura. Ya había una víctima —Kieselack— y Basura no podría por menos de reconocer la parte de responsabilidad que le cabía en su desgracia. Pero, además, no era éste el único daño que un hombre como Basura podía provocar con su rebeldía contra la religión y la moral...

Ante la noticia de la expulsión de Kieselack, Basura se sintió penetrado de alegría. Por otro lado, el hecho de que su ejemplo pudiera ser causa de infinitos males en la ciudad, abría insospechadas perspectivas a sus anhelos de venganza. Enrojeció y se abstrajo en hondas cavilaciones.

El pastor interpretó erróneamente su estado de ánimo y manifestó que al venir a visitar a Basura abrigaba ya la convicción de que el profesor había reaccionado y lamentaba sus pasados errores. Sobre todo teniendo en cuenta la persona por la cual se había expuesto y había expuesto a tantos otros a graves disgustos.

Basura le preguntó si aludía a Rosa Fröhlich.

Naturalmente. Ahora bien, suponía que las revelaciones confesadas por aquella señorita ante los jueces habrían hecho caer de los ojos de Basura la venda que hasta entonces le había impedido ver. Ya sabía él que el amor cegaba al hombre más clarividente, pero suponía también que el señor profesor recordaría aún, como él mismo los recordaba, sus años de estudiante en Berlín, años de alegre juventud, en los cuales no habría dejado de adquirir experiencia suficiente para saber que aquellas lindas personitas no merecían la pena de complicarse uno la existencia y complicársela a los demás. Por su parte, cuando pensaba en aquel período de su vida...

El pastor sonrió beatíficamente y se dispuso a confiar a Basura alguna anécdota de su alegre juventud. Pero Basura, cuya agitación había ido creciendo por instantes, le preguntó si debía creer que sus palabras aludían a Rosa Fröhlich, y cuando Quittjens asintió sorprendido, se levantó airado y le increpó con voz temblorosa:

—Entonces ha ofendido usted gravemente a esa señorita, que está bajo mi protección. Haga el favor de salir en el acto de mi casa.

El pastor obedeció, atemorizado. Basura cerró de golpe la puerta a sus espaldas.

Luego paseó jadeante por el cuarto. No podía por menos de reconocer que él mismo había deseado a Rosa, poco antes de la visita del pastor, los peores males, acumulando sobre ella las más ofensivas acusaciones. Pero lo que en él constituía un derecho no podía serle permitido a Quittjens. Rosa estaba muy por encima del pastor. Muy por encima de todos, solitaria e inalcanzable. La visita de Quittjens había sido muy oportuna para reintegrarlo a la verdadera visión de las cosas. Rosa Fröhlich era algo suyo, y quienes se atrevían a ofenderla lo ofendían a él. El furor del tirano que ve amenazado su poder le asaltó con tal violencia que hubo de afirmarse en algo para no caer, como aquella noche en que el público de *El Ángel Azul* había acogido con risas el trabajo de Rosa. Desde luego, los hechos que la artista había confesado ante los jueces le habían herido muy dolorosamente. Pero se trataba de una cuestión a dilucidar entre Rosa y él. Y para ello debía ir a verla en el acto. Tomó el sombrero y lo volvió a dejar.

Lo había traicionado, sí; pero aquella traición había causado también la ruina de Kieselack, el alumno rebelde. Y ello bastaba para justificarla. ¿Bastaba realmente? Acaso, no. Pero, ¿y si Rosa pudiese provocar aún la ruina de otros estudiantes?

Basura detuvo sus pasos febriles e inclinó la cabeza, sobre la cual se cernía una densa nube roja. El ansia de venganza luchaba con los celos. Venció la venganza, y Rosa Fröhlich quedó justificada.

En el acto comenzó a pasar revista con el pensamiento a los alumnos cuya perdición podía ella haber causado. Lástima que no perteneciese ya al Instituto el tabaquero de la plaza del mercado ni aquel antiguo discípulo que le había negado el saludo, ni tantos otros que andaban por la ciudad.

Rosa Fröhlich hubiera podido perderlos a todos. Por su causa, hubieran sido vergonzosamente expulsados del Instituto. Pues Basura no podía concebir catástrofe ninguna de otra clase.

En el momento en que llegaba ante la habitación de Rosa Fröhlich, apareció ésta en la puerta en disposición de salir a la calle.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Rosa—. En este mismo momento iba yo hacia tu casa.

No mentía. Al convencerse de que Basura la evitaba, había renunciado a él y se había decidido a no ocupar el piso dispuesto para ella, vender los muebles y vivir de su producto, hasta encontrar un nuevo contrato, pues el matrimonio Kiepert había abandonado ya la ciudad. Bien sabía Dios que abrigaba los mejores sentimientos hacia su viejo Basura; pero como no le había de ser posible demostrárselo, si él se negaba ya a creerle, era inútil intentar nada. Rosa tenía su filosofía. Resultaba más fácil engañar a alguien, después de haber pecado contra él, que probar evidentemente una inocencia real. Además, la vida iba a ser muy complicada con un hombre que por una niñería como la que se había descubierto, con ocasión de aquella estúpida historia del túmulo, se imaginaba ya que ella se había entregado y se entregaba a todo el que la solicitaba. Un hombre así no le convenía. Se había equivocado al formar juicio sobre ella, y ahora rectificaba. No tenía nada de extraño. A veces sucedía que un hombre seguía por la calle a una mujer cerca

de una hora, y cuando al final se adelantaba para abordarla y la veía de frente, se arrepentía y la dejaba pasar haciéndose el distraído.

Algo semejante le había ocurrido a Basura. Hasta un momento dado, sólo la había conocido de espaldas, y en cuanto la había visto cara a cara había perdido la ilusión. ¡Qué le vamos a hacer!

Pero, al pasar el tiempo y disminuir sus disponibilidades económicas, reflexionó que, al fin y al cabo, era una tontería dejar perderse así las cosas. A lo mejor, lo que a Basura le sucedía era tan sólo que se avergonzaba de ser él quien diera el primer paso y esperaba impaciente que lo diese ella. Su actitud podía no ser, en último término, más que una terquedad de niño voluntarioso. Rosa recordó cómo había expulsado del camarín al capitán y se echó a reír. Pero sus ojos tomaron luego aquella expresión reconcentrada con la que alguna vez había mirado a Basura. No se podía negar que era celoso. En aquellos momentos sufría quizás terriblemente por su causa. Rosa no podía consentirlo. Su buen corazón la movía a acudir en auxilio de Basura. Decidió, pues, ir a verlo a su casa. Y no por el provecho que para ella pudiera significar una reconciliación, sino por pura lástima.

—¡Cuánto tiempo sin vernos! —agregó con tímida ironía.

—He tenido serias preocupaciones en estos días —respondió Basura.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Por qué?

—Con motivo de mi separación del profesorado.

—¿Es un reproche?

—Dejemos eso. Hay algo que te justifica. Kieselack ha sido expulsado del Instituto. Ya no podrá seguir ninguna carrera universitaria. Será toda su vida un fracasado.

—Me alegro.

—Lo que sería de desear es que muchos otros alumnos sufrieran igual destino.

—Desde luego. Pero ¿cómo nos las vamos a arreglar para conseguirlo?

Hubo una pausa durante la cual Rosa le hizo entrar y sentarse. Luego se dejó caer suavemente sobre sus rodillas, y, escondiendo la cara contra el pecho, le preguntó con voz humilde:

—¿Estás todavía enojado conmigo? Lo que aquel día dije en la vista era todo lo que podía reprocharme. ¡Créelo!

—Puede ser —consintió Basura. Y con el deseo de aproximarse más a ella concretando y explicando desde un elevado punto de vista lo acaecido, añadió—: Sé muy bien que aquello que la gente designa con el nombre de moral, va unido, en la mayoría de los casos, a una incurable inferioridad mental. Ningún hombre versado en Humanidad puede dudarle ni un momento. Mas, por otro lado, la moral constituye una ventaja para aquel que está muy por encima de ella y llega así a dominar a los que no se aventuran a infringir sus preceptos. Puede incluso afirmarse y demostrarse que esta moral debe exigirse rigurosamente a los espíritus inferiores, a aquellos hombres que han nacido para esclavos. Pero..., atención ahora..., tal idea no me ha impedido jamás reconocer que puede haber ciertos sectores en los cuales rijan preceptos morales esencialmente diferentes de los que regulan la vida de los hombres vulgares.

Rosa le escuchaba asombrada.

—¿No? ¿Cuáles son? ¡Te estás burlando de mí!

—Yo mismo —prosiguió Basura— he seguido siempre los preceptos morales del vulgo ignorante, pero no porque me hiciera ilusiones sobre su valor ni tampoco porque me considerase obligado a ello, sino porque nunca se me presentó oportunidad de infringirlos.

Rosa admiró el discurso de Basura, sintiéndose halagada de que la considerase capaz de comprender aquellas cosas tan sutiles. Y cuando le oyó añadir que "de ella, en cambio, no había supuesto jamás que hubiera observado una norma de vida semejante a la suya", lo miró con emocionada sorpresa y lo besó en la boca.

—Lo cual no ha impedido, sin embargo...

—¿Qué es lo que no ha impedido, di? Díselo a tu niña.

—... no ha impedido que mi inclinación hacia ti me haya hecho muy difícil soportar, en este caso concreto, aquellas cosas que desde tu punto de vista moral, diferente del vulgar y superior a él, te eran perfectamente lícitas.

Rosa adivinó parcialmente lo que Basura quería decir con todo aquello, y lo miró con picardía.

—Pues tengo tan alto concepto de ti que, a mi juicio, son muy pocos los que te merecen.

Rosa lo contempló ahora con gravedad reflexiva.

Basura se decidió a quemar sus naves:

—En adelante habré de tener en cuenta los dictados de tu moral.

Pero luego, bajo la conmoción de un terrible recuerdo, manifestó:

—Sólo hay un hombre a quien jamás te perdonaría que acogieses. Habrás de abstenerte de todo trato con él y no volver jamás a verlo. Ya te figurarás quien es: Lohmann.

Rosa lo vio agotado y sudoroso y no entendió su angustia, porque no sabía nada de la visión dolorosa que un día había surgido ante sus ojos: la imagen de Lohmann junto a la suya.

—¡Ah, sí! —exclamó Rosa—. Nunca has podido tolerarlo. Pero estate tranquilo; ese majadero no me interesa nada. No sé como podría demostrártelo. De ninguna manera. Es para echarse a llorar.

Sentía, en realidad, deseos de llorar, y tanto porque no lograba hacer creer a Basura que Lohmann le era indiferente, como por sospechar que allá en el fondo de su corazón había algo que la impulsaba hacia Lohmann y despojaba a sus afirmaciones de todo acento de verdad. Y también porque Basura, viejo niño ingenuo, avivaba torpemente aquel sentimiento con sus continuas sospechas y porque la vida se negaba a ofrecerle a ella esa tranquilidad que tanto ansiaba.

Pero como Basura no hubiera comprendido el porqué de sus lágrimas y como por su parte no quería complicar inútilmente la situación, Rosa decidió no llorar.

Después de esa entrevista comenzó un grato período. Salieron juntos y completaron la instalación del piso. Rosa se exhibía casi todas las noches en un palco del Teatro Municipal, ostentando elegantes vestidos adquiridos en Hamburgo. Y Basura, a su lado, acogía con disimulada satisfacción las miradas envidiosas e indignadas que el público fijaba en ellos.

Rosa Fröhlich no temía ya mostrarse al lado de Basura y exponerlo así a influencias que pudieran perjudicarlo. Aquel peligro había sido ya dominado. Basura había aceptado por ella su separación del profesorado y el anatema de sus conciudadanos. Hubo un momento en que aquello la había preocupado un poco, haciéndola preguntarse en silencio cómo podía ser que alguien echase sobre sí, por su causa, una carga tan pesada.

Al comienzo, se había contestado, encogiéndose de hombros: "Los hombres son así". Pero luego fue convenciéndose poco a poco de que Basura había hecho bien. Ella se merecía todo aquello y mucho más. A fuerza de oírle decir que todo el mundo estaba muy por debajo de ella, había acabado por tomarlo en serio. En consecuencia, no pudo por menos de sentirse agradecida de aquel hombre que tanto había mejorado su propia opinión de sí misma y reconoció que, por su parte, debía esforzarse en estimarle también muy alto. Hizo más: se esforzó en quererlo.

De repente, un día le participó que quería estudiar latín. Basura aprobó en el acto tal propósito, y comenzó a darle clases. Ella le dejaba hablar y respondía equivocadamente o se quedaba mirando sin responder, concentrada por otras preguntas que ella se dirigía a sí misma. Al tercer día de clase le interrogó:

—Dime, ¿qué es más difícil, el latín o el griego?

—El griego.

—Entonces quiero estudiar el griego.

—¿Por qué? —preguntó a su vez Basura, encantado.

—Por eso mismo, querido.

Se levantó y fue a darle un beso. Parecía aquello la parodia de un gran cariño y, sin embargo, Rosa obraba honestamente. Basura había despertado en ella insospechadas ambiciones espirituales, y para honrarle, quería aprender el griego en lugar del latín, precisamente por ser el griego más difícil. Su demanda constituía una declaración de amor. La declaración anticipada de un amor que Rosa quería imponerse.

El caso era que no le resultaba nada fácil llegar a querer verdaderamente a su viejo Basura. Ni siguiera el griego se le hacía más difícil. Para acostumbrarse a él solía recorrer con la punta de los dedos los duros contornos de su rostro, sus mandíbulas agudas y la cuevas angulosas desde cuyo fondo la miraban sus ojos con sumisión infantil y con envenenada hostilidad a todos los demás. Basura le inspiraba compasión y una ligera ternura. Sus ademanes la conmovían por su envarada comicidad, y sus palabras, por su difusa elevación espiritual. También recordaba con frecuencia la estimación que debía a un hombre que todo lo había sacrificado por ella. Pero de ahí le era imposible pasar.

Para compensar el fracaso de su amorosa tentativa, trató de concentrar toda su atención y todo su entendimiento durante las clases de griego. Basura, rebosante de felicidad, apuraba sus explicaciones para llegar pronto al estudio de las partículas gramaticales, su tema favorito. El día en que abrió *La Odisea* y la hizo leer por vez primera una expresión gramatical su corazón latió con fuerza al oír brotar aquellos sonidos tan amados de los labios atractivamente pintados de Rosa Fröhlich. Tuvo que dejar el libro para intentar serenarse. Agitado aún, estrechó la mano pequeña, blanda y siempre un poco grasienta, de la artista, y declaró que no pensaba ya separarse de su lado en todo el resto de su vida. Se casaría con ella.

Rosa estuvo primero a punto de echarse a llorar, luego sonrió emocionada, apoyó la mejilla en el hombro de Basura y se meció con suavidad en sus brazos. De pronto, poseída de tumultuosa alegría, arrancó a Basura de su silla y empezó a bailar con él alrededor de la habitación.

—La señora de Basura. Jaja, qué risa! ¡La señora del profesor Basura! Perdón, caballero, del profesor Raat.

Y se puso a representar el papel de una señora distinguida que recibe a sus amistades dándoles su mano a besar. Luego habló razonablemente unos instantes. No quería ya el piso en que Basura la había instalado. Además, había vendido ya casi todos los muebles. Ahora viviría en el hotelito de Basura, a las puertas de la ciudad. Claro que habría que cambiar por completo el mobiliario. Después volvió a disparatar. Por último, se tranquilizó y pareció sumirse en profundas meditaciones, durante las cuales sólo se la oyó decir entre dientes:

—Nadie sabe en lo que puede acabar...

Cuando Basura le preguntó si su decisión la satisfacía y si le parecía bien que la boda se celebrase lo antes posible, se limitó a sonreírle con aire distraído.

Durante los días inmediatos pareció rehuir aquel asunto. A veces se mostraba profundamente preocupada, aunque siempre lo negase. Salía con frecuencia de casa y se impacientaba cuando Basura le proponía acompañarla. Basura, intrigado, sospechaba algún doloroso enigma. Un día la vio salir de un restaurante de tercera categoría. Se acercó a ella, y al cabo de un largo silencio la oyó murmurar misteriosamente:

—Las cosas no son siempre tan sencillas como algunos se figuran.

Aquello acabó de intranquilizarlo, pero ella se negó a darle explicación alguna.

Por fin, un día que Basura regresaba, solitario y pensativo, hacia su casa, a través de las calles desiertas en la hora meridiana, una niña vestida de blanco, se acercó a él y le dijo con mimosa vocecita pueril:

—Ven a casa, papá.

Basura se detuvo asombrado contemplando la manita enguantada de blanco que la niña le tendía.

—Ven a casa, papá —repitió la criatura.

"¿Qué quiere decir esto?", Se preguntó Basura.

Y luego, a la niña:

—¿Dónde vives?

—Allí —respondió, señalando detrás de sí.

Basura miró hacia atrás y vio en una esquina a Rosa Fröhlich, que le sonreía humildemente con expresión de súplica.

Movió, asombrado, las mandíbulas. Pero, de pronto, comprendió y tomó sencillamente la maniatada enguatada de blanco que la niña le tendía.

XIII

Llegó el verano y toda la familia se trasladó a una playa próxima. Rentaron habitaciones en un buen hotel y alquilaron en la playa una de las mejores casetas. Rosa, Basura y la niña, siempre juntos y vestidos todos de blanco, constituían el punto de mira de los bañistas. Su historia, contada por algún veraneante de la ciudad, corría de boca en boca.

Cuando la niña jugaba en la playa tenía que cuidar de no perder de vista sus juguetes, pues en cuanto alguno de ellos corría el más ligero peligro de perderse entre la arena o ser arrastrado por las olas, había siempre algún caballero elegante que se precipitaba a rescatarlo; pero, en lugar de devolvérselo, se lo llevaba a su madre, entregándoselo con reverencia, mientras declinaba su nombre y condición. A consecuencia de estas escenas, la familia se reunía ya en la caseta a la hora del café con dos ricos comerciantes de Hamburgo, un joven brasileño y un industrial sajón.

El grupo así constituido por el azar hacía excursiones marítimas en las que todos los caballeros se mareaban, con la sola excepción de Basura, el cual cambiaba con Rosa miradas sonrientes. La niña recibía a diario cajas de bombones, barquitos, palas y muñecas de todo tipo.

El buen humor reinaba sin interrupción. Algunas veces organizaban paseos en burro y desfilaban al galope junto al quiosco de la música, precisamente a la hora del concierto. Basura, desestribado, se agarraba con ambas manos a las crines; Rosa lanzaba agudos gritos, la niña reía y los bañistas comentaban indignados la cabalgata.

Cuando luego se agregó a ellos un banquero berlinés con su amiga, una bailarina húngara, el grupo de Basura se adueñó del balneario, alborotando el comedor, pidiendo al director de la orquesta los trozos musicales que Rosa Fröhlich había interpretado en su carrera artística, haciendo quemar por su cuenta fuegos artificiales, transformándolo todo y provocando la indignación general.

Basura constituía un enigma para todos aquellos que convivían con él. Se ponía en evidencia demostrando ignorar el manejo de algunos cubiertos especiales, delataba en todo momento su falta de sociedad, y sus trajes a la inglesa le caían como un disfraz. No parecía, pues, constituir un grave obstáculo para los adoradores de su mujer. Pero a lo mejor, cuando alguno de ellos se hallaba en pleno coqueteo con Rosa, advertía, de pronto, que Basura clavaba en él una fría mirada burlona. Cuando elogiaba la pulsera que alguien había regalado a su mujer, el generoso pretendiente experimentaba la sensación de ser él el burlado. Y aun después de haber logrado favores casi decisivos, en una excursión nocturna por el mar, a solas con la mujer, mientras el marido bebía y charlaba con los demás en la caseta, al despedirse luego de Basura y estrecharle la mano, deseándole buenas noches, el afortunado pretendiente no podía rechazar la idea de que tanto el marido como la mujer se burlaban de él, y desesperaba mucho de alcanzar nunca sus deseos.

Y lo cierto era que ninguno los alcanzaba, pues Basura sabía muy bien ridiculizarlos y disminuirlos ante los ojos de Rosa. En cuanto se quedaba a solas con ella, se burlaba de la anglomanía de los comerciantes hamburgueses, del rastacuerismo del brasileño, que hacía saltar sobre la superficie del agua monedas de un marco en lugar de piedrecitas planas, e imitaba los afectados modales del sajón al encender un cigarrillo o abrir una botella. Rosa reía a carcajadas. Reía sin que en el fondo la convencieran las razones en que Basura fundaba su desprecio hacia aquellas personas. Cierto es que la más grave de tales razones era la que los griegos jamás se hubieran conducido en aquella forma; Pero Rosa agradecía siempre que la hicieran reír, y además Basura le había impuesto su firme convicción de que ningún ser humano llegaba a la vertiginosa altura en que ella y él tenían su trono. Y así, al brasileño, que una tarde se arrodilló ante ella con las manos cruzadas, pintándole su amor, se limitó a responderle despreciativamente:

—Es usted un payaso.

Pero al mismo tiempo se sentía halagada de que aquel muchacho hubiera abandonado a todas sus relaciones para vagabundear con ella tirando a tontas y a locas su dinero. Pero Basura había decretado que era un payaso.

Su marido no la interrogaba jamás cuando volvía de alguno de aquellos paseos a solas con cualquiera de sus pretendientes. Ni se mostraba tampoco intranquilo cuando sus trajes, sabiamente indiscretos, cortaban la respiración de sus enamorados. Por el contrario, en tanto aquellos caballeros esperaban fuera, ayudaba a Rosa a embellecerse, como antes en el vestuario de *El Ángel Azul*. Entretanto, observaba con su sonrisa venenosa:

—El público se impacienta. Deberíamos contratar a alguien que tocara el piano para entretenerlos.

—Si ahora sacaras la cabeza inesperadamente, así como estás, a medio pintar, les oírías las mismas exclamaciones que a la gentuza aquella de *El Ángel Azul*.

El día de su regreso a la ciudad surgió un desagradable incidente. Todo el grupo de Basura había acudido a la estación, y en el momento mismo en que el brasileño conseguía cambiar aparte con Rosa algunas frases, llegó corriendo un señor viejo, pariente del joven extranjero, e intentó apoderarse de un estuche que la artista tenía en la mano.

Acababa de serle regalado por el brasileño. Basura tuvo que salir en defensa de los derechos de su mujer. En tanto que el joven renegaba, avergonzado, de toda su parentela, el viejo explicó al matrimonio Basura qué su sobrino había gastado ya con ellos más de lo que sus medios le consentían. No le hubiera sido ya posible comprar aquella joya si su tía no hubiese tenido la debilidad de facilitarle el dinero necesario. Pero aquel dinero le pertenecía a él, a su tío, y, no habiendo contado su mujer con la debida autorización marital para gastarlo, la compra era nula.

Basura protestó con digna calma que seguramente el dinero del reclamante y el de su mujer constituían, como en todo matrimonio bien avenido, una y la misma cosa; que si no era así, tampoco él tenía por qué estar enterado de las interioridades de la familia, y, por último, que el tren iba a partir de un momento a otro. Y empuñando con fuerza el estuche entre sus dedos huesudos, hizo subir a su mujer al vagón. El tren partió y todos agitaron sus sombreros, incluso el mismo reclamante frustrado, que blandía simultáneamente el bastón en la otra mano.

Rosa le hizo al principio alguna tímida observación sobre lo desagradable del suceso y sus posibles consecuencias. Pero Basura le demostró que sus temores carecían de todo fundamento, y agregó que los hijos de aquel viejo habían sido alumnos suyos y precisamente de los que jamás había conseguido atrapar.

Rosa se tranquilizó. Enseñó a su hija el alfiler de brillantes y le prometió que todas sus joyas serían para ella cuando necesitase una dote.

Basura ardía en júbilo por haber podido al fin causar un daño a aquellos antiguos alumnos suyos. Poco a poco, fue descubriendo, además, que en aquel caso el daño infligido a los alumnos y a su familia no había tenido su punto de origen en su reclusión en el calabozo ni en su expulsión del Instituto. Así, pues, era posible causar su perdición de un modo distinto. De un modo nuevo e imprevisto...

Nuevamente en la ciudad y en su hotelito de las afueras, continuaron su vida de antes. Pero allí no tenían trato con nadie. Hasta que llegaba la noche y salían para ir al teatro o a un restaurante, Rosa, vestida de blanco, vagaba por la casa sin saber qué hacer. Basura propuso matar el tiempo reanudando las lecciones de griego; pero ella rehusó displicente. Una noche que asistían a la representación de una comedia reconoció a una antigua amiga suya en la actriz encargada de un modestísimo papel de cocinera.

—¡Anda! ¡Pues si es esa tonta de Eduvigis Pielemann! Nunca sirvió para gran cosa.

Luego contó a Basura todo lo que sabía de la vida de su antigua camarada. Y para terminar, requirió:

—Tiene que venir a visitarnos.

Así fue, y Rosa, para deslumbrarla, preparó en su honor sabrosos almuerzos y cenas. Pero la gravedad pasó pronto y a los pocos días, en vez de aburrirse solamente Rosa, se aburrían las dos, fumando un cigarrillo tras otro y evocando mutuos recuerdos cien veces revisados ya. Basura las veía aburrirse y se consideraba obligado a procurarles alguna distracción; pero no sabía cómo. Graves preocupaciones de otro orden inquietaban su ánimo. Cada vez que oía sonar el timbre de la puerta se levantaba y acudía él mismo. Las señoras terminaron por advertir con extrañeza que jamás consentía en que abriese la puerta la criada.

—O me está preparando una sorpresa, o me engaña y tiene miedo de que yo sorprenda algún recado o una carta —dijo Rosa a su amiga.

Un día llegó una carta de Hamburgo. Los dos comerciantes de aquella ciudad con quienes habían hecho amistad durante el verano se proponían hacer una travesía a lo largo de la costa española y luego hasta Túnez, y les proponían unirse a ellos.

—¡Gracias a Dios que viene algo a sacarnos de este aburrimiento! —exclamó Rosa. Y luego, dirigiéndose a su amiga, continuó—: Vente con nosotros. No tienes más que pedir una licencia a tu empresario. Lo que más me atrae es el viaje a Túnez. Veremos a los salvajes. Nos pintaremos de negro todo el cuerpo y nos envolveremos en colchas. Y yo me pondré la diadema con piedras verdes que usaba cuando era artista.

La amiga acogió jubilosamente la propuesta. Basura no fue consultado, aunque les extrañó su falta de entusiasmo. Las dejó hablar del viaje sin intervenir para nada, y cuando se quedó a solas con Rosa le confesó que no tenía ya dinero.

—¡No es posible! —exclamó Rosa—. ¡Un profesor tiene que tener dinero!

Basura sonrió confuso. Había tenido, en efecto, treinta mil marcos ahorrados. Pero lo había gastado ya en la instalación de la casa, en vestidos para Rosa y en diversiones. Y ahora los gastos corrientes sobrepasaban el monto de su jubilación. Basura mostró a Rosa cartas apremiantes de toda clase de proveedores, sustraídas hasta entonces a su conocimiento. Por eso no había querido que la criada fuese nunca a abrir la puerta. Y le contó humillado y penetrado de odio las artimañas que había tenido que poner en juego para ir evitando el embargo, inminente ya.

Su mujer le oyó asustada y pesarosa. Hasta entonces había gastado sin medida, ignorando las posibilidades de Basura. Ahora se daba ya cuenta de la situación y obraría en consecuencia. Por lo pronto, los dos pelafustanes aquellos de Hamburgo podían irse solos a visitar a los salvajes. Y aquel día almorzarían carne de vaca, aunque ya había un ganso puesto al fuego, y cenarían salchichas.

Además volvería a dar su lección de griego, que, a fin de cuentas, era el entretenimiento más barato. Basura, conmovido, aseguró que tenía perfecta conciencia de su deber de procurarle todo cuanto necesitase.

Rosa informó en seguida por escrito a su amiga: "No tenemos dinero". La comedianta resolvió que Basura debía dedicarse a dar lecciones particulares.

—Eso sería una buena idea —opinó Rosa—, si mi marido no tuviese tantas antipatías en la ciudad.

La comedianta, orgullosa de poder hacer un favor a su amiga, propuso:

—Le mandaré a mi amigo. Puede cobrarle todo lo caro que quiera. Por mi parte, haré como que no sé nada.

—¿A Lorenzen, el comerciante en vinos? Imposible. Ha sido alumno de mi marido y, por lo visto, de los que más le han hecho rabiar. Ya cuando le hablé de ti me dijo que por tu parte podías venir cuando quisieras, pero que no consentiría que Lorenzen pusiera los pies en su casa... Y aunque yo le convenciese ahora. Lorenzen se guardará muy bien de volver a caer en sus garras.

—Si es por eso, puedes estar tranquila. No me conoces. Soy capaz de plantearle la cuestión de gabinete.

Rosa comunicó a Basura que Lorenzen, el comerciante en vinos, quería que él le hiciera clases de griego, puesto que vendía vinos griegos. Basura acogió la noticia con cierta inquietud, pero sin oponer una rotunda negativa. Luego, agitado y sonriendo maliciosamente, habló de los numerosos delitos y tentativas de rebelión de Lorenzen durante su época escolar y de las ocasiones en que le había designado por su apodo sin que jamás hubiera podido atraparlo.

—En fin —concluyó—, aún no se ha perdido todo. —Y, luego, a su mujer—: ¿Te acuerdas, querida, de aquellos escandalosos que fueron detrás de nuestro coche el día en que nos casamos?

—Sí, sí; deja eso —le interrumpió Rosa, a quien avergonzaba la evocación de tales incidentes en presencia de su amiga.

Pero Basura continuó, como si no la hubiera oído:

—¿Y del grupo que nos esperó a la salida del Ayuntamiento y ensució de lodo tu vestido blanco? Pues bien: es indudable que Lorenzen, mi antiguo discípulo, estaba entre los alborotadores gritando a pleno pulmón mi apodo y cubriéndose una vez más de oprobio con tan vergonzosas hazañas.

—Ya le diré yo cuántas son cinco —declaró la comedianta.

—Lamentablemente, no me fue posible atraparlo —prosiguió Basura— ni probarle su delito. Ahora tiene que aprender griego. He tenido varios alumnos así, a los que jamás pude atrapar. ¡Ojalá todos tuviesen ahora que aprender el griego!

Lorenzen se presentó y fue benignamente acogido. Cada vez que durante la clase hacía falta un lápiz, un libro o un cuaderno, Basura llamaba a Rosa y la enredaba en una conversación. Primeramente tuvo que lucir delante de Lorenzen sus conocimientos de griego. Luego, las conversaciones se desviaron hacia asuntos de más actualidad. Lorenzen había acudido a casa de Basura dispuesto a observar una actitud de irónica superioridad. Pero le fue imposible mantenerla al ver moverse a Rosa Fröhlich con gracia natural y mesurada en aquel ambiente burgués, encontrarla mejor vestida que su propia mujer, que se indignaba cada vez que se encontraba con ella en algún teatro, y comprobar, en fin, que un poco de pintura, alguna ligera libertad de expresión y un poco de teatralería sazonzaban muy agradablemente la desabrida vida de familia. ¡Aquel viejo zorro de Basura! Viviendo así no se necesitaba para nada ir al casino ni a ningún otro lado.

Lorenzen consiguió la autorización de traer al siguiente día varias botellas de su vino. Llevó también unas empanadas, y la clase de griego quedó substituida aquella vez por una merienda. Cuando había que salir de la habitación para traer algo, fue siempre Basura quien se ocupó de ello. Primero salió por un sacacorchos, y luego, vacías ya las botellas y un tanto alegre Lorenzen, por muchas cosas más.

Durante una de estas meriendas, Rosa Fröhlich manifestó su opinión de que resultarían más entretenidas con un número mayor de invitados. Lorenzen alegó que se pasaba mejor en la intimidad; pero Basura dio la

razón a su mujer, y el comerciante en vinos tuvo que hacerse acompañar de varios amigos suyos. Por su parte, la comedianta trajo a una de sus compañeras. Los señores se encargaban de aportar fiambres, pastas y frutas, y la señora de la casa proporcionaba sólo el té. A última hora entraban todos en deseo de beber champaña, y Basura les hacía siempre la misma observación, con su sonrisa maliciosa:

—Ya saben ustedes, señoras y señores, que he sido destituido del cargo que ocupaba entre el profesorado del Instituto, sin que sea oportuno entrar ahora a examinar la razón o la sinrazón del caso.

Los invitados le dejaban hablar hasta el fin, y luego reunían a prorrata el dinero necesario para el champaña. A veces Basura iba en persona a encargarlo, y luego se le veía regresar calle arriba, detrás del mozo cargado con el cesto, protegiendo el transporte del champaña como antes a través de la sala *de El Ángel Azul*.

Cuando la animación había llegado a un cierto nivel, Rosa Fröhlich accedía a los ruegos de los invitados y cantaba sus canciones preferidas. Una vez vencida su prudencia por el champaña, empezó a cantar la de "las estrellas rientes". Basura la interrumpió en el acto y rogó a los invitados que se retirasen. Asombrados, le opusieron resistencia e incluso se permitieron alguna frase de mal gusto. Pero cuando vieron que Basura se enfurecía y no estaba dispuesto a tolerarles tales familiaridades, se marcharon excusándose. Rosa pidió humildemente perdón a su marido. No sabía cómo había podido ocurrírsele aquella mala idea.

Los invitados de Basura eran todos gente joven, y en su mayoría habían sido parroquianos frecuentes de *El Ángel Azul*. Mientras fueron pocos, se les hizo imposible adaptarse naturalmente al trato de Basura, como al de cualquier otra persona que les hubiera invitado a su casa, y se comportaron con afectado descaro, burlándose de él a sus espaldas, sin perjuicio de bajar la cabeza con humildad, como escolares sorprendidos en falta, y darle toda clase de explicaciones, en cuanto les pedía cuentas de alguna broma demasiado fuerte. Luego, al hacerse más numerosos, cada uno de ellos se fundió en la masa, convirtiéndose en espectador irresponsable. Ninguna familiaridad volvió ya a turbar el ambiente. Era como si Basura se hubiera trasladado con su compañía a un local más pequeño en el que se podía conversar más cómodamente con las damas. Además, aquel local se cerraba más tarde y sólo cuando uno quería marcharse. Una vez, cuando el círculo de invitados no era aún muy amplio, Lorenzen propuso organizar una partida de bacará. Basura manifestó curiosidad por conocer la marcha de aquel juego, y, una vez que le fueron explicadas sus reglas, se hizo cargo de la banca. Ganó al principio, y en cuanto empezó a perder cedió el puesto. Lorenzen sintió que su calidad de organizador de la partida le obligaba a animarla, y fue extrayendo de su cartera, en rápida sucesión, numerosos billetes de cien marcos. Algunos invitados enrojecieron y lamentaron infinitas veces en voz alta no haber sacado más dinero de su casa. El banquero volvió a ganar. Rosa se deslizó detrás de su marido y le recriminó en voz baja:

—¿Lo ves, tonto? ¿Por qué has dejado la banca?

Basura respondió:

—Déjalo estar, querida. He ganado lo suficiente para comprarte aquel sombrero de ochenta marcos que tanto te gustó el otro día y poder tapar por de pronto la boca a varios proveedores.

Luego siguió con ojos satisfechos la suerte de los billetes que Lorenzen iba sacando de su cartera. Ninguno volvía a su poder. Así, pues, Lorenzen perdía, y Basura, con la garganta apretada, se sintió en el camino de la victoria, ligeramente estremecido por un temblor subterráneo. Y cuando Lorenzen, despejada ya la cabeza, se quedó mirando con cara atontada su cartera vacía, se llegó a él y le dijo:

—Dejémoslo ya, Lorenzen. Por hoy ha durado bastante nuestra clase de griego.

No tardó en difundirse por la ciudad el rumor de que en casa de Basura se organizaban escandalosas orgías. Los señores casados oían con envidia las descripciones jugosamente exageradas que sus amigos solteros les hacían en la bolsa y en el casino, en los cafés y en las oficinas. Luego llevaban a sus casas un ligero eco de aquellos relatos, y sus mujeres los comentaban entre ellas e intentaban averiguar más detalles. Por ejemplo, cómo era el cancán que la mujer de Basura había bailado una noche. Los maridos no sabían explicárselo suficientemente, y de este modo imaginaban que se trataba de alguna inmoralidad suprema e inaudita. Y luego, el entretenimiento que, según decían, gozaba de máximo favor en aquéllas reuniones: un juego de prendas. Varias parejas se tendían en el suelo, alternando siempre un caballero con una señora, y en seguida se echaba sobre ellos una manta que les tapaba desde los pies hasta el cuello. Mientras la manta no se moviera, nadie tenía que meterse en lo que debajo sucediese. Pero en cuanto se movía, por poco que fuera, el culpable o la culpable tenían que pagar una prenda. Aquel juego intrigó a la ciudad entera. Difusas informaciones llegaron a las muchachas solteras, que se pasaron las horas muertas discurriendo sobre él, entre ellas, con los ojos penetrados de una asustada curiosidad. Pretendían saber, además, que en aquellas

reuniones las señoras se mostraban a veces completamente desnudas de medio cuerpo arriba. ¡Qué escándalo! ¡Pero debía de ser muy divertido!

Lorenzen trajo consigo a algunos oficiales que le compraban sus vinos, entre ellos al teniente Von Gierschke. Knust, el abogado fue uno de los primeros hombres de buena sociedad que se decidieron a acudir a las reuniones de Basura, y en el acto entabló con el joven profesor Richter un intensa rivalidad por alcanzar los favores de Rosa. Richter estaba ya prometido a aquella muchacha de familia distinguida y en general inaccesible a los simples catedráticos del Instituto, y su nueva calidad de novio oficial no le sentaba nada bien. Se mostraba irritable, ansioso de placeres, y perdía con facilidad su firme cabeza de funcionario público, tan sentada antes. Arrastrado por el ejemplo de Lorenzen, perdió al juego, en una noche, una cantidad equivalente a su sueldo de varios meses, y en su galanteo a la dueña de casa olvidó toda compostura. En la sala de profesores del Instituto empezaron a oírse malignas alusiones a su trato con Basura, vergüenza del profesorado.

La situación económica de Basura variaba con la mudable fortuna del juego. En una ocasión pudo ofrecer a Rosa una estola de piel que le costó mil marcos. En cambio, llegó un día en el que tuvo que meterse en la cama y fingirse enfermo a la hora de llegar los invitados, porque todos los proveedores se negaban a suministrarle lo más indispensable. A la mañana siguiente fue a visitarlos uno por uno y les hizo ver que no ganaban nada con causar una catástrofe, consiguiendo que le prorrogaran sus créditos hasta que el juego le fuese favorable.

Rosa jugaba muy pocas veces; pero cuando se decidía no lo dejaba hasta haberlo perdido todo. Una noche tuvo tal suerte que Lorenzen, el comerciante en vinos, se vio en la obligación de dejar la banca. Se levantó, muy pálido, y desapareció murmurando amenazas: Rosa, emocionada como un niño que recibe un regalo, contemplaba el montón de billetes y monedas de oro que se alzaba ante ella. Sus vecinos de mesa, poseídos de pronto por un profundo respeto hacia ella, se ofrecieron a contar las ganancias. Sumaban más de doce mil marcos. Rosa se limitó a manifestar que tenía sueño y quería irse a la cama. Luego, a solas con Basura, brillándole los ojos de fiebre, le dijo con una vocecita dulce, casi desfalleciente:

—Ya tiene Mimí otra vez su dote, y no tendrá que hacer lo que yo...

Pero a la mañana siguiente los acreedores, que ventearon dinero fresco, asaltaron la casa, y, aunque Rosa defendió con uñas y dientes la dote de su hija, se la arrebataron.

Por otro lado, comenzó a susurrarse que Lorenzen, el comerciante en vinos, iba a declararse en suspensión de pagos. Basura corrió en el acto a informarse y volvió pálido y sudoroso. Durante un buen rato no pudo pronunciar palabra. Por último, jadeante y descompuesto, articuló dificultosamente:

—Va a quebrar. Lorenzen, mi antiguo discípulo, va a quebrar.

—No será eso lo que nos saque de apuros —arguyó Rosa con displicencia.

—Lorenzen, mi antiguo discípulo, va a quebrar —repitió Basura—. Se ha venido abajo y no se levantará ya tan fácil. Su carrera ha terminado. Ha terminado real y verdaderamente.

Hablaba con un hilo de voz, como si temiera saltar en pedazos bajo la enorme presión de su júbilo monstruoso.

—¿Y qué sales tú ganando con eso? Mimí se ha vuelto a quedar sin dote.

—Lorenzen, mi antiguo discípulo, ha recibido su castigo. Por fin he logrado atraparle y entregarlo a su merecido destino.

Rosa le vio ir de un lado para otro como loco. Sin darse cuenta de lo que hacía, cogía con manos temblorosas los objetos que encontraba a su alcance. Cada vez que su mujer le decía algo, respondía la misma cosa:

—Lorenzen, mi antiguo discípulo, se ha venido abajo y yace por tierra aniquilado.

Aquella extraña conducta terminó por atraer e interesar a Rosa. La tempestad espiritual de Basura, mucho más fuerte que sus propios movimientos anímicos, sopló sobre ellos y los desvaneció.

Rosa olvidó sus penas y se quedó mirando fijo a su marido, vagamente asustada ante aquella pasión, que se le aparecía como una locura latente en lo más hondo de Basura y siempre dispuesta a emerger con violencia. Vagamente asustada, y al mismo tiempo subyugada y más encadenada que nunca a su viejo Basura, con un grato escalofrío, por aquella misma pasión, por aquella locura violenta y peligrosa.

XIV

También algunos muchachos, sometidos aún a la disciplina del Instituto, acudían a la casa de Basura. Uno de ellos, larguirucho y muy rubio, perdió en el juego cantidades significativas. Al final de la temporada, en primavera ya, Basura vio una noche, apostado a la puerta de su casa, al profesor Hübbenett, su enemigo, que había censurado en otros tiempos, con crueldad, la conducta del hijo de su colega, y luego, ante la propia clase del mismo, había hablado de la basura moral, de cuyas emanaciones debían preservarse los estudiantes.

Basura sonrió venenosamente al verlo. Le esperaba. Su hijo, aquel muchacho larguirucho y rubio, jugaba demasiado fuerte. Algo anormal debía de haber sucedido en su casa.

Hübbenett hizo salir a gritos a su hijo y le ordenó que le siguiera. En voz alta, pero sin dirigirse a nadie en particular, añadió que daría los pasos necesarios para acabar con aquel estado de cosas, originado por el escandaloso proceder de aventureros sin conciencia que corrompían a la juventud, incitándola al vicio y encenagándola en él de tal manera que para satisfacer las culpables inclinaciones así despertadas en ellos, los muchachos no vacilaban en procurarse los medios necesarios del modo más ilícito, por ejemplo, robando la caja paterna.

Un oficial salió de la casa y se retiró con rápido disimulo. Otro invitado se acercó muy intranquilo al profesor y le hizo presente la inconveniencia de provocar un escándalo. Las personas allí reunidas no eran, como él pretendía, unos aventureros. Así, aquel caballero que estaba sentado a la mesa de juego, al lado de la ventana, era Breetpoot, el cónsul. Y aquel otro que ahora se volvía hacia Hübbenett frunciendo el ceño era nada menos que un importante jefe de la policía. Hübbenett no adelantaría nada queriendo dar al traste con un estado de cosas protegido por tan altas personalidades.

Se veía que el profesor compartía totalmente aquella opinión. Lanzó aún algunas frases condenatorias, pero ya con voz menos segura, y emprendió la retirada. Nadie se ocupó ya de él. Sólo Basura, radiante de triunfo, se deslizó en su seguimiento y le invitó a beber algo refrescante, y cuando el otro rehusó con desprecio, encogiéndose de hombros sin contestarle, todavía le hizo saber, amablemente, que su casa permanecía siempre abierta para él y para su hijo.

Volvió el verano. Esta vez el cortejo que siguió a Basura a la pequeña estación estival fue ya numerosísimo. Basura arrendó un hotelito amueblado. Cubrieron con falsas sedas japonesas los modestos divanes de la habitación principal y dispusieron sobre la mesa una ruleta.

Después de pasarse la noche jugando o entregados a las más libres diversiones, bajaban a la playa a ver salir el sol o los domingos asistían en grupo a las primeras devociones matutinas en la capilla del balneario. Otras noches las pasaban enteras fuera de casa. La solvencia económica de sus acompañantes abría a Rosa las puertas del restaurante del balneario y las de los cafés a las horas más inverosímiles.

Rosa era infatigable. Arrastraba detrás de ella, día y noche, el cortejo de sus admiradores, arrojándoles de cuando en cuando un hueso prometedor que calmara sus impacencias y siempre con una mirada de complicidad para Basura, que se frotaba las manos con satisfacción.

Ponía a prueba sucesivamente a todos sus admiradores. A uno de ellos, un individuo gordo y lustroso, le exigió que fuera nadando hasta un banco de arena próximo, inmediatamente después de la comida, en la cual se habían servido seis platos.

—No haga usted semejante cosa —le recomendó alguien más razonable—. Puede darle una congestión.

—Entonces que se vaya con la música a otra parte —replicó Rosa—. No quiero a mi lado gente débil. ¿No te parece, Basura?

—Por supuesto —confirmó su marido. Y añadió—: Creo recordar que cuando era usted aún alumno del Instituto, querido Jakobi, sobresalía en los ejercicios físicos. Así, un día, trepó usted encima de la tapia, para introducir por una ventana del primer piso, y precisamente en mi clase, un tubo de goma que llevaba hasta ella el olor de un cántaro de leche de cabras, agria. Durante varios días fue imposible limpiar el ambiente de aquella peste. De un alumno así es de esperar que sea también un buen nadador.

Este discurso obtuvo la aprobación general, y el joven Jakobi se decidió a complacer a Rosa.

Bajaron todos a la playa, y cuando Jakobi salió de la caseta en traje de baño, cruzaron apuestas sobre el resultado de la prueba. A la mitad de la travesía, tuvo que ser izado al bote que le acompañaba, y regresó a la playa sin haber recobrado el conocimiento.

Las tentativas para reanimarlo despertaron el mayor interés. Algunos que habían perdido su primera apuesta quisieron recuperar su dinero con otra sobre si Jakobi volvería o no a la vida. Las señoras se contagiaron de la excitación general. Una de ellas sufrió un ataque de nervios.

A los quince minutos de esfuerzos inútiles, algunos de los circunstantes se retiraron en silencio. Basura permaneció quieto.

Contemplaba el rostro lívido de Jakobi, su antiguo alumno, y recordaba la expresión rebelde y maligna que en otros tiempos se había pintado en él. Ahora Jakobi yacía allí, a sus plantas. Había sufrido el máximo castigo. Basura sintió una cierta angustia, que le apretó la garganta. El camino del triunfo volvió a temblar bajo sus pies. El tirano sufría ya vértigos en aquella cima insensata.

Sin embargo, Jakobi abrió los ojos. Los dos hamburgueses, el brasileño y el sajón, criticaron duramente aquel suceso. Pero su actitud obedecía tan sólo a un resentimiento personal. No significaban ya nada. No comprendían lo que había sucedido. En lugar de la mujer amable y sencilla del pasado año, encontraban ahora una Rosa Fröhlich que había adoptado la actitud dominadora y dictatorial de una verdadera belleza, y en torno a la cual se agolpaba una multitud de admiradores como si realmente lo fuese. Y el caso es que no lo era. Sus amigos del verano pasado encontraban ridículo aquel engaño, pero iban sucumbiendo a él cada día más. El brasileño trató aún de renovar sus familiaridades de antaño, pero fue rechazado ásperamente.

Los más cercanos a la meta eran Knust, el abogado, y Richter, el profesor del Instituto, pues eran los que más podían ofrecer. Uno de ellos era el soltero más codiciado de la ciudad. El otro iba a casarse. Rosa dudaba. Knust era más distinguido, pero si se decidía por Richter, las consecuencias habían de ser mucho más importantes. Además, la novia del profesor la irritaba, pues sólo aquella personilla insignificante se había permitido competir con ella en elegancia.

Un día exigió a Knust que abofetease a la primera persona cuyo nombre pronunciase ella por casualidad el miércoles siguiente. Knust rechazó el mandato, diciendo que aún no estaba loco y Rosa declaró que para ella había dejado de existir, pues el hombre que quisiera conseguir algo de ella había de estar dispuesto a obedecerle en todo.

Richter fue aquel hombre; tanto le había trastornado la cabeza su próximo matrimonio. Una tardecen tanto la música tocaba en el quiosco, desfiló al galope, montado a la grupa de la cabalgadura de Rosa Fröhlich, medio borracho y abrazado fuertemente a su compañera, por delante de todos los bañistas, entre los cuales se hallaba su prometida.

Inmediatamente después de la cena, Rosa Fröhlich se levantó de la mesa, llamó a su lado a Basura y a Richter y anunció con voz dulcísima que aquella noche quería acostarse temprano. Sus admiradores la acompañaron en procesión, con farolillos de papel, hasta su casa, y algunos de ellos comenzaron después una serenata bajo su balcón. Cuando todo quedó en silencio, Basura, medio desnudo ya, buscó a su mujer. Suponía que se encontraba aún asomada al balcón. Pero no. Quería compartir con ella su alegría ante la ruina del profesor Richter. Todo su júbilo se desvaneció en las habitaciones solitarias.

Seguramente habría vuelto a la playa o se le habría ocurrido salir a dar un paseo en barca. Basura conocía sus caprichos. Se sentó al lado de la camita de la niña y se dedicó a espantar los mosquitos.

Otro ingenuo que en aquella hora se dejaba engañar por Rosa y trocaba por un poco de luz de luna sus pulseras y sus objetos de tocador en la plata repujada. Basura se acostó... Pero en lo más hondo de su pensamiento, abismo al cual se guardaba muy bien de descender, sabía perfectamente que el acompañante de Rosa era Richter y que Richter no era en aquellas horas el burlado.

Basura se revolvió en el lecho hasta medianoche; luego se levantó, se vistió y observó en alta voz que sería preciso despertar a la criada y salir en busca de Rosa, pues tal vez le habría ocurrido alguna desgracia. Cogió una vela y se dirigió hacia la alcoba de la criada, pero al salir a la escalera se desvaneció por completo su engaño, y apagando asustado la luz, para que no lo delatase, regresó a tientas a la alcoba.

La luna iluminaba pálidamente la cama vacía. Basura, sin poder apartar de ella la vista, sintió una terrible opresión. Cayó anonadado en una silla y se echó a llorar. Asustado ante sus propios sollozos, se metió en la cama y se cubrió la *cabeza* con las sábanas. Al cabo de un momento, decidió conducirse virilmente y echándose de la cama se vistió de prisa y reflexionó cómo habría de recibir a Rosa cuando volviera. Le diría: "¿Qué? ¿Vienes de dar un paseo? La verdad es que hace una noche hermosísima. Yo también he salido y acabo de volver". Durante una hora repasó mentalmente aquellas frases, recorriendo sin descanso la habitación. Pero, de pronto, oyó un ruidito en la puerta de abajo, y, desnudándose a toda prisa, se introdujo en la cama. Apretó los párpados y espío la entrada de Rosa, el rumor de sus ropas al caer y el ligero crujido de la cama al acostarse ella con cautela. Luego, un suspiro de alivio, y, por último, la respiración familiar.

Al llegar a la mañana, ambos fingieron dormir. Rosa fue la primera en decidirse a abrir los ojos. Basura, al volverse hacia ella, encontró un rostro apenado, que presagiaba el llanto. Rosa se apoyó en su hombro, y sollozó:

—¡Si tú supieras! Nunca salen las cosas como una quisiera, y es inútil tratar de enmendarlas.

—Es posible —dijo Basura, con ademán consolador. Rosa lloró más dolorosamente, conmovida por su benignidad y por la resignación con que aceptaba su vaga disculpa.

—Aquel día no salieron de casa. Rosa mostró en todos sus actos una desmayada indiferencia, y sus ojos miraban penetrados de gratos recuerdos. Basura desviaba constantemente los suyos, para no tropezar con aquella mirada. Al atardecer llegaron varios de sus amigos y les preguntaron si sabían la novedad que traía revuelto al balneario.

—La novia de Richter ha roto con él.

Rosa miró en el acto a Basura.

—Es hombre al agua —continuó el visitante—. Con toda seguridad la familia de su ex novia pondrá en juego toda su influencia para hacerle perder su puesto en el Instituto y lograr que salga de la ciudad.

Rosa vio a Basura enrojecer y palidecer alternativamente, saltar de un pie sobre otro y cruzar y descruzar las manos. Le vio aspirar voluptuosamente el aire como si absorbiese con él el encanto de aquellas palabras; como si respirase la felicidad. Gozaba y sufría al mismo tiempo. Aquella vez había tenido que pagar su triunfo. La mala conciencia de Rosa adivinó los sentimientos que agitaban a Basura y le hizo ver que su marido sabía muy bien a qué precio había comprado su victoria.

Basura, no pudiendo estarse quieto por más tiempo, salió de la habitación. Rosa alegó un pretexto para abandonar por un momento a sus visitantes. Halló a Basura en el balcón de su alcoba y le dijo con fingido enojo:

—Adivino que el fracaso de ese pobre muchacho te regocija. ¿Por qué? No está bien alegrarse del mal ajeno.

Basura, apoyado en la barandilla del balcón, fijaba sus ojos en el mar como si contemplase horizontes infinitos a los que sólo podía llegarse a través de terribles abismos. Rosa adivinó vagamente su estado de ánimo y quiso ser, a su vez, ayuda y consuelo. Le expresó:

—No te atormentes. No ha pasado nada. Lo principal es que Richter se ha hundido para siempre. Has triunfado.

Pero mientras así hablaba, suspiró, pues, recordando horas muy cercanas, se encontraba cruelmente ingrata con el pobre Richter. ¿Cómo había podido suceder todo aquello? Richter era, desde luego, un muchacho simpático; pero si no hubiera sido por Knust, al que Rosa había querido humillar, las cosas no hubiesen llegado jamás a tal extremo. En fin, ya no había que pensar en ello. El daño estaba hecho, y Basura disfrutaba de su dolorosa victoria. Rosa le tendió la mano y le dijo:

—No hay que pensar más en ello, querido. Juntos tú y yo, venceremos siempre.

Basura le tomó la mano, pero observó: —Una cosa es indudable: que aquel que ha conseguido alcanzar las cúspides más luminosas, conoce también los más profundos e intrincados abismos.

Cuando volvieron a la ciudad eran ya esperados con impaciencia. Los solteros se dijeron unos a otros en el casino:

—Gracias a Dios que se ha acabado el aburrimiento.

Ya al día siguiente a su regreso organizaron su primera reunión, y toda la ciudad se ocupó de quiénes habían sido los invitados, qué les habían dado de comer y qué traje había exhibido Rosa Fröhlich.

Algunos ricos comerciantes casados empezaron a recibir, de cuando en cuando, entrada ya la noche, noticias inesperadas de haber sucedido algo en el puerto o en sus oficinas, y salieron rápidamente de sus casas.

De todos modos, hubo siempre algunos que permanecieron alejados de la casa de Basura, bien por su rigidez moral, bien por su falta de temperamento, o simplemente por avaricia. Bostezaban en las salas vacías del casino o de la Sociedad Cultural y hacían partícipes de su indignación a todo el que quería oírles. Pero conforme fue disminuyendo su número, declinó también su indignación y los últimos no experimentaban ya más que un sentimiento de abandono e inferioridad.

El Teatro Municipal no había abierto aún sus puertas. No había tampoco ningún otro espectáculo interesante. Y las cinco o seis mundanas que había en la ciudad a disposición de los señores de la buena sociedad les eran ya más que de sobra conocidas. Además, los placeres que podían entregarles perdían todo su sabor ante la idea de las reuniones de Basura y de los encantos de la señora de la casa.

En aquella ciudad anticuada, en la que el aburrimiento de la honrada vida de familia no hallaba otro contraste que el vicio más grosero y aburrido, el hotelito aquel de las afueras, en el que se jugaba fuerte, se consumían vinos caros y se encontraban mujeres que no llegaban a ser ni prostitutas ni señoras; aquel hotelito en el que la dueña de la casa, una mujer casada, la señora del profesor Basura, cantaba canciones picarescas, bailaba libremente y podía proporcionar goces aún más íntimos con un poco de habilidad que se tuviese; aquel hotelito de las afueras se envolvía en el nebuloso resplandor plateado que rodea misteriosamente los palacios feéricos. Nadie dejaba de pensar más de una vez todas las noches en aquella casa encantada. Cada uno de los habitantes de la ciudad, al ver doblar a un conocido sigilosamente una esquina, en dirección a la casa de Basura, o al oír las campanadas de un reloj, pensaba: "Ahora empieza el jaleo". Y más tarde, al ir a acostarse, se sentían cansados sin saber de qué, y suspiraban: "¡Cómo se estarán divirtiendo a estas horas en casa de Basura!"

Había, por supuesto, algunos señores, muy pocos, por ejemplo, el padre de Lohmann, que habían pasado su juventud en el extranjero; andaban por Hamburgo como por su propia casa; hacían de cuando en cuando viajes a París o a Londres y no sentían la menor curiosidad hacia aquellas reuniones de un viejo dómine extraviado y casado con una mujer joven y fácil. En cambio, otros ricos burgueses, que se habían pasado treinta años comerciando en pescado o en manteca y sin salir de las cinco calles principales de la ciudad, veían surgir de pronto ante sus ojos un modo insospechado de gastar alegremente su dinero. Se les revelaba con fúlgido esplendor el premio de sus trabajos y el porqué de su vida. Otros que habían conocido en remotos tiempos la vida de las grandes ciudades y se sentían ya un poco entumecidos por su larga permanencia en aquel nido provinciano, como Breetpoot, el cónsul, acudieron a casa de Basura por mera curiosidad y acabaron por divertirse en ella y ser de los más asiduos. Otros más, hombres de carrera universitaria, asistían impulsados por el recuerdo sentimental de los cafés de camareras de su gloriosa época estudiantil. Entre éstos se contaban los magistrados que habían formado el Tribunal en el proceso del túmulo y el pastor Quittjens. Por último, figuraban también en las reuniones algunos ciudadanos más modestos, tales como el propietario del Café Central y el tabaquero de la plaza del mercado, pequeños burgueses que se sentían halagados y ascendidos en categoría social por el trato con los conspicuos de la ciudad, posible únicamente para ellos en casa de Basura. Naturalmente, era este último elemento el que dominaba y el que daba el tono en las reuniones.

Este tono era un tanto singular. Todas aquellas personas esperaban encontrar allí los refinamientos equívocos de un extraño ambiente medio, en el cual el amor no se pagaba al contado y donde, sin embargo, no se aburría uno. Pero su presencia despojaba en el acto a la reunión de todo carácter equívoco. Cuando no guardaban la actitud correcta de la vida de familia, caían necesariamente en la grosería del burdel. No había para ellos término medio. Y si al principio se esforzaban en contenerse, pronto, a poco que bebieran,

perdieran en el juego o tomasen confianza, se les iba la lengua, llamaban a las cosas por su nombre, trataban de tú a las señoras o armaban camorra.

Aquel ejemplo era nefasto para la corrección de las señoras, que no tardaron en dejar de guardar las formas. La comedianta amiga de Rosa estaba irreconocible. Una noche se dejó sacar en hombros y medio desnuda del cuarto en que llevaba ya media hora a solas con otro invitado, y ser llevada en triunfo hasta la sala de juego. Rosa hubo de reconocer que su amiga no se hubiera permitido tal cosa la temporada anterior.

Ella, por su parte, persistía en guardar las formas. Desde luego, dedicaba exclusivamente sus atenciones a un número reducidísimo de personas escogidas, Breetpoot y Knust, por ejemplo, y tampoco en su trato con ellos se delataba jamás nada equívoco. En su casa nunca se permitía nada reprochable. Se entregaba al adulterio con todas las precauciones y todo el ceremonial de una mujer seriamente casada. Espesos velos, coches con las cortinillas echadas y citas en el campo. Tanta etiqueta le daba categoría y nadie se hubiera atrevido a confundirla con otra clase de mujeres, tanto menos cuanto que nunca se sabía a punto fijo quién era su protector del momento y hasta dónde el que fuese llevaría su tolerancia. No dejaba tampoco de contribuir a esta reserva el hecho de que el mismo Basura no toleraba, por su parte, familiaridad alguna. Se le había visto increpar a un invitado que, sin advertirlo, se había permitido cerca de él una observación sobre la dueña de casa, tomarle por un brazo, y ponerle de patitas en la calle, cerrándole su puerta para siempre. Y ello no obstante tratarse de uno de los puntos más fuertes y a pesar de que su observación acerca de Rosa había sido una de las más inocentes que podían hacerse.

Conociendo así la disposición de Basura en cuanto se trataba de su mujer, los invitados se guardaban muy bien de despertar sus iras.

Por lo demás, podían hacer lo que quisieran sin temor alguno. Basura se frotaba las manos de gusto cuando alguien hacía saltar la banca. Toleraba amablemente las borracheras más insensatas, deseaba buena suerte con burla impenetrable a los que acababan de dejar en la mesa de juego su último billete, sermoneaba sin encono a las parejas que sorprendía in fraganti y vivía sus más felices momentos cuando alguien perdía allí públicamente su honra. Un joven de buena familia fue descubierto haciendo trampas. Basura decidió que continuara jugando. Algunos jugadores abandonaron la mesa entre indignadas protestas. Pero a los dos o tres días aparecieron de nuevo y Basura les propuso en el acto, con su sonrisa venenosa, una partida con el joven fullero.

Otro incidente se desarrolló en forma más dramática. Uno de los jugadores echó de menos un fajo de billetes y exigió que se cerrasen todas las puertas y se sometiese a los presentes a un minucioso registro. Los invitados protestaron, se insultaron entre sí, amenazaron al robado y durante cinco minutos sospecharon todos unos de otros, sin excepción alguna. De pronto, la voz de Basura dominó el tumulto. Con toda seriedad manifestó que si todos estaban conformes en dejar el asunto en sus manos, él mismo designaría a las personas que habían de ser registradas. Llenos de curiosidad y deseos de aparecer por encima de toda sospecha, los circunstantes aceptaron su proposición, y Basura, designó para ser registrados al teniente Von Gierschke, a Kieselack y a Breetpoot. "¿A Breetpoot?", le preguntaron todos, asombrados. "¿Y a Von Gierschke, a un oficial?" Pero Basura permaneció inalterable. Y al teniente, que se disponía a resistirse, rojo de ira, le recomendó paternalmente: "Todo el mundo está contra usted y le desarmará. Con el sable perderá usted su honor y no le quedará ya más arma que su pistola, con la cual tendrá usted que pegarse un tiro; por lo tanto, es mejor que se deje registrar".

Von Gierschke, puesto ante semejante dilema, se rindió incondicionalmente. Basura no abrigaba la menor sospecha contra él y sólo quería humillar su orgullo. Pero en aquel mismo momento fue sorprendido Kieselack cuando trataba de arrojar por una ventana el fajo de billetes. Breetpoot pidió airadamente una explicación a Basura, pero éste acercó su rostro al del cónsul y le susurro al oído un nombre, sólo un nombre, que apaciguó sus iras en el acto. El cónsul no dejó por aquello de seguir asistiendo diariamente y arriesgando en el juego grandes sumas. Von Gierschke faltó durante ocho días. Kieselack reapareció una sola vez, y perdió algún dinero.

Al día siguiente, su abuela se presentó en la oficina municipal, en la que Kieselack había logrado un modesto empleo, y denunció que su nieto le había robado. Aquello provocó su inmediata cesantía, que sus jefes no se habían atrevido a decretar cuando sucedió el escándalo en casa de Basura. Kieselack rodaba al abismo. Basura festejó a solas este acontecimiento.

Disfrutaba de sus triunfos con disimulada astucia. En medio del torbellino de aquellas gentes que se precipitaban hacia la quiebra, la muerte civil o la horca, Basura, inmovible, parecía un viejo maestro de escuela cuya clase se ha rebelado con escándalo, y que, desde su cátedra, clava sus ojos en los rostros de los cabecillas, para no olvidarlos y darles un merecido en la calificación de fin de curso. Aquellas personas

habían osado rebelarse contra su poder y ahora presenciaba insensible cómo se destrozaban libres de toda disciplina. Del tirano había surgido, al fin, el anarquista.

Parecía orgulloso de su nuevo estado y haber cobrado una cierta predilección a su propio rostro anguloso, al que habían retornado ahora colores juveniles. Veinte veces en la noche sacaba un espejito de bolsillo protegido por un estuche, en el que aparecía escrito en grandes letras la palabra latina *bellet*, y se miraba complacido. A veces, en medio del alegre alboroto de sus invitados, Basura evocaba noches pretéritas. Aquella en que hubo de abandonar entre burlas el Café Central y todavía, al deslizarse hacia su casa, alguien le había gritado al paso su apodo, como quien arroja una pelota de barro. Una sola noche había pedido algo a los hombres. Les había pedido que le dijeran quién era la artista llamada Rosa Fröhlich, dónde lograría encontrarla y cómo podría impedir que tres alumnos suyos, y, sobre todo, el peor de ellos, Lohmann, lograran sus favores. Nadie había satisfecho su demanda. Sólo había encontrado gestos de burla, antiguos discípulos que le negaban el saludo y chiquillos que le gritaban su apodo bajando veloces en sus carritos por la callejuela en pendiente.

¡Su apodo! Ahora se lo daba él a sí mismo, ostentándolo como una corona de laurel. En una ocasión, al acompañar hasta la puerta a un jugador que había perdido aquella noche todo su dinero, le dio dos golpecitos en el hombro y le dijo:

—Sí, sí. Tiene usted razón en lo que está pensando. Soy una verdadera basura.

¡Sus noches! ¡Qué distinta hora! ¡Su casa era la más iluminada de la ciudad, la más importante, la favorita del destino! ¡Cuántos terrores, cuántas ansias inconfesables, qué furor fanáticamente hacía él arder ahora en torno suyo, y cuánta víctima propiciatoria acudía a quemarse en sus llamas! Lo que las atraía era el vacío de sus propios cerebros, la estupidez de la incultura, su imbécil curiosidad, su libertinaje apenas encubierto por una falsa moral, su ansia de dinero, su vanidad y, a más, los múltiples intereses creados en torno de aquella vorágine. ¿No eran acaso los propios acreedores de Basura los que traían a su casa los parientes, amigos y parroquianos con el propósito de que Basura, su deudor, hiciera dinero desplumándolos? ¿Acaso algunas mujeres casadas no mandaban allí a sus maridos, con la esperanza de participar luego en sus ganancias? Y otras se arriesgaron a venir ellas mismas. En el baile de máscaras organizado en casa de Basura una noche de Carnaval, hubo señoras irreprochables que aprovecharon el amparo del antifaz para satisfacer su curiosidad. Algunos de los señores casados que aquella noche acudieron observaron hasta el final un comportamiento sospechosamente reservado, temiendo ser espiados detrás de un antifaz por ojos conyugales. Las jóvenes solteras comentaron entre sí alguna salida nocturna y misteriosa de sus madres. Seguramente habían ido a casa de Basura. Cuando se encontraban solas tarareaban a media voz las canciones de Rosa Fröhlich. El misterioso juego de prendas, en el que las parejas se tendían en el suelo bajo una manta, penetró en los hogares burgueses y se jugaba cuando las hijas casaderas recibían la visita de posibles maridos. Antes del verano, tres señoras de la buena sociedad y dos muchachas solteras salieron de pronto para el campo, anticipando de un modo que pareció singular las vacaciones de verano. Tres comerciantes se declararon en quiebra. Meyer, el tabaquero de la plaza del mercado, falsificó unas letras y se ahorcó al descubrirse su delito. Empezó a murmurarse sobre la situación económica de Breetpoot...

Y esta desmoralización de toda una ciudad, que nadie podía impedir por ser muchos los que se hallaban implicados en ella, era obra de Basura y constituía su triunfo. La pasión que le dominaba en secreto, aquella pasión que su cuerpo reseco, sólo muy raras veces delataba con una mirada de venenoso brillo verde gris, desafiaba y se imponía a toda una ciudad. Basura era fuerte; podía ser feliz.

XVI

Habría sido feliz si hubiera sido todavía más fuerte y no se hubiese entregado a Rosa Fröhlich en una crisis de su destino de misántropo. Rosa era el reverso de su pasión. Si los demás debían perderlo todo, ella debía recibirlo todo. Había de ser protegida y colmada en la misma medida en que los demás despojados y arruinados. Todos los instintos cariñosos del misántropo se habían concentrado en ella. Basura sabía que aquello le debilitaba. Se decía que Rosa no debía haber sido más que un instrumento suyo, para dar por fin a los estudiantes su merecido castigo, y en lugar de ello, la había colocado a su lado muy por encima de la humanidad y se veía obligado a amarla y a sufrir bajo aquel amor que se rebelaba a ponerse al servicio de su odio. El amor de Basura se consagraba a la protección de Rosa Fröhlich, y volaba alto y lejos para volver a ella con sus presas. Era un amor esencialmente viril. Y, sin embargo, también aquel amor era en último término una debilidad...

Algunos días, al regresar a casa, se encerraba en su cuarto y no aparecía hasta la noche. Rosa le hablaba a través de la puerta, con vocecita suave, ligeramente compasiva. Pero Basura se resistía a comer. Estaba absorbido en una labor científica; Rosa le aconsejaba que comiese algo si no quería caer enfermo, y luego se resignaba, suspirando, a dejar que se le pasara el ataque. Con toda seguridad, había vuelto a registrar su armario y había encontrado alguna esquila amorosa. A veces, cuando ella volvía a casa dichosamente fatigada, Basura enrojecía, procuraba no mirarla y acababa por desaparecer. Pero, si estaba enterado de todo y jamás le había dirigido el menor reproche, ¿por qué aquellos ataques? ¿Cómo no había acabado por acostumbrarse?

En cambio algunas veces lo notaba impaciente y mucho más deseoso que ella misma de ver llegado el final de alguna de sus intrigas. Incapaz ya de contenerse, le decía: "Te recomiendo a Vermöhlen, mi antiguo discípulo. No lo pierdas de vista". ¿Podría dudarse ni un momento de lo que aquello significaba? ¿Y cuando le pedía ardientemente que terminase pronto con Breetpoot?

Rosa Fröhlich se encogió de hombros. Basura, al que no comprendía, se hallaba dominado por su terrible pasión. Su amor al que había de atormentar a diario para alimentar su odio, hacía arder este odio en una fiebre más insensata cada vez. Odio y amor se entremezclaban fundiéndose en un monstruoso producto. Basura acariciaba la terrible visión de una humanidad asolada, que pedía gracia; la visión de la ciudad entera arruinada y desierta, montón de oro bañado en sangre, que se disolvía en la ceniza gris del fin del mundo.

Con esta alucinación alternaba la que le presentaba a Rosa en brazos de otros hombres. Y todos ellos tenían el mismo rostro. El de Lohmann. Lo más funesto, lo más odioso que jamás pudiera cruzarse ante Basura, había tomado para él la figura de Lohmann, de aquel estudiante al que no había modo alguno de castigar y que ni siquiera estaba ya en la ciudad.

Después de una de estas crisis volvía a compadecerse de Rosa y de sí mismo y le prometía que se retirarían pronto de la ciudad para disfrutar tranquilamente de lo que aquellos hombres habían ofrecido a Rosa como una restitución debida.

—¿Cuánto crees que es? —le preguntó ella, airada—. Tú tienes en cuenta lo que aquí dejan, pero no lo que se vuelven a llevar. ¿Crees acaso que todos estos muebles son nuestros? Pues te equivocas. De todo lo que hay aquí sólo nos pertenece el marco de aquel cuadro y ese almohadón encima del sofá. Lo demás todo está embargado.

Se sentía cruel. Fatigada ya de aquella continua caza de hombres, se vengaba en el que tenía más cerca. Basura contestó solemnemente:

—Sé muy bien que mi deber es cuidar de tu bienestar y sabré cumplirlo...

Luego agregó entre dientes:

—Me las pagarán todas juntas.

Pero Rosa no le escuchó. Recorría el cuarto de un lado a otro, retorciéndose las manos.

—No te figurarás que hago esta vida absurda sólo para complacerte y que logres vengarte de tus enemigos. Nada de eso, lo hago porque debo ganar dinero para Mimí, para que mi pobre Mimí no tenga que hacer lo que su madre. ¡Dios de Dios!

En este punto se iba a buscar a la niña a su alcoba, la traía medio dormida aún, y se abrazaba a ella llorando. Basura contemplaba la escena con la cabeza baja y los brazos caídos. Rosa le hacía abandonar la casa y se acostaba. Pero a la hora de llegar los invitados ya estaba otra vez de pie y los recibía con su alegría acostumbrada. Asimismo, procuraba desvanecer en Basura la mala impresión de la pasada escena,

mostrándose amable y cariñosa con él, llamándole aparte muchas veces para que todos vieran que seguía siendo para ella lo principal, y burlándose con él precisamente de aquellos individuos de quienes Basura sospechaba por el momento. De este modo, volvía a reanimar en él la ilusión de que nada grave había ocurrido, y por una hora Basura creía haber triunfado sin sacrificio alguno. En realidad, no acababa de creerlo, pero se decía a sí mismo que nada concreto, ninguna prueba tangible, le impedía aceptarlo. Tan dichoso se sentía después de los tormentos pasados.

Un sereno día de primavera, el primero realmente sereno después de tantas crisis espirituales, Basura y su mujer se encaminaron hacia la ciudad. Basura se complacía en la idea de que al fin y al cabo eran dos buenos aliados. Rosa, que al renunciar a las lecciones de griego, había renunciado a su ambición de llegar a amar a Basura algún día, se disculpaba ante sí misma alegando su buena voluntad y su firme amistad hacia su marido. Complacidos ambos en estos pensamientos, acogieron con una sonrisa la actitud de Droge, el tendero de la esquina de su calle, que abrió a su paso la puerta de su establecimiento y les increpó amenazándoles con los puños en alto. Tampoco la frutera podía verlos con tranquilidad, y había ya incitado a Droge varias veces a dirigir sobre la pareja el chorro de su manguera. El matrimonio Basura no podía ya salir a la calle sin exponerse a alguno de estos incidentes. Debían a todo el mundo, aunque siempre andaban repartiendo dinero a diestra y siniestra, y los proveedores, a los cuales no habían solicitado crédito, sino que ellos mismos se lo habían ofrecido insistentemente, eran los que ahora armaban más escándalo. Rosa encargaba sus vestidos a París, pagándolos por adelantado, y, en cambio, debía el pan consumido durante el mes anterior. A pesar de todo, Rosa creía ahorrar para su hija y Basura creía robar para su mujer. Cuantas veces se presentaba, y siempre inútilmente, el alguacil del Juzgado amenazando con el embargo, les atrapaba desprevenidos; nunca sabían cuál era el acreedor que podía haber dado aquel paso. Rosa hacía mucho tiempo que no lograba ya orientarse en el maremágnum de cuentas y pagarés. Basura anotaba lo que perdían los demás, pero no lo que él debía ganar para su propio bienestar. La ruina que difundían en torno suyo había terminado por atacar su propia casa. Engañados y perseguidos a través de la selva frondosa de sus fraudes, alentaba aún en ellos la esperanza de improbables ganancias en el juego, o de la muerte colectiva de todos sus acreedores. Sentían ya vacilar el suelo bajo sus plantas y antes de que la casa se hundiese sobre ellos procuraban hacer aún todo el daño posible.

Al entrar en la ciudad tuvieron que sostener un altercado con el mueblista, que les acusaba de haber vendido muebles que aún no le habían pagado, y les amenazó con llevarles al Tribunal.

En aquel momento resonó a su lado ruido de sables sobre la acera. Rosa miró y desvió en el acto la vista. Una voz ronca exclamó:

—¡Demonio!

Y otra, admirativa, hizo coro:

—¡Fíjate!

Rosa no escuchó ya lo que decía el mueblista; lo dejó plantado y siguió andando ligeramente aturdida. Sólo al llegar ante la puerta de la confitería se dio cuenta de que Basura tampoco decía una palabra. Sintió algo como remordimiento y empezó a hablarle con cariño, deseosa de conciliarse con él después de lo que acababa de ver. También Basura mostró de repente una nerviosa cordialidad y la invitó a merendar en la confitería. Mientras él encargaba la merienda en el mostrador, Rosa entró en el saloncito y escuchó en el acto como alguien golpeaba con suavidad con los nudillos en los cristales. Pero se guardó mucho de dirigir la vista hacia aquel lado. Sabía quiénes intentaban así hacerse notar. Eran, de nuevo, Von Ertzum y Lohmann.

Por la noche, Basura no se había tranquilizado aún. Se deslizaba constantemente de un lado para otro por entre los invitados; hacía observaciones irónicas, repitió varias veces: "Soy una verdadera basura", y manifestó:

—De todo lo que hay aquí, lo único que me pertenece es ese almohadón de encima del sofá y el marco de aquel cuadro.

Una vez que Rosa fue a su alcoba, la siguió para anunciarle:

—Breetpoot no tardará ya en caer.

—Te equivocas —contestó Rosa—. Esta noche trae otra vez la cartera llena de billetes.

—Puede ser, pero la cuestión está en saber de dónde vienen esos billetes.

Se acercó más a Rosa y murmuró otra vez con su sonrisa envenenada.

—Yo lo sé. Me lo ha dicho su cajero. Breetpoot se está gastando el dinero de Von Ertzum, su pupilo. — Y como Rosa se lo quedase mirando asombrada, añadió—: Estas cosas le alegran a uno la vida. Ya tenemos

en tierra al segundo de los tres. Kieselack se ha hundido definitivamente. Von Ertzum no tardará en caer. Queda sólo el tercero.

Rosa no pudo resistir su mirada.

—¿De quién hablas? —preguntó, confusa.

—El tercero ha eludido hasta ahora su castigo, pero no debe escaparse.

—¡Cómo! ¿Qué dices? —exclamó Rosa con voz insegura. Y de repente, con brusca transición, agregó retadora—: ¿Pero no es ese, acaso, tu mayor odio? ¿No me has prohibido siquiera mirarle?

Basura bajó la cabeza y respiró con dificultad.

—Desde luego. No estoy dispuesto... —balbuceó obscuramente—. Y, sin embargo, no es posible que este alumno eluda el castigo. Hay que atraparlo.

Rosa se encogió de hombros.

—Te brillan los ojos. Tienes fiebre. Hazme caso: vete a la cama y procura sudar. Te mandaré una taza de manzanilla bien caliente. Te agitas demasiado y puedes caer enfermo... ¿me oyes?

Basura no la oía, decía:

—Pero tú no... Tú no...

Lo decía con una especie de súplica terrible que Rosa desconocía aún y que le produjo una mezcla de terror y de tiernas promesas, como una violenta llamada nocturna a la puerta de su alcoba.

XVII

A la mañana siguiente Rosa Fröhlich se puso a pensar qué tendría que hacer en la ciudad, y cuando lo hubo encontrado, se encaminó hacia ella.

Por las calles se fue mirando de reojo en todas las vitrinas. Había invertido en su tocado dos horas y media. Su corazón latía aquella mañana un poco más apresurado que de costumbre. A la entrada de la calle, de Siebenberg se detuvo delante de la librería de Von Redlen —nunca se le había ocurrido antes detenerse allí— y pasó revista a los libros del escaparate, sintiendo en la nuca un temeroso cosquilleo, como si alguien fuera a cogerle por ella. En esto sonó una voz a su espalda:

—Buenos días, señora. Encantado de volver a verla.

Rosa tuvo que dominarse violentamente para poder volverse con armoniosa lentitud.

—¡Qué sorpresa, señor Lohmann! ¡Otra vez por estas tierras!

—Si usted no tiene inconveniente...

—¿Por qué había de tenerlo? Pero, dígame, ¿dónde ha dejado a su amigo?

—¿Al conde Von Ertzum? Por ahí anda... ¿Quiere usted que sigamos?

—¿Y qué hace?

—Su servicio militar. Por el momento está aquí con permiso.

—Seguirá siendo tan buena persona como siempre, ¿no?

Rosa extrañó que Lohmann no mostrara el menor signo de enojo al advertir que sólo se interesaba por su amigo. Y hasta creyó advertir que, en el fondo, se estaba burlando de ella. También antes, en los tiempos de *El Ángel Azul*, había despertado en ella Lohmann tal sospecha. Aquel recuerdo la irritaba. Lohmann la invitó a entrar en la confitería. Rosa le contestó indiferente:

—Entre usted solo, si quiere. Yo tengo que hacer.

—Llevamos ya mucho tiempo parados aquí en la esquina, y no es cosa de dar quehacer a las murmuraciones provincianas —repuso Lohmann, y abrió ante Rosa la puerta de la confitería.

Rosa entró, lanzando un suspiro. Lohmann, detrás de ella, admiró nuevamente la esbeltez de su figura, la elegancia de sus movimientos y la airosa gracia de su peinado. Luego fue a sentarse a su lado.

—Ya he visto que en el tiempo que he faltado de aquí ha llegado usted a ser una de las personalidades más sobresalientes de la ciudad.

—No me ha ido mal —le respondió. Y luego, desviando la conversación, añadió—: ¿Y usted? ¿Qué ha hecho? ¿Dónde ha estado metido?

Lohmann satisfizo su curiosidad. Había estudiado en la Escuela de Comercio de Bruselas, y después había pasado a Inglaterra para practicar en una oficina de un amigo de su padre.

—Se habrá usted divertido mucho, ¿eh?

—No; no soy muy amigo de diversiones —protestó él secamente y con desprecio, mientras su rostro adquiría una expresión un poco teatral.

Rosa lo miró de reojo con cierta admiración, temerosa. Vestía de negro y conservaba puesto el sombrero, negro también. Su cara, completamente rasurada, amarilleaba un poco más que antes, y sus ojos se perdían en una vaga lejanía por entre los párpados entornados. Rosa quería obligarle a mirarla, y sentía también el deseo de comprobar si conservaba aún su altivo mechón negro sobre la frente.

—¿Por qué no se quita usted el sombrero? —le preguntó.

—Perdone —contestó él, obedeciendo.

En efecto, sus cabellos seguían formando sobre la frente un rizo rebelde que caía luego desmayadamente hacia un lado. Ahora la miró ya cara a cara.

—Creo recordar que en *El Ángel Azul* no daba usted tanta importancia a las formas de la buena educación. ¡Cómo cambia uno! ¡Cómo cambiamos todos! ¡Y en el espacio ridículo de dos años!

Desvió de nuevo la vista y se absorbió tan visiblemente en otros pensamientos que Rosa no se atrevió a quebrar el silencio, aunque sus últimas palabras la habían dañado. Pero quizá no se referían a ella.

Así era, en efecto. Al pronunciarlas, Lohmann había pensado en Dora Breetpoot, a la que había encontrado muy distinta de la imagen que de ella guardaba su alma. Había amado en ella a la mujer más distinguida de la ciudad, según acuerdo unánime de sus habitantes. Durante un viaje a Suiza, Dora había trabado amistad con una duquesa británica, y aquel conocimiento había sido para ella como una consagración ritual. Desde entonces la ciudad entera veía en ella la más auténtica representación de la

aristocracia inglesa. Más tarde, en un viaje por el mediodía de Alemania, le había hecho la corte un capitán de caballería de Praga. Por aquel tiempo la aristocracia austríaca era tan respetada y admirada como la inglesa... Lohmann se admiraba ahora de haberse dejado arrastrar por aquellas ridiculeces provincianas, Y, sobre todo, de que apenas hiciese aún dos años de aquello. Ahora, al volver a la ciudad, la encontraba mucho más pequeña. La casa de Breetpoot, sobre todo, había quedado reducida a la mitad, y en ella vivía una insignificante provinciana. Dora mantenía, desde luego, su atractivo exotismo criollo y su perfil de medallón, Pero empleaba constantemente en su conversación giros dialectales. Se vestía a la moda del año anterior, mal entendida, además, y, lo que aún era peor, con ciertas pretensiones de gusto personal y artístico totalmente fracasadas. Y la forma en que le había recibido, como si fuese un enviado de sus aristocráticas amistades de Inglaterra que le hubieran encargado de llevarle sus recuerdos. Y la ridícula pretensión de no encontrarse aquí en su centro. ¿Cómo no le había irritado antes todo aquello? Ciertamente era que en aquella época anterior apenas había cruzado unas cuantas frases con Dora, que apenas se dignaba advertir su existencia. Lohmann no era entonces más que un estudiantino. Ahora era ya un hombre hecho y derecho, con el que se podía coquetear y que debía aumentar el círculo de admiradores... Una profunda amargura inundaba a Lohmann desde su entrevista con Dora. Pensaba en la vieja escopeta que en aquel tiempo tenía preparada para el caso de que su amor se descubriera. Se sentía aún melancólicamente orgulloso de aquella pasión adolescente que se había mantenido viva en él hasta los umbrales de su juventud, a pesar de la vergüenza y el ridículo y hasta de una cierta repugnancia. A pesar de Knust y de Von Gierschke. A pesar de la numerosa descendencia de la mujer amada. Evocó aquella noche en que había ido a besar la puerta de su casa. Aquel recuerdo lo enternecía aún, demostrándole cuánto mejor y más rico en sentimientos era por entonces. (¡Cómo había podido creerse fatigado! ¡Ahora sí que lo estaba!) Aquella mujer había recibido de él, sin darse cuenta, lo mejor de su alma. Y ahora que estaba ya exhausto le pretendía. Lohmann amaba las cosas por el eco que dejaban. El amor de las mujeres, sólo por la amarga soledad que le sucedía. Y la felicidad, todo lo más, por el anhelo angustiado que tras de sí dejaba. Aquella provinciana cursi de ahora se le hacía insoportable al deformar la melancolía del amor que un día hubo de inspirarle. Todo en ella le era enojoso, hasta los signos de decadencia económica que iban haciéndose patentes en su casa, aunque no en su persona. Lohmann sabía la ruina de Breetpoot. ¡Cuánta ternura hubiera despertado antes en él aquella catástrofe! Ahora sólo veía cómo las pretensiones elegantes de Dora se destacaban más falsamente que nunca sobre el fondo de agobios económicos, y se avergonzaba anticipadamente por ella a causa de la falta de dignidad con la que trataría de disimular y negar la pobreza. Cuando salió de casa de Dora tuvo la penosa sensación de que dejaba tras sí todo un período de su vida, un amor que era toda su juventud.

Aquella misma mañana encontró a Ertzum, y luego toparon ambos con el matrimonio Basura. Aunque apenas llevaba veinticuatro horas en la ciudad, Lohmann había oído ya hablar de sus hazañas, y los hechos del viejo Basura habían interesado vivamente su afición a los seres excepcionales. Confirmó que Basura había cumplido cuanto prometió dos años antes, y más bien con exceso. Pero todavía le pareció más grandiosa la evolución de Rosa Fröhlich desde cupletista de *El Ángel Azul* a mundana de alta categoría. Pues en último término así lo parecía a primera vista, aunque en seguida delatase su verdadera naturaleza mezquina y burguesa. De todos modos, parecía imposible lo que había logrado. Aquellos rendidos saludos que cosechaba a su paso por las calles y el deseo suplicante que surgía en su contorno donde quiera que dejaba aspirar su perfume. Entre ella y su público —la ciudad entera— se había desarrollado evidentemente una especie de engaño recíproco. Rosa había adoptado la actitud de una belleza representativa, había sido paulatinamente aceptada por todos como tal, y esta opinión de las gentes se le había luego impuesto, a su vez, a ella. Algo parecido debía de haber pasado antes con Dora Breetpoot y sus pretensiones a la suprema elegancia. Lohmann pensaba ahora con ironía en Rosa y en Dora, recordaba la época en que había dedicado versos a las dos, e, impulsado por el deseo de venganza emanado de su dolor, había querido manchar a Dora entregándose, con ella en el corazón, a las caricias de la otra, a las lúgubres caricias del vicio. La amargura que ahora inundaba su corazón contra Dora Breetpoot no mitigaba su desprecio hacia la mujer de Basura. Pero tampoco le hubiera importado nada pasar con ella por delante de la residencia de Breetpoot. ¡Qué importancia podía tener el hecho de conducir del brazo a una mundana a través de aquella ciudad dejada de la mano de Dios! En todo aquello prefería prescindir de Von Ertzum, el cual, al ver a Rosa, había empezado a manejar nerviosamente el sable, enronqueciendo de repente. Era muy capaz de volver a su pasión de antaño. Para él todo era presente. En cambio, Lohmann, a solas con Rosa en la confitería, saboreaba únicamente el lejano regusto de las emociones pasadas.

—He oído contar muchas cosas de usted —dijo a Rosa.

—¿Qué cosas? —preguntó ella, en guardia.

—Por ejemplo, que usted y nuestro viejo Basura traen de cabeza a toda la ciudad y ejercen una influencia nefasta en torno suyo.

—¡Ah! ¿Era eso? Se hace lo que se puede. La gente se entretiene en nuestra casa, aunque no está bien que yo lo diga.

—Así lo afirma todo el mundo. Lo que la gente no se explica son las razones que mueven a Basura. Piensan que utiliza el juego como medio de vida. Por mi parte, no lo creo así. Usted y yo lo conocemos mejor.

Rosa guardó silencio, confusa.

—Es el tirano que prefiere sucumbir a tolerar la más mínima restricción de su poder. Un apodo, sólo un apodo, llena de cardenales su piel, deslizándose nocturnamente por entre las cortinas purpúreas de su lecho, hasta sus sueños, y para curarse aquellas contusiones necesita bañarse en sangre. Es el inventor del delito de lesa majestad. Lo inventaría si aún fuese posible. Todo individuo es para él un rebelde. Su misantropía le devora entre tormentos indecibles. El hecho de que a su alrededor aspiren y expiren los pulmones un aliento que él no rige y regula le infunde un loco anhelo de venganza y tensa sus nervios hasta desgarrarlos. Basta ya un ligerísimo choque, una coincidencia casual de circunstancias adversas, y el tirano, presa de terror, abre al populacho las puertas del palacio, le estimula al saqueo y proclama la anarquía.

Rosa le oía con la boca abierta, para la mayor satisfacción de Lohmann. Acostumbraba hablar siempre a aquellas señoritas en forma tal que no podían responderle de otro modo. Por lo demás, dudaba mucho de la exactitud de sus palabras en aquel caso. Con ellas sólo creía formular una posibilidad abstracta, nunca trazar la historia del viejo y ridículo Basura. Para creerlo así, lo veía aún demasiado desde el punto de vista del estudiante y le era muy difícil atribuir verdaderas monstruosidades al viejo dómine que le había dictado desde su cátedra indigestas pedanterías sobre la Doncella de Orleáns.

—Su marido me inspira una gran simpatía —agregó, sonriente, colmando así el asombro de Rosa. Y luego—: Me han hecho grandes elogios de su casa.

—Sí; estamos muy bien instalados. Además... —La vanidad animó a Rosa—. Además todo nos parece poco para nuestros invitados. La gente se divierte de veras en nuestras reuniones. Si se decidiera usted a venir una noche, cantarí yo en su honor una canción muy divertida que no suelo cantar nunca, porque realmente es demasiado fuerte.

—Es usted irresistible.

—¿Ya vuelve a burlarse de mí?

—Se equivoca. Al verla se me ha ido todo deseo de burla. Además, sabe usted muy bien que es la única persona que cuenta hoy en día en la ciudad...

—¿Y qué más? —dijo Rosa, halagada, pero sin el menor asombro.

—Basta con ver cómo se viste usted. Ese vestido de paño es de una suprema elegancia. Y el sombrero negro le queda maravillosamente. Una sola objeción puede oponerse al conjunto: esas estolas no se llevan ya este año.

—¿No?

Rosa se aproximó más a Lohmann.

—¿Está seguro? Entonces me ha engañado el mamarracho ese de la tienda. Menos mal que ésta todavía no la he pagado.

Enrojeció y rectificó rápida:

—Claro está que la pagaré. Lo que no pienso es volver a ponérmela. Se lo prometo.

Se sentía feliz de poderse someter en algo a Lohmann. La simpatía que éste había manifestado antes hacia Basura había elevado hasta lo infinito la estimación y el respeto que Lohmann le infundía. Ahora resultaba que también entendía de modas. Lohmann continuó hablándole con refinada amabilidad:

—Para estos provincianos debe usted constituir algo inaudito: reina y señora de vidas y haciendas, atrayente abismo de perdición... ¡Qué sé yo! Se arrojarán a sus plantas sin que usted tenga siquiera que molestarse en atraerlos. —Y viendo que no llegaba a entenderle, explicó—: Quiero decir que los hombres le ofrecen, sin necesidad de que se lo pida, todo lo que usted pueda necesitar. Y todos, sin excepción alguna, si no me equivoco.

—Exagera usted mucho. Es cierto que gozo aquí de grandes simpatías; pero no debe figurarse que... En fin, no vaya a creer que todo el mundo tiene la fortuna de poder sentarse a mi lado y a solas conmigo, como usted ahora.

—¿Sólo yo soy tan afortunado? Entonces, ¿es que me ha llegado mi turno?

Echó la cabeza hacia atrás y adoptó una expresión enigmática. Rosa, insegura, no veía ya sus ojos, casi ocultos bajo los párpados entornados. Lohmann continuó:

—Pero, si no recuerdo mal, yo había de ser el último en conquistar sus favores. No sé ya cuántas veces me lo repitió usted en los tiempos de *El Ángel Azul*... Entonces, ¿es que ya han desfilado todos los demás?

Rosa, más dolorida que ofendida, repuso:

—Se equivoca usted. La gente dice muchas tonterías; por ejemplo, lo de Breetpoot. Dicen que lo he arruinado yo, y ahora parece que se está gastando el dinero de Von Ertzum... ¡Dios mío!

Cuando sé dio cuenta de lo que había dicho, fijó, confusa, sus ojos en la taza que tenía delante.

—Eso es lo peor —exclamó Lohmann con sombría dureza y volviéndose casi de espaldas a Rosa.

Durante un largo rato guardaron silencio. Rosa se aventuró, por fin, a intentar disculparse:

—No tengo yo toda la culpa. ¡Si supiera usted cómo me ha asediado! No lo creerá, pero quería que me escapara con él. ¡Con él y con su diabetes! ¡Muchas gracias!

Lohmann se arrepentiría ya de haber tenido un momento de repulsa moral ante una comedia tan entretenida, pues dijo:

—Me gustaría asistir alguna noche a sus reuniones.

—Pues venga cuando quiera; está invitado —contestó Rosa con rápida *alegría*—. Conste que cuento con usted.

Pero de pronto con expresión contrariada y cruzando las manos, añadió:

—No, no es posible. Basura dice que no quiere ya invitados nuevos. En otra ocasión análoga se enfadó mucho conmigo. Por lo tanto, entenderá usted que...

—Perfectamente.

—Pero no se haga usted ahora el ofendido. Puede venir a verme a una hora que no haya nadie.

Por ejemplo, esta tarde a las cinco. Y ahora, adiós. Tengo mucha prisa.

Y como si realmente la tuviese, abandonó rápida el saloncito de la confitería.

Lohmann no sabía a punto fijo lo que le arrastraba a aceptar aquella entrevista. Quizás la atracción del abismo. Von Ertzum amaba todavía a Rosa, iba quizás a ser arruinado indirectamente por ella, había sufrido por su causa y merecía alcanzarla. Y Lohmann, que no sentía por ella el menor deseo, iba a suplantar a su amigo. Dos años antes no lo hubiera hecho. Recordaba la sincera compasión, exenta de toda malignidad, que Basura le había inspirado cuando, ya destituido y despreciado, todavía le había amenazado con echarle del Instituto. "¡Cómo le transforma a uno la vida!", pensó de nuevo con nostálgico orgullo.

Del interior de la casa salían voces de altercado. La criada le abrió azorada la puerta del salón, y Lohmann vio a Rosa discutiendo acaloradamente con un hombre sudoroso que agitaba en la mano una hoja de papel.

—¿Qué quiere usted? —preguntó a aquel hombre.

—Está bien. ¿Cuánto es? ¿Cincuenta marcos? ¿Y para eso tanto escándalo?

—Es que he venido ya cincuenta veces —respondió el acreedor—. Una vez por cada marco.

Lohmann le pagó y lo despidió.

—Perdone usted que me haya atrevido a intervenir —dijo luego, un poco confuso.

Se encontraba en una situación falsa: Lo que ahora quizás recibiese iba a ser a cambio de aquel favor. Y queriendo que por lo menos no fuese sólo a cambio de cincuenta marcos, agregó:

—Pero, una vez que he empezado a tomarme libertades que nadie me autoriza, no quiero quedarme a medio camino. He oído decir, ignoro si con razón, que se encuentra usted un poco agobiada por cuestiones de dinero.

Rosa cruzaba y descruzaba las manos y movía la cabeza de un lado a otro con gesto nervioso. Por su pensamiento desfilaron las infinitas contrariedades que atormentaban sus días, agobiados por acreedores, pretendientes y usureros... Y allí, en la cartera que Lohmann tendía, reposaba un fajo de billetes.

—¿Cuánto? —preguntó Lohmann con calma. Luego añadió con prudencia—: Haré por usted todo lo que pueda.

Rosa había terminado su lucha interior. No quería ser comprada. No quería ser comprada por Lohmann.

—No. Le han informado a usted mal —le replicó—. No necesito nada.

—Tanto mejor. De otro modo hubiera tenido mucho gusto...

Pensó fugitivamente en Dora Breetpoot. También ella necesitaba ahora dinero y quién sabe si se entregaría a cambio de un fajo de billetes... Para dejar todavía a Rosa en libertad de volver de su acuerdo depositó la cartera abierta sobre la mesa.

—Bueno; ya es tiempo de que nos sentemos —dijo Rosa. Y, desviando alegremente la conversación, exclamó—: ¡Buena cartera tiene usted! —Y, como él permaneciese fríamente callado, continuó—: ¿Cómo se las arregla para gastar todo ese dinero? Ni siquiera lleva usted una mala sortija.

—Muy sencillamente— no gastándolo. —Y, sin cuidarse de que le entendiera o no, añadió—: No compro mujeres con él, porque no quiero humillarme a mí mismo. Además, no es necesario. Me pasa con ellas lo que con las obras de arte, por las que daría todo mi dinero. Mas ¿para qué? Las ve uno en una tienda y sueña con ellas. Luego vuelve uno y las compra. ¿Y qué es lo que compra? El deseo no precisa dinero ninguno y la realización no lo vale.

Desvió con enojo su mirada de la cartera y tradujo sus pensamientos al lenguaje vulgar:

—Quiero decir que al día siguiente ya estoy harto de ellas.

Rosa contempló con admiración y un poco de burla el rostro de su ídolo, y observó:

—Entonces, ¿no compra usted más cosas que las de comer y beber?

—¿Puede aconsejarme otras?

Y frunciendo el ceño, la miró con descaro a los ojos, como si le preguntase: "¿Debo comprarla a usted?"

Luego se encogió de hombros y dijo respondiéndose a sí mismo:

—El amor físico es repulsivo.

Rosa no sabía qué pensar. Por fin se aventuró con timidez a encontrar aquello un poco ridículo y protestó:

—No creo.

—Hay que superarse —decidió Lohmann—. Ser puro y superior. Cabalgar como Parsifal. Seguramente, yo haré el servicio en Caballería y al mismo tiempo aprenderé a montar a la alta escuela. Aparte de los artistas de circo, no hay en toda Alemania cien personas que sepan montar a la alta escuela.

Rosa se echó a reír honestamente.

—Entonces va usted a ser una especie de artista de circo, un lejano colega mío. ¡Qué divertido! —Y luego, suspirando—: ¿Se acuerda aún de *El Ángel Azul*? Aquéllos eran tiempos mejores.

Lohmann vaciló un momento. Luego dijo reflexivamente:

—Es posible que sí; que, en general, toda aquella época haya sido la mejor de nuestra vida.

—La más alegre, desde luego. Y no esta constante lucha... Todavía me acuerdo de aquella noche en que estuvimos bailando y luego vino Basura y tuvo usted que saltar por la ventana... ¿Sabe usted que todavía le tiene tirria y quiere hacerle picadillo?

Mientras hablaba, estaba con el oído atento a la puerta y miraba a Lohmann con expresión de reproche al ver que la dejaba andar a ella todo el camino. Pero estaba dispuesta a andarlo. Se había empeñado en conquistar a Lohmann justamente por ser el único hombre que le estaba prohibido, y luego, por un obstinado deseo, que aún perduraba en ella desde aquel tiempo pasado por el cual suspiraba. Un deseo mantenido por la desconfianza y el odio terrible de Basura y excitado ahora hasta el vértigo por la superioridad de Lohmann y su singular distinción. Y, en último término, por el peligro que suponía y porque el aire estaba saturado de catástrofes en torno suyo y la incitaba la posibilidad de causar la explosión fatal.

—¡Qué versos más bonitos hacía usted entonces! Seguramente ya no los hace. ¿Recuerda su canción de las estrellas rientes, que sólo canté una vez entre las risas groseras del público?

Se inclinó con pasión sobre el brazo de su sillón, se llevó al pecho los dedos de la mano derecha y entonó con voz aguda y suave:

—"A la vacilante luz de las estrellas..."

Cantó la estrofa completa mientras pensaba qué era aquélla la única canción del mundo que no le estaba permitido cantar. Su ojos evocaron el rostro terrible y al mismo tiempo ridículamente pintado de Basura, aquel rostro que su viejo marido se miraba complacido en el espejito de bolsillo en cuyo estuche aparecía escrita con grandes letras la enigmática palabra *bellet*.

—"Llora mi amor y las estrellas ríen..." Lohmann, penosamente conmovido, quiso interrumpirla, pero Rosa inició la segunda estrofa: —"A la vacilante luz de las estrellas..." En esto, se abrió con violencia la puerta y Basura penetró de un salto en la habitación. Rosa dio un grito y se refugió en un rincón detrás del asiento de Lohmann. Basura jadeaba sin poder hablar, y Rosa comprobó que la expresión de su rostro era tal como ella se la había imaginado mientras cantaba. Sus ojos resplandecían febriles como la noche anterior. "¿Por qué no tomó la taza de manzanilla que le ofrecí?", se preguntó Rosa, trastornada por el miedo.

Basura pensaba que todo había acabado para él. Toda su obra, toda su obra de castigo destructor, había sido inútil, puesto que al final Lohmann había llegado a sentarse al lado de Rosa Fröhlich. El la había

situado a la vista de la humanidad entera y había trabajado para ofrecerle todo lo que arrancaba a los demás. Y, entretanto, Rosa había trocado en realidades sus más dolorosas visiones; aquellas en que la veía al lado de Lohmann, en cuya figura se había fundido todo lo más funesto y odioso. ¿Qué le quedaba aún? Rosa Fröhlich había acabado y él con ella. Tenía que condenarla a muerte, y, al condenarla, condenarse a muerte a sí mismo.

Sin decir una sola palabra la agarró del cuello, jadeando, como si fuera a él a quien estrangularan. Pero tuvo que soltarla un segundo y tomar aliento. Rosa lo aprovechó para gritar:

—Acaba de decirme que repudia el amor físico. ¡Te lo juro!

Basura volvió a agarrarla del cuello, pero en aquel momento se sintió violentamente cogido por los hombros.

Lohmann lo hizo sin darse cuenta exacta. No sabía si realmente le correspondía a él algún papel en aquella escena. Le parecía estar soñando. Aquello no era posible. Su claro cerebro había concebido para la singular conducta de Basura una determinada trayectoria en la que no podía entrar aquella agresión. Lohmann había construido sobre su viejo profesor una interesante teoría, pero apenas había penetrado en el alma de Basura. En sus abismos, en su terrible ardor, y en la lúgubre maldición que la dañaba. Y la realidad se le ofrecía ahora súbitamente, penetrándolo de miedo.

Basura se volvió hacia él. Entretanto, Rosa huyó a la habitación contigua y se encerró con llave. Basura se quedó un momento como atontado, luego se irguió y comenzó a dar vueltas en torno de Lohmann, que se acercó a la mesa y cogió su cartera. Pensaba obscuramente en lo que podría decidirse en aquella situación. ¡Qué singular aspecto el de aquel hombre! Un ser entre araña y gato, con ojos enloquecidos y la boca cubierta de espuma. No era nada agradable estar allí, viéndole dar vueltas alrededor de uno. ¿Qué es lo que murmuraba?

—Miserable... Atreverse.. Por fin..., castigo... Todo, sí... Entrégamelo todo.

Y de repente arrebató la cartera de manos de Lohmann y se precipitó fuera con ella en la mano.

Lohmann permaneció inmóvil. En aquella casa se cometían delitos. Basura, el interesante anarquista, había llegado al crimen. Ahora bien, el anarquista era una singularidad moral y un extremo comprensible, y el delito, una intensificación nada extraña de los afectos e inclinaciones habitualmente humanos. Pero Basura había querido estrangular a su mujer en presencia de Lohmann y en seguida le había robado. Y el comentarista perdía ya su libertad de espíritu y el espectador su sonrisa benévola. El espíritu de Lohmann, nunca aún puesto a prueba por sucesos tan increíbles, renunció a toda singularidad personal, y a la palabra delito contestó burguesamente con la palabra policía. Con paso firme se dirigió a la puerta de la habitación contigua y comprobó que estaba bien cerrada. Había oído antes perfectamente a Rosa echar la llave y el pestillo, pero su deber era convencerse de que cuando él saliera de la casa no habría de caer aquella mujer en poder de su marido homicida... Luego, salió.

Pasó una hora. En la esquina empezó a formarse un grupo cada vez más nutrido. La ciudad recibió con *alegría* la noticia de haberse acordado la detención de Basura. Aquella decisión la libertaba del peso de su propio vicio al suprimir la ocasión del mismo. Los habitantes contemplaban, al volver en sí, los cadáveres que habían quedado en el campo, y pensaban que ya era hora de dar al traste con aquella vergüenza, preguntándose cómo había podido durar tanto tiempo.

Un carro cargado de barriles de cerveza obstaculizaba la mitad de la calle cuando apareció la berlina de alquiler en la que llegaban los policías. La frutera de la esquina acudió corriendo detrás del coche. Dróge, el tendero de comestibles, se presentó también empuñando su manguera.

La multitud alborotaba delante de la casa de Basura. Este apareció, por fin, en la puerta entre dos policías. Rosa, enloquecida, desceñida y llorosa, temblando de espanto, arrepentimiento y sumisión, salió abrazada a él, colgada de su cuello, fundida con él en un solo ser. Había sido también detenida, cosa que Lohmann no había previsto. Basura la ayudó a subir al coche, en cuyo interior reinaba tenebrosa obscuridad. Luego miró en torno suyo. El cochero que conducía el carro cargado de cerveza, sacó la *cabeza*, por entre los que estaban en primera fila y gritó con voz desgarrada:

—¡Buena carretada de basura!

Basura se volvió hacia el punto en que había tronado aquella palabra, que no era ya una corona de laurel, sino de nuevo una pelota de barro que lo hería, y reconoció a Kieselack. Alzó los puños y respiró con ansiedad, pero el chorro de agua de la manguera de Dróge fue a darle en la boca. Escupió agua, se sintió empujado por la espalda, tropezó en el estribo del coche, y cayó dentro de él, sobre el asiento, al lado de Rosa Fröhlich y en la obscuridad.